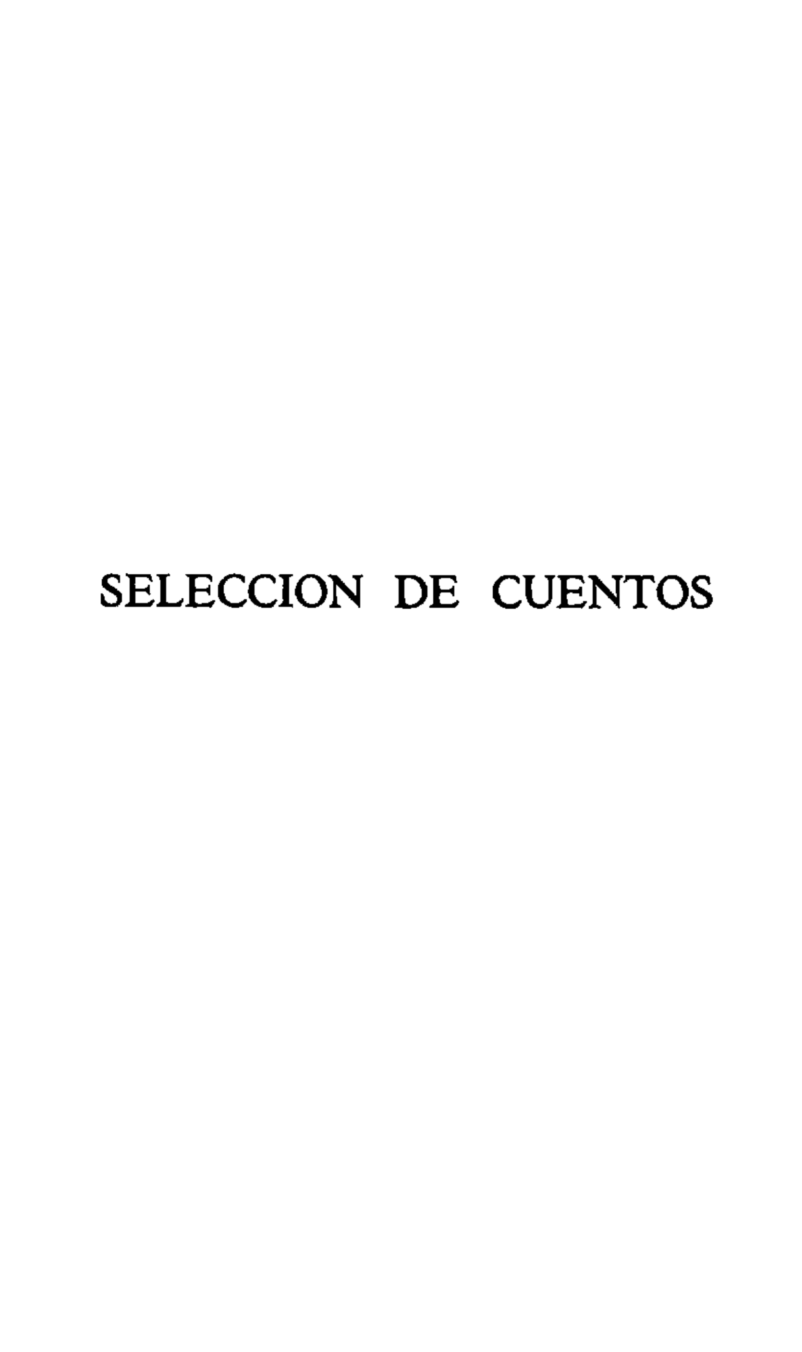


SELECCION DE CUENTOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PUBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 101

HORACIO QUIROGA

SELECCION DE CUENTOS

Tomo I

Preparación del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

HORACIO QUIROGA

SELECCION DE CUENTOS

Prólogo y selección por
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

Tomo I

MONTEVIDEO
1966

PROLOGO

I El contemporáneo

A su muerte, en las primeras horas de la mañana del 19 de febrero de 1937, en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires, Horacio Quiroga estaba, completamente solo. Consumido ya por el cáncer, pone fin a su vida porque sabe que su destino en la tierra estaba cumplido. El 18 ha ido a ver a algunos amigos fieles (como Ezequiel Martínez Estrada), ha estado con su hija Eglé, ha comprado cianuro. En la habitación del Hospital hay un enfermo, Vicente Batistesa, deforme y tal vez débil de espíritu, que lo acompaña con su fidelidad de perro pero que representa una forma piadosa de la soledad. Porque Quiroga está solo desde hace tiempo. Lo está desde que empezó en esa década del 30 un progresivo eclipse de su obra narrativa, el descenso de sus acciones en la bolsa literaria a que él se había referido con humor negro en algún artículo, el ser declarado cesante como consecuencia del golpe de estado de Terra (marzo 31, 1933), el fracaso de su vida familiar. Por eso, el cáncer llega cuando Quiroga se ha estado despidiendo de la literatura y de la vida, y anhela antes descubrir el misterio del más allá que seguir registrando en palabras este mundo ajeno. La soledad ha hecho su obra y dirige la mano que bebe cianuro.

Cuando se enteraron en el Uruguay que Quiroga había muerto, no faltaron los homenajes oficiales ni

los discursos conmemorativos ni la apoteosis organizada por manos muy amigas, como las de Enrique Amorim, aquí y en su tierra natal, Salto Pero la verdad es que esos homenajes y esa apoteosis y esa sincera amistad, no desmentida luego, eran incapaces de disimular el hecho de que Quiroga se había muerto solo. El afecto de algunos familiares y amigos, y la representación oficial promovida por algunos de los más fieles, no bastaban para compensar el silencio con que las nuevas generaciones de entonces rodearon su nombre Es cierto que dos de sus amigos compusieron y publicaron casi de inmediato una emocionada biografía, llena de valiosos datos y confidencias, aunque horriblemente novelada, la VIDA Y OBRA DE HORACIO QUIROGA, de Alberto J Brignole y José María Delgado (Montevideo, 1939); es notorio que hasta los diarios se quejaron del silencio y la soledad Pero las nuevas generaciones estaban de vuelta de Quiroga y se lo hicieron saber en la forma más delicada posible· dejando caer en el olvido su nombre o anteponiéndole reservas como las que explicitó la revista argentina *Sur* en una nota con que acompañaba las emotivas palabras de Martínez Estrada junto a la tumba del amigo, el hermano mayor. "Un criterio diferente del arte de escribir y el carácter general de las preocupaciones que creemos imprescindibles para la nutrición de ese arte nos separaban del excelente cuentista que acaba de morir en un hospital de Buenos Aires." La reserva y la reticencia crítica de esas palabras de 1937 son ejemplares. No corresponde censurarlas ahora ya que expresan lealmente una discrepancia de orden estético. Pero su valor como índice de una cotización de la época sí merece ser subrayado Son el mejor epitafio de la literatura triunfante

entonces, epitafio para Quiroga en 1937; epitafio para ella misma ahora. Porque los años que han transcurrido desde la muerte de Quiroga han cambiado la estimativa. Ahora es la vanguardia de *Sur* la que parece retaguardia (clasicismo, academismo) y el arte de Quiroga, despojado por el tiempo de sus debilidades, reducido a lo esencial de sus mejores cuentos, parece más vivo que nunca. Ahora es él quien despierta en ambas márgenes del Plata y en todo el ámbito hispánico el interés y la pasión de los nuevos escritores. Sus obras son reeditadas infatigablemente, su obra es estudiada por eruditos y por creadores, se le relee, se le discute apasionadamente, se le imita. Es el clásico más vivo de esa literatura que cubre el fin de siglo rioplatense y que tiene sus puntos más altos en Sánchez, en Lugones, en Rodó, en Herrera y Reissig, en Macedonio Fernández, en Carriego, en Delmira Agustini De todos ellos, Quiroga es el único que sigue pareciendo nuestro contemporáneo

II Una trayectoria

Quiroga había nacido en Salto, en 1878 (diciembre 31) en las postrimerías de esa generación del 900 que impuso el Modernismo en nuestro país. Desde los primeros esbozos que recoge un cuaderno de composiciones juveniles, copiados con rara caligrafía y rebuscados trazos (las tildes de las t, los acentos, parecen lágrimas de tinta) hasta las composiciones con que se presenta al público de su ciudad natal, en una *Revista del Salto* (1899-1900), estridentemente juvenil, su iniciación literaria muestra claramente el efecto que en un adolescente romántico ejerce la literatura importada de París por Rubén Darío, Leopoldo Lu-

gones y sus epígonos. Para Quiroga, el poeta cordobes es el primer maestro. Su "Oda a la desnudez", de ardiente y rebuscado erotismo, le revela todo un mundo poético. Luego, ávidas lecturas extranjeras (Edgar Poe, sobre todo) lo ponen en la pista de un decadentismo que hacía juego con su tendencia a la esquizofrenia, con su hipersensibilidad, con su hastío de muchacho rico, hundido en una pequeña ciudad del litoral que le parecía impermeable al arte

La prueba de fuego para toda esa literatura mal integrada en la experiencia vital más profunda es el viaje a París en 1900 viaje del que queda un DIARIO muy personal que publiqué por primera vez en 1949 Allí se ve al joven Quiroga, que es todavía sólo Horacio, soñando con la conquista de la gran ciudad, de la capital del mundo, recibiendo en cambio revés tras revés que si no matan de inmediato la ilusión la someten a dura prueba. Pero si en París, Quiroga pudo añorar (y llorar) la tierra natal, de regreso en Montevideo, olvidado del hambre y las humillaciones pasadas, en medio de los amigos que escuchan boquiabiertos las lacónicas historias que condesciende a esbozar el viajero renace el decadentismo. Quiroga ha vuelto con una barba (que ya no se quitará) y que le da un aire de *petit arabe,* como le dijo alguna griseta en París.

Funda con amigos el Consistorio del Gay Saber, cenáculo bohemio y escandaloso que (en la mera realidad) era una pieza de conventillo de la ciudad vieja, en 1900, gana un segundo premio en el Concurso de Cuentos organizado por *La Alborada* (Rodó y Viana estaban en el jurado); luego recoge sus versos, sus poemas en prosa, sus delicuescentes relatos perversos en un volumen, LOS ARRECIFES DE CORAL,

cuyo contenido altamente erótico y cuya portada (una mujer ojerosa y semivestida, anémica a la luz de una vela) caen como piedra en el charco de la quietud burguesa del Montevideo de 1901. Por esos años, Roberto de las Carreras paseaba su estampa d'annunziana de bastardo por las calles de Montevideo y perseguía a las damas de la mejor sociedad con prosa y verso del más encendido tono El decadentismo triunfa París vuelve a ser el sueño para Quiroga, pero un París soñado y libresco más que la capital hostil de la temporada anterior. Entonces, accidentalmente, Quiroga mata a su mejor amigo, Federico Ferrando, en una situación que parece de pesadilla y sobre la que se proyecta el delirio de Poe. El sueño decadente es sustituido por la miserable realidad de una cárcel, de un juicio sumario, de la vuelta al mundo en que falta Ferrando, su alter ego, su doble. Quiroga no aguanta y abrumado por la culpa inocente de ese asesinato, corre a refugiarse a los brazos de su hermana mayor que vive, casada, en Buenos Aires Abandona el Uruguay para siempre, aunque él todavía no lo sabe Es el año de 1902.

Pero no cierra su etapa modernista todavía Esa herida cicatriza superficialmente, como otras. Cuando escribe, y aunque ya ha visitado Misiones y el Chaco y ha tenido sus primeras experiencias de colono tropical; cuando toma la pluma o el lápiz, Quiroga sigue explorando sus nervios doloridos y a flor de piel, sigue repitiendo las alucinaciones de Poe (EL CRIMEN DEL OTRO es una réplica del cuento *El barril del amontillado,* del maestro norteamericano, aunque revela también en cifra su terrible vínculo afectivo con Ferrando). Quiroga sigue estudiando y reproduciendo los efectos, ingeniosos pero al cabo mecánicos, de otro

maestro, el francés Maupassant. En la vida real, Quiroga vive una experiencia de arraigo en la naturaleza salvaje de América Pero en la experiencia literaria, Quiroga continúa escribiendo como si viviese en una sucursal libresca de París. Su segundo volumen, EL CRIMEN DEL OTRO (1904) es modernista todavía El joven sigue pagando tributo a una actitud literaria que cada día es más ajena a su situación vital más profunda.

Desde un punto de vista técnico el nuevo libro revela progresos notables. Es cierto que el joven consigue disimular mejor la histeria, que ya domina el horror y no necesita (como en los crudísimos primeros relatos de la *Revista del Salto)* nombrar lo repugnante para hacer sentir asco y horror al lector Pero todavía su cantera es la literatura leída, la huella dejada por otros escritores en su temperamento apasionado, y casi no responde al fascinante trabajo de la realidad sobre su sensibilidad torturada. A Rodó le gustó bastante el nuevo libro, y se lo dice en una carta (cuyo borrador es de abril 9, 1904) en la que hay también una delicada censura para su primera obra. Rodó que estéticamente era modernista aunque tuviera tantos reparos éticos para la actitud decadente que deformaba ya aquella tendencia, acierta en su juicio, porque el modernismo de LOS ARRECIFES DE CORAL era pura estridencia y desorden la chambonada del que se estrena, y el modernismo de EL CRIMEN DEL OTRO ya apunta una primera maduración. Lo que no pudo ver entonces Rodó (tampoco lo veía su autor) es que ese segundo libro señalaba no sólo la culminación sino el cierre de una etapa Ya Quiroga empezaba a descubrir, literariamente, el mundo real

en que estaba inmerso desde hace algún tiempo. Ese mundo no era menos fantástico o fatal, que el otro.

A medida que Quiroga descubre la realidad y se sumerge gozosa y paulatinamente en ella, deja caer algunas obras con las que liquida su deuda con el Modernismo, muda de piel. Ese largo cuento, de origen autobiográfico, que se titula Los PERSEGUIDOS (es de 1905), da otra vuelta de tuerca al tema del doble, de raíz tan inequívocamente edípica Es la última vez que Quiroga trata explícitamente un asunto que lo obsesiona desde la época de su asociación con Ferrando y que en Poe llega a tan exquisitas formulaciones como aquel célebre *William Wilson*. Con su primer novela, la HISTORIA DE UN AMOR TURBIO (publicada junto con LOS PERSEGUIDOS, en 1908) Quiroga paga su deuda con Dostoyevski (ha descubierto al genial ruso y está deslumbrado) al tiempo que aprovecha algunos episodios de su vida íntima, y algunos rasgos de la personalidad de Alberto J Brignole para componer otra historia de amores equívocos, amenazados por la sombra del Otro. El protagonista de esta novela, fracasada en muchos aspectos pero fascinante por sus implicaciones extraliterarias, es hasta cierto punto un retrato del Quiroga más íntimo y fatal. Hasta en un libro que publicará mucho más tarde, CUENTOS DE AMOR DE LOCURA Y DE MUERTE (1917), en que dominan sobre todo los relatos chaqueños o misioneros, es posible encontrar algunos en que se perfecciona, en sus más sutiles efectos, la técnica del cuento a la Poe. Tal vez el mejor sea "El almohadón de pluma" (publicado por primera vez en julio 13, 1907), en que la extraña muerte por consunción de una joven desposada tiene como origen un monstruoso insecto escondido entre las plumas de

su almohadón. El marco de la historia (una casa lujosa y hostil, un ambiente otoñal) así como la fría e inhumana personalidad del marido de la protagonista indican bien a las claras que lo que encubre la historia de Quiroga es un caso de vampirismo. La objetividad con que el narrador maneja el relato revela un parnasianismo exasperado que es el mejor sello del modernista. Pero ya el mismo libro revela un Quiroga muy diferente

La invención de Misiones es gradual. Hay una primer visita en 1903 como fotógrafo de la expedición a las ruinas jesuíticas que dirige Lugones y que sirve sobre todo para deslumbrar al joven. El lejano territorio (la selva, la vida dura, la amenaza de la muerte como compañera constante) es el reverso de París y por eso mismo es tan atractiva para ese hombre en perpetuo estado de tensión interior. Quiroga decide volver y vuelve en una intentona que lo lleva al Chaco, como industrial más o menos fracasado pero que le descubre su temple, la medida de su voluntad de granito. Este ensayo no es más que el error necesario para ajustar mejor la puntería la próxima vez. Compra tierras en San Ignacio (Misiones) y se instala como colono en 1910.

El descubrimiento de Misiones, de la verdadera tierra y sus hombres, detrás de la apariencia, tarda un poco más y se produce en varias etapas Uno de sus primeros y mejores cuentos de ambiente rural es "La insolación" (marzo 7, 1908). Ocurre todavía en el Chaco, Quiroga está demasiado cerca del descubrimiento y la fascinación de Misiones para poder incorporarla ya al mundo imaginario de sus cuentos El Chaco está presente en el recuerdo pero ya empieza a borrarse, por eso puede ser el escenario de un re-

lato fantástico. Allí los perros de Mister Jones lo ven convertido en Muerte, desdoblado en su propio fantasma, un día antes de que caiga fulminado por el sol. También está presente el Chaco en algunos de sus más tensos cuentos de entonces: en "Los cazadores de ratas" (octubre 24, 1908) en que se dramatiza otra superstición campesina la de que las víboras regresan al sitio en que han matado a su pareja, para vengarse; el Chaco asoma asimismo en "El monte negro" (junio 6, 1908) que cuenta un episodio de sus propias luchas contra la naturaleza chaqueña y lo hace con humor que no afecta la parte épica del relato.

Pero Misiones empieza a dominar su narrativa ya hacia 1912, cuando Quiroga ha instalado en San Ignacio su hogar (la mujer, los hijos por llegar, la casa de madera levantada con su esfuerzo sobre la mesetita en que ha plantado árboles y flores tropicales) y el mundo que lo rodea se va colando de a poco en sus cuentos. Es ésta la época en que escribe los *cuentos de monte,* como él mismo los llama en una carta a José María Delgado (junio 8, 1917), esos cuentos que escribe en la soledad de Misiones y manda a las revistas de Buenos Aires, sin saber cómo serán recibidos, cuentos que salen de la más profunda experiencia personal y tienen escasa deuda con la literatura. "Cuando he escrito esta tanda de aventuras de vida intensa (confía al amigo), vivía allá y pasaron dos años antes de conocer la más mínima impresión sobre ellos. Dos años sin saber si una cosa que uno escribe gusta o no, no tienen nada de corto Lo que me interesaba saber, sobre todo, es si se respiraba vida en eso, y no podía saber una palabra. (...) De modo que aún después de ocho años de lidia, la

menor impresión que se me comunica sobre eso, me hace un efecto inesperado: tan acostumbrado estoy a escribir para mí solo. Esto tiene sus desventajas, pero tiene, en cambio, esta ventaja colosal que uno hace realmente lo que siente, sin influencia de Juan o Pedro, a quienes agradar. Sé también que para muy muchos, lo que hacía antes (cuentos de efecto, tipo "El almohadón") gustaba más que las historias a puño limpio, tipo "Meningitis", o los de monte Un buen día me he convencido de que el efecto no deja de ser efecto (salvo cuando la historia lo pide) y que es bastante más difícil meter un final que el lector ha adivinado ya, tal como lo observas respecto de "Meningitis".

La carta da la perspectiva de 1917, cuando Quiroga recoge en un grueso volumen que le publica Manuel Gálvez en Buenos Aires, sus relatos de tres lustros. Pero hacia 1912, cuando empieza a escribir esos cuentos de monte, allá en San Ignacio, lejos de toda actividad literaria, y solo, la historia era muy distinta. Quiroga hollaba caminos nuevos y no sabía. Lo que él estaba descubriendo en plena selva sería el camino que habría de recorrer buena parte de la narrativa hispanoamericana de su tiempo, desde José Eustasio Rivera con su VORÁGINE (1924) hasta Rómulo Gallegos con su DOÑA BÁRBARA (1929). el camino de la novela de la tierra y del hombre que lucha ciegamente contra ella, fatalizado por la geografía, aplastado por el medio. De ahí que la confidencia que encierra su carta a Delgado tenga tanto valor. Quiroga pudo seguir entonces la ruta ya conocida del Modernismo; pudo continuar escribiendo cuentos basados en otros cuentos (Borges resumió su desinterés generacional por Quiroga en esta frase la-

pidaria e injusta "Escribió los cuentos que ya habían escrito mejor Poe o Kipling"). Pero la realidad se le metía por los ojos y tocaba dentro de él una materia suya desconocida. Misiones era descubierta por Quiroga al mismo tiempo que Misiones lo descubría a él, lo revelaba a sí mismo. Ese hombre que se había desarraigado de su tierra natal y había quedado con las raíces al aire, encontraba en Misiones su verdadero habitat. Pero también lo encontraba el artista Entonces Quiroga escribe y publica sucesivamente "A la deriva" (junio 7, 1912), "El alambre de púa" (agosto 23, 1912), "Los inmigrantes" (diciembre 6, 1912), "Yaguaí" (diciembre 26, 1913), "Los mensú" (abril 3, 1914), "Una bofetada" (enero 28, 1916). "La gama ciega" (junio 9, 1916), "Un peón" (enero 14, 1918), junto a otros tal vez menos logrados. En todos estos cuentos se ve y se sienta la naturaleza de Misiones, sus hombres, sus destinos.

La visión es todavía algo externa Aunque el narrador ha alcanzado una enorme maestría, aunque cuenta exactamente lo que quiere y como quiere, la creación, de ya magnífica objetividad, es limitada. Porque el hombre está notoriamente ausente de ella. es un testigo, a veces hasta un personaje secundario del relato, pero no está él, entero, con sus angustias personales y su horrible sentido de la fatalidad Reconoce y muestra el destino que se desploma sobre los otros, pero cuando el implicado es él, la historia adquiere un leve tono humorístico, como pasaba en "El monte negro", o como pasa en esa otra espléndida revelación autobiográfica que es "Nuestro primer cigarro" (enero 24, 1913), con su rica evocación de la infancia salteña y la carga subconsciente de involuntarias revelaciones familiares.

En esta segunda etapa de su obra creadora, cuando ya ha descubierto Misiones y ha empezado a incorporar su territorio al mundo literario, Quiroga cierra todavía demasiado las líneas de comunicación que van de lo hondo de su ser y de su experiencia a la superficie de la realidad en que vive. Estos cuentos están escritos en San Ignacio y más tarde, desde 1915, en Buenos Aires, por un hombre que ha quedado viudo a los pocos años de casado, viudo con dos hijos pequeños, viudo por el horrible suicidio de su mujer. Para sobrevivir, Quiroga entierra este hecho en lo más secreto de sí mismo, no habla con nadie del asunto, continúa viviendo y escribiendo, pero emparedado en lo más íntimo, registrando implacablemente el trabajo de la fatalidad sobre los otros, los mensú, los explotados, o los aventureros que pueblan Misiones, los ex-hombres, alcoholizados, locos Esa horrible culpa inocente que lo hizo victimario de Ferrando y ahora lo hace responsable de la muerte de su mujer (ella se suicida después de una terrible pelea), revela a Quiroga la existencia de una fatalidad más penetrante que la inteligencia humana, más terrible que la vida misma

Los libros de esa época infernal — CUENTOS DE AMOR DE LOCURA Y DE MUERTE (1917), CUENTOS DE LA SELVA *(para los niños)* (1918), EL SALVAJE (1920), ANACONDA (1921) — recogen la enorme cosecha narrativa de esos años en un desorden deliberado. Quiroga mezcla relatos de monte con los restos de su experiencia modernista y con nuevas invenciones literarias Cada volumen es forzosamente heterogéneo (salvo el de relatos infantiles, que tiene la unidad del tono oral y de los motivos selváticos) y produce la buscada impresión de ofrecer cuentos

de muchos colores. Ese título, inspirado en Merimée, era el que había elegido Quiroga para la recopilación de 1917. Pero en el juicio perdurable del lector se imponen sobre todo los relatos de monte, esos que revelan a Quiroga a un vasto público y sirven para fundar su gran reputación literaria. Que, además, lo revelan paulatinamente a sí mismo.

El tercer período, el verdaderamente creador de su obra, ocurre hacia 1918, cuando ya ha terminado esa guerra mundial que él sintió en Misiones, y a cuyos efectos quiso paliar fabricando carbón con escaso resultado. Se extiende hasta 1930 con intermitencias cada vez mas pronunciadas. Quiroga no ha vuelto a Misiones si no es en breves visitas de vacaciones. Está radicado en Buenos Aires y trabaja en el consulado uruguayo de dicha ciudad. Se ha vuelto a acercar a su patria, gracias a las gestiones de amigos salteños que ahora tienen predicamento en el Gobierno uruguayo. Pero su contribución al trabajo consular será más bien mediocre. Lo atrae la vida literaria porteña en la que impone su figura taciturna y sombría, su soledad en compañía; es un maestro y en torno suyo se agrupan otros maestros y los jóvenes. La peña *Anaconda* proyectará popularmente su figura, sobre la que empiezan a tejerse leyendas de Donjuanismo y de hurañía. El título de uno de sus libros de cuentos, el Salvaje, le quedará colgado como distintivo. Quiroga era huraño pero a la vez muy tierno, como lo han documentado amigos y conocidos Su timidez, la tartamudez que nunca corrigió, su misma soledad interior, le hacían manifestarse poco y en forma abrupta que descorazonaba a mucha gente Pero dentro de esa corteza áspera (ha dicho Martínez Estrada) cabía encontrar una pepita tierna.

Poco durará este esplendor de Quiroga que tiene su punto más alto en un homenaje, organizado por la revista y editorial *Babel* en 1926 Ya hacia esa fecha se produce en Buenos Aires el estallido de una nueva experiencia generacional. Con la revista *Martín Fierro* como órgano publicitario, con Ricardo Güiraldes como figura principal, con el veterano Macedonio Fernández como prócer algo heterodoxo, el grupo que capitanea Evar Méndez y en que ya descuella Jorge Luis Borges entra a saco en las letras argentinas y lo conmueve todo. Para cierto nivel literario estos jóvenes y sus maestros apenas existen· en ese nivel de las revistas ilustradas de gran circulación en que Quiroga es maestro indiscutido, nada o poco se sabe de *Martín Fierro*. Pero en el otro nivel de mayor exigencia literaria y fórmulas más nuevas, ese nivel que irá creciendo paulatinamente hasta ocupar los órganos de gran publicidad, como *La Nación*, y fundar la revista de la vanguardia de entonces, *Sur*, los jóvenes preparan el juicio del mañana El juicio es adverso a Quiroga.

En 1926 se publican LOS DESTERRADOS, el mejor libro, el más homogéneo, de Quiroga Pero ese mismo año se publica también DON SEGUNDO SOMBRA y los jóvenes de entonces lo saludan como obra máxima la mejor prueba de que la literatura argentina podía ser gauchesca y literaria a la vez, que las metáforas del ultraísmo (sucursal rioplatense de ismos europeos) podían servir para contar una historia rural Las asperezas estilísticas de Quiroga, su relativo desdén actual por la escritura artística, sus tipos crudos y nada poetizados, parecieron entonces la negación de un arte que se quería (a toda costa) puro. Quiroga fue condenado sin ser leído ni criticado. En

toda la colección de *Martín Fierro* no hay una sola reseña de LOS DESTERRADOS Hoy esta ceguera parece increíble.

Lo que ocurría entonces en el nivel de la literatura de élite resultaba. sin embargo, desmentido por el éxito de sus narraciones en otro plano más general Quiroga era entonces editado y reeditado en la Artina; en Madrid la poderosa Espasa Calpe lo incluía en una colección de narradores en que ya estaban Julien Benda, Giraudoux, Proust y Thomas Hardy (también estaba, ay, Arturo Cancela). La revista bibliográfica *Babel* le dedica un número de homenaje en que se recogen los juicios más laudatorios a que pueda aspirar el insaciable ego de un creador

Era la apoteosis en vida. y, complementariamente el comienzo de la declinación. Para Quiroga el momento también significa otra cosa Esa serie de relatos que culmina con el volumen magistral de LOS DESTERRADOS encierra su obra más honda de narrador· el momento en que la fría objetividad del comienzo, aprendida en Maupassant ensayada a la vera de Kipling, da paso a una visión más profunda y no por ello menos objetiva El artista se atreve a entrar dentro de la obra. Esto no significa que su imagen sustituya a la obra Significa que el relato ocupa ahora no sólo la retina (esa cámara fotográfica de que habla el irónico Christopher Isherwood en sus historias berlinesas) sino las capas más escondidas y alucinadas de la individualidad creadora. Desde ese fondo de sí mismo realiza ahora Quiroga su obra más madura

Ya no vive en Misiones, o vive poco en Misiones Pero desde la asimilación de aquella tierra que le ha quedado grabada en lo más hondo, escribe sus cuen-

tos En un tono en que se mezcla la vivacidad de la observación directa con la pequeña distancia del recuerdo cuenta la historia de "Van Houten" (diciembre, 1919), que se basa en un personaje real que pude conocer y comparar con el del cuento cuando visité Misiones en 1949, la de "El hombre muerto" (junio 27, 1920), que traslada a la ficción un sentimiento muy vivo y alucinado del autor, la de "La cámara oscura" (diciembre 3 1920) que mezcla la realidad y la pesadilla en uno de los relatos más terribles, más hondamente vividos, de este libro· su propia angustia ante la muerte de su mujer, la liberación que significa el contacto con la naturaleza, aparecen sutilmente traspuestas en esta historia macabra, la de "El techo de incienso" (febrero 5, 1922) en que el sesgo humorístico del relato permite dar mejor su esfuerzo sobrehumano al tratar de cumplir, en medio de la selva, y simultáneamente, las funciones de Juez de Paz y carpintero, la de "Los destiladores de naranja" (noviembre 15, 1923), que aprovecha una anécdota personal para derivar hacia un tema de alucinación y locura, la de "Los precursores" (abril 14, 1929), que contiene el mejor, el más sabio, el más humorístico testimonio sobre la cuestión social en Misiones, y es también un admirable ejemplo de cómo usar la jerga sin caer en oscuridades dialectales.

En todos estos relatos, muchos de los cuales se incorporan a LOS DESTERRADOS, Quiroga desarrolla una forma especial de la ternura: ésa que no necesita del sentimentalismo para existir, que puede prescindir de la mentira y de las buenas intenciones explícitas, la ternura del que sabe qué cosa frágil es el hombre pero que sabe también qué heroico es en su locura y qué sufrido en su dolor, en su genial inconsciencia.

Por eso, estos cuentos contienen algo más que la crónica de un ambiente y sus tipos (como dice el subtítulo del libro); son algo más que historias trágicas, o cómicas, que se insertan en un mundo exótico Consisten en profundas inmersiones en la realidad humana, hechas por un hombre que ha aprendido al fin a liberar en sí mismo lo trágico, hasta lo horrible.

En ningún lado mejor que en "El desierto" (enero 4, 1923) que dará título al volumen de 1923, y en "El hijo" (enero 15, 1928) ha alcanzado Quiroga ese dificilísimo equilibrio entre la narración y la confesión que constituye su más sazonada obra. Allí el hombre que nunca quiso hablar del suicidio de su primera mujer, ese hombre duro e impenetrable, se entrega al lector en el recuento de sus alucinaciones de padre. Los relatos están escritos muchos años después del suceso (o sueño) que los originó, cuando ya sus hijos son grandes y empiezan a separarse naturalmente de su dura y tierna tutela. Pero es en esa distancia (la emoción evocada en la tranquilidad, de que hablaba y tan bien Wordsworth), es en esa muerte y resurrección de la emoción, que el mismo Quiroga aconsejaba en el "Decálogo del perfecto cuentista" (julio, 1927, dónde reside la clave del sentimiento que trasmiten tan poderosamente ambos relatos.

Son esencialmente autobiográficos, lo que significa que no lo son en su anécdota. Quiroga no murió, dejando abandonados en la selva a sus hijos pequeños, como el Subercaseaux de "El desierto", tampoco Darío Quiroga murió al cruzar, con una escopeta en la mano, un traicionero alambrado, como ocurre en "El hijo". Pero si estos cuentos revelan anécdotas imaginarias, no son imaginarios los sentimientos que encierran: ese amor paternal y esa ternura sin fláccide-

ces que constituyen el centro mismo de la personalidad del hirsuto y solitario individuo que fue Quiroga

La misma perfección de ambos relatos, su cuidadosa preparación del efecto final (más obvio en "El hijo", más sutil en "El desierto"), ese juego calculado de anticipaciones y desvíos en que el fatal desenlace es acercado y alejado hasta que se vuelca abrumador sobre la sensibilidad del lector, esa misma perfección técnica, no hacen sino acentuar la fuerza de comunicación del sentimiento Con ellos logra Quiroga su máxima expresión creadora También llega lo más hondo que le es posible en el descubrimiento de sus demonios interiores Por eso ya no importa que luego fracase, una vez más, como novelista en PASADO AMOR (1929), o que todavía sobreviva en algunos cuentos fantásticos, curiosamente anticuados (como si regresara a sus orígenes) que recoge su último volumen, MÁS ALLÁ (1935) Con "El desierto" y "El hijo" se marca una culminación, su culminación

Le quedaban unos años, pocos, de vida. Demasiado sensible a la atmósfera literaria para no advertir que los jóvenes iban por otros rumbos, que su palabra (en la Argentina, por lo menos) ya no era escuchada, demasiado verdadero como para no reconocer que se le iban secando las fuentes del arte. Quiroga abandona de a poco la creación. En sus últimos cuentos se siente el incontenible empuje autobiográfico, lo que les da una equívoca condición de memorias. Artículos y notas que escribe cada vez con mayor abundancia a partir de 1922, vierten la experiencia literaria acumulada por este hombre en tantos años de dolor y escasa alegría De tanto en tanto publica algunos textos, como "Una serpiente de cascabel" (no-

viembre 27, 1931) en que es difícil trazar la línea de separación entre lo que cuenta y lo que inventa. Aunque escribe algunos relatos más, Quiroga ya está de espaldas a su arte.

A los amigos que lo incitan todavía a crear que le piden no se abandone, que quieren sacarle algunos relatos aún, escribe unas cartas en que defiende su posición crepuscular. "Ud sabe (le dice a Julio E Payró, abril 4, 1935) que yo sería capaz, de quererlo, de compaginar relatos, como algunos de los que he escrito, 190 y tantos. No es, pues, decadencia intelectual ni pérdida de facultad lo que me enmudece No Es la violencia primitiva de hacer, construir, mejorar y adornar mi habitat lo que se ha impuesto al cultivo artístico —¡ay!— un poco artificial. Hemos dado —he dado— mucho y demasiado a la factura de cuentos y demás Hay en el hombre muchas otras actividades que merecen capital atención. Para mí, mi vida actual (. .) Hay además una cándida crueldad en exigir de un escritor lo que éste no quiere o no puede dar. ¿Cree Ud. que la obra de Poe no es total, id la de Maupassant, a pesar de la temprana muerte de ambos? ¿Y el silencio en plena juventud y éxito, de Rossini? ¿Cómo y por qué exigir más? No existe en arte más que el hecho consumado. Tal las obras de los tres precitados ¿Con qué derecho exigiremos quién sabe qué torturas sin nombre de quien murió o calló, so pretexto de que pudo haber escrito todavía un verso para nuestro regocijo? Me refiero a los que cumplieron su obra tal Heine a los 24 años Podía haber desaparecido en ese instante —¿no cree Ud?— sin que el arte tuviera que llorar Morir y callar a tiempo es en aquella actividad un don del cielo".

Quiroga vuelve a encerrarse en sí mismo, pero de distinta manera que antes cuando era la imposibilidad de expresarse, de alcanzar los fondos de su ser, lo que lo envolvía en huraño y desdeñoso silencio. Ahora calla para el mundo, pero para los amigos, en una correspondencia que cuenta entre lo más notable que ha escrito, va liberando sus confidencias calla y al mismo tiempo se entrega. En tanto que las desilusiones lo cercan, que siente crecer la incompatibilidad de caracteres que lo aleja de sus hijos y mientras descubre el fracaso de su segundo matrimonio, cuando la enfermedad se cierra sobre su vida y sus ilusiones, Quiroga va comunicando en cartas que son testamento, la última visión, la más madura, aunque ya fuera del arte.

En una que escribe a Martínez Estrada (abril 29, 1936) encara el tema de su abandono de la literatura, y también de la preparación para un abandono aún mayor "Hablemos ahora de la muerte. Yo fui o me sentía creador en mi juventud y madurez, al punto de temer exclusivamente a la muerte, si prematura Quería hacer mi obra Los afectos de familia no fiaban la cuarta parte de aquella ansia. Sabía y sé que para el porvenir de una mujer o una criatura, la existencia del marido o padre no es indispensable No hay quien no salga del paso, si su destino es ése El único que no sale del paso es el creador cuando la muerte lo siega verde. Cuando consideré que había cumplido mi obra —es decir, que había dado ya de mí todo lo más fuerte—, comencé a ver la muerte de otro modo. Algunos dolores, ingratitudes, desengaños. acentuaron esa visión. Y hoy no temo a la muerte, amigo, porque ella significa descanso. That is the question. Esperanza de olvidar dolores, aplacar

ingratitudes, purificarse de desengaños. Borrar las heces de la vida ya demasiado vivida, infantilizarse de nuevo, más todavía: retornar al no ser primitivo, antes de la gestación y de toda existencia todo esto es lo que nos ofrece la muerte con su descanso sin pesadillas ¿Y si reaparecemos en un fosfato, en un brote, en el haz de un prisma? Tanto mejor, entonces Pero el asunto capital es la certeza, la seguridad incontrastable de que hay un talismán para el mucho vivir o el mucho sufrir o la constante desesperanza. Y él es el infinitamente dulce descanso del sueño a que llamamos muerte".

Por eso, cuando Quiroga tuvo que abandonar su casa de San Ignacio, esa casa sobre la meseta a la que había dedicado las mejores horas de su vida en los últimos años, que había rodeado de palmeras y de orquídeas, que había levantado con sus manos; cuando debió dejar ese habitat elegido por una fuerza interior más poderosa que la que le hizo nacer en Salto, cuando debió bajar a Buenos Aires por el ancho río Paraná para ser sometido a una operación de la que sólo podía salir remendado, sin esperanza de cura, Quiroga dejó el Hospital de Clínicas un día (febrero 18, 1937), hizo la ronda de las dos o tres casas amigas, vio a la hija con la que se sentía tan identificado y que le sobrevivió pocos meses, entró a una farmacia a comprar cianuro y regresó en la noche a su cuarto de enfermo. A la mañana siguiente ya lo encontraron muerto.

III Doble perspectiva

De la producción narrativa de Quiroga conserva casi intacto su valor una quinta parte. Ignoro qué

significado estadístico puede tener este hecho. Sé que en términos literarios significa la supervivencia de una figura de creador, la más rotunda afirmación de su arte. Esos cuarenta cuentos que una relectura minuciosa permite distinguir del conjunto de doscientos, tienen algo común: por encima de ocasionales diferencias temáticas o estilísticas expresan una misma realidad, precisan una actitud estética coherente. Si se quisiera encontrar una fórmula para definirla habría que referirse a la objetividad de esta obra, de este creador.

Nada más fácil en este terreno que una grosera confusión de términos. Por eso mismo, conviene aclarar ante todo su exacto significado. La objetividad es la condición primera de todo arte clásico. Significa para el artista el manejo de sus materiales con absoluto dominio; significa la superación de la adolescencia emocional (tanto más persistente que la otra), el abandono de la subjetividad. Significa haber padecido, haber luchado y haber expresado ese padecer, esa lucha en términos de arte. La objetividad no se logra por mero esfuerzo, o por insuficiencia de la pasión; tampoco es don que pueda heredarse. No es objetivo quien no haya sufrido, quien no se haya vencido a sí mismo. La objetividad del que no fue probado no es tal, sino inocencia de la pasión, ignorancia, insensibilidad.

Quiroga alcanzó estéticamente la objetividad después de dura prueba. El exacerbado subjetivismo del fin de siglo, los modelos de su juventud (Poe, Darío, Lugones), su mismo temperamento apasionado, parecían condenarlo a una viciosa actitud egocéntrica. No es ésta la ocasión de trazar minuciosamente sus tempranos combates. Baste recordar que de esa compleja

experiencia de sus veinte años —que incluyó una breve aventura parisina— extrajo el joven LOS ARRECIFES DE CORAL (1901) y muchos relatos de libros posteriores.

Pero el tránsito por el Modernismo no sólo fue un paso en falso para Quiroga. No sólo lo condujo a erróneas soluciones, a la busca de una expresión creadora en el verso o en una prosa recargada de prestigios poéticos. Esa experiencia fue también formadora. Actuó providencialmente. Arrojado al abismo, pudo perderse Quiroga, como tantos de su generación que no han conseguido superar su tiempo. De su temple, de su esencial sabiduría oscura, da fe el que haya sabido cerrar con dura mano el ciclo poético de su juventud e iniciar lenta, cautelosa, fatalmente, su verdadero destino de narrador. El primero que reconoció en el joven poeta despistado del Modernismo al futuro gran narrador fue Lugones, verdadero taumaturgo de Quiroga. Una doble maduración —humana, literaria— habría de conducir al joven al descubrimiento de Misiones (como territorio de su creación literaria y como habitat de ese salvaje que llevaba escondido pecho adentro) pero también habría de conducirlo al descubrimiento entrañable de sí mismo, a la objetividad en la vida y en el arte. Por eso, Quiroga alcanzada la madurez habrá de aconsejar al joven narrador en el "Decálogo del perfecto cuentista" que publica el año 1927: "No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir y evócala luego. Si eres capaz de revivirla, tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino". A él le costó, pero hubo de aprender a hacerlo.

La objetividad tiene una faz adusta. No es extraño por eso que un crítico salteño, Antonio M. Grompone,

haya señalado la indiferencia de Quiroga por la suerte de sus héroes, su respeto no desmentido por la naturaleza omnipotente, verdadero y único protagonista aparente de sus cuentos. Creo que esa apreciación encierra, a pesar de reiterados aciertos de detalle, un error de perspectiva. Como artista objetivo que supo llegar a ser en su madurez, Quiroga dio la relación entre el hombre y la naturaleza en sus exactos términos americanos. Sin romanticismos, sin más crueldad de la inevitable, registró la ciega fuerza del trópico y la desesperada derrota del hombre en un medio sobrehumano. Esto no implica de ningún modo que no fuera capaz de sentir compasión por ese mismo hombre que la verdad de su arte le hacía presentar anonadado por fuerzas superiores, sólo capaz de precarias victorias. Algunos de sus más duros cuentos, como "En la noche" (diciembre 27, 1919) o como "El desierto" o "El hijo" (a los que ya me he referido en la segunda parte de este prólogo), tienen un contenido autobiográfico esencial, parten de una experiencia vivida por el artista, aunque no en los términos literales que usa en sus relatos La angustia que difunden naturalmente sus narraciones no sería tan verdadera, su lucidez tan trágica, si el propio Quiroga no hubiera sido capaz de vivir —así sea en forma parcial o simbólica— las atroces, las patéticas circunstancias que sus cuentos describen.

Pero si esta realidad autobiográfica no basta para documentar la raíz subjetiva de este arte objetivo, piénsese cuánto más eficaz (estética, humanamente) es la compasión que fluye en forma intolerable, incontenible, de estas duras narraciones que el blando lamento compasivo de tantos escritores, capaces sólo de dar en palabras enfáticas, en descolocada indigna-

ción, su dolor y rebeldía Compárese la descripción objetiva del infierno, de los mensú en el cuento del mismo nombre con los excesos retóricos y melodramáticos de Alfredo Varela en EL RÍO OSCURO (1943) y se verá cuál arte es el más hondo y verdadero, cuál indignación más eficaz Por su misma excesiva dureza, los cuentos de Quiroga sacuden al lector con mayor eficacia y provocan así la deseada, la buscada conmoción interior.

Y si uno observa bien, no es compasión únicamente lo que se desprende de sus narraciones más hondas Es ternura. Considérese a esta luz los cuentos arriba mencionados. En ellos Quiroga se detiene a subrayar, con finos toques, aun las más sutiles situaciones El padre de "El desierto", en su delirio de moribundo, comprende que a su muerte sus hijos se morirán de hambre, demasiado pequeños para poder sobrevivir en plena selva Entonces dice Quiroga "Y él se quedaría allí, asistiendo a aquel horror sin precedentes". Nada puede comunicar mejor, con más desgarradora precisión, la impotencia del hombre que muere que esa anticipación de su cadáver *asistiendo* a la inevitable destrucción de sus hijos.

Por otra parte, todo el volumen que se llama LOS DESTERRADOS responde al mismo signo de una ternura viril y pudorosa. Los tipos y el ambiente misioneros aparecen envueltos en la cálida luz simpatica que arroja la mirada de Quiroga, su testigo y su cómplice. Ahí están los personajes de esas historias· João Pedro, Tirafogo, Van Houten, Juan Brown, hasta el innominado hombre muerto. En la pintura de estos ex-hombres, en la presentación de sus extrañas aventuras reales, muchas veces puramente interiores, de sus manías o de sus vicios, en la expresión de esas

almas cándidas y únicas, ha puesto el artista su secreto amor a los hombres.

La ternura alcanza asimismo a los animales. Quiroga supo, como pocos, recrear el alma simple y directa, la vanidad superficial, la natural fiereza de los animales. Y no sólo en los famosos CUENTOS DE LA SELVA *(para niños)* o en las más ambiciosas reconstrucciones a la manera de Kipling (ANACONDA, "El regreso de Anaconda", febrero 1º, 1925), sino principalmente en dos de sus cuentos magistrales, "La insolación" y "El alambre de púa" Ya me he referido en la segunda parte de este estudio a esa experiencia sobrenatural que en el primer cuento permite ver a los perros de Míster Jones, a la Muerte cabalgando al encuentro de su amo, convertida en una réplica fantasmal del mismo. En los caballos del segundo cuento la experiencia que los sobrepasa es la destrucción insensata a que se entrega el toro Barigüí y que habrá de terminar con su propia carne desgarrada por las cuchillas del alambre de púa. Tanto los perros del primero como los caballos del segundo participan en las respectivas experiencias como testigos apasionados más que como puros espectadores Sin una comprensión amorosa de esas naturalezas primitivas, Quiroga no podría haber realizado la hazaña de estos dos relatos.

No como dios intolerante o hastiado se alza Quiroga sobre sus creaturas (sean hombres o animales), sino como un compañero, un cómplice, más lúcido, más desengañado Sabe denunciar sus flaquezas Pero sabe, también, aplaudir sutilmente su locura, su necesaria rebelión contra la Naturaleza, contra la injusticia de los demás hombres. Esto puede verse mejor en sus relatos sobre los explotados obreros de Mi-

siones como los ya citados cuentos "Los mensú" o "Los precursores", y también en ese relato más trágico que se titula "Una bofetada". En ellos no abandona Quiroga su imparcialidad porque sabe denunciar a la vez el abuso que se comete con estos hombres y la misma degradación que ellos consienten. La aventura de Cayé y Podeley en el primero de estos cuentos resulta, por ello mismo, más ejemplar. Ni un solo momento la compasión, la fácil y al cabo inocua denuncia social, inclinan la balanza Quiroga no embellece a sus héroes Por eso mismo, puede concluir la sórdida y angustiosa peripecia con la muerte alucinada de uno, con el absurdo reingreso del otro al círculo vicioso de explotación, rebeldía y embriaguez del que pretendió escapar Por esta lucidez última, el narrador preserva intacta la fuerza de su testimonio Ahora que buena parte de la narrativa hispanoamericana de denuncia social resulta ilegible por su simplificación de los problemas y de los seres humanos (reléase Icaza, Alegría, Jorge Amado, si es posible), estos pocos cuentos de Quiroga que encaran el tema brillan con luz incesante.

En algunas cartas íntimas escritas en plena lucha antifascista y cuando ya se anunciaban cosas peores, Quiroga define con toda precisión su actitud sobre la cuestión social. Así escribe a Martínez Estrada (julio 13, 1936) "Casi todo mi pensar actual al respecto proviene de un gran desengaño Yo había entendido que yo era aquí muy simpático a los peones por mi trabajar a la par de los tales siendo un sahib No hay tal Lo averigüé un día que estando yo con la azada o el pico, me dijo un peón que entraba· "Deje ese trabajo para los peones, patrón " Hace pocos días, desde una cuadrilla que pasaba a cortar yerba, se

me gritó, estando yo en las mismas actividades "¿No necesita personal, patrón?" Ambas cosas con sorna Yo robo, pues, el trabajo a los peones Y no tengo derecho a trabajar; ellos son los únicos capacitados Son profesionales, usufructuadores exclusivos de un dogma".

En la misma carta, y después de arremeter contra la posición comunista que buscaba entonces reunir en un Frente Popular a todas las fuerzas antifascistas. concluye Quiroga "Han convertido el trabajo manual en casta aristocrática que quiere apoderarse del gran negocio del Estado. Pero respetar el trabajo, amarlo sobre todo, minga El único trabajador que lo ama, es el aficionado. Y éste roba a los otros. Como bien ve, un solitario y valeroso anarquista no puede escribir por la cuenta de Stalin y Cía " Tal era su posición final, la de sus últimos años, cuando algunos amigos comunistas querían inclinarlo hacia su campo y hasta buscaban tentarlo con la idea de un viaje a Rusia. Pero ya Quiroga había descubierto la naturaleza amenazadora de una doctrina de carácter dogmático De aquí que se negara a toda adhesión y conservase, en su vida como en sus cuentos, una posición de desafiante individualismo. Por eso, aunque no soslaya el problema social del mundo misionero que lo rodea, lo presenta en sus términos humanos, no en forma doctrinaria. El solitario y valeroso anarquista se planteó el tema de la explotación del hombre por el hombre en los únicos términos que podía aceptar: los del conflicto individual de cada uno con su medio, sea natural o social. Esa era su visión y allí se radicaba su mayor virtud: la sinceridad. O como dejó dicho en uno de sus cuentos, ("Miss Dorothy Phillips, mi esposa", febrero 14, 1919): "...la divina

condición que es primera en las obras de arte, como en las cartas de amor: la sinceridad, que es la verdad de expresión interna y externa". Esa sinceridad le hizo mostrar con pasión pero con objetividad el mundo de la selva y el mundo de los hombres

Es claro que también hay crueldad en sus cuentos. Incluso hay relatos de esplendorosa crueldad Hay relatos de horror Quizá el más típico sea "La gallina degollada" (julio 10. 1909). Este cuento que por su difusión ha contribuido a configurar la imagen de un Quiroga sádico del sufrimiento, presenta (como es bien sabido) la historia de una niña asesinada por sus cuatro hermanos idiotas. Del examen atento, surge, sin embargo, el recato estilístico en el manejo del horror, un auténtico pudor expresivo. Las notas de mayor efecto están dadas *antes* de culminar la tragedia familiar. en el fatal nacimiento sucesivo de los idiotas, en su naturaleza cotidiana de bestias, en el lento deguello de la gallina que ejecuta la sirvienta ante los ojos asombrados y gozosos de los muchachos. Al culminar la narración, cuando los idiotas se apoderan de la niña, bastan algunas alusiones laterales, una imagen, para trasmitir todo el horror "Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas . ." Dos notas de muy distinta naturaleza cierran el cuento que ha dado solo por elipsis el sacrificio de la hermanita. el padre ve el cuadro que el narrador no describe, la madre cae emitiendo un ronco suspiro.

A lo largo de la obra de Quiroga se puede advertir la progresión, verdadero aprendizaje en el manejo del horror. Desde las narraciones tan crudas de la *Revista del Salto* (1899) hasta las de su último volumen, MÁS ALLÁ (1935), cabe trazar una línea de per-

fecta ascensión En un primer momento, Quiroga debe nombrar las cosas para suscitar el horror, abusa de descripciones que imagina escalofriantes y que son, por lo general, embotadoras. Por ejemplo, en el cuento que titula desafiantemente, "Para noche de insomnio" (noviembre 6, 1899) escribe que el muerto "iba tendido sobre nuestras piernas, y las últimas luces de aquel día amarillento daban de lleno en su rostro violado con manchas lívidas. Su cabeza se sacudía de un lado para otro A cada golpe en el adoquinado, sus párpados se abrían y nos miraba con sus ojos vidriosos, duros y empañados Nuestras ropas estaban empapadas en sangre: y por las manos de los que le sostenían el cuello se deslizaba una baba viscosa y fría que a cada sacudida brotaba de sus labios".

Quiroga aprende luego a sugerir en vez de decir, y lo hace con fuertes trazos, como en el pasaje ya citado de "La gallina degollada", o como en este otro alarde de sobriedad que es "El hombre muerto" en que el hecho fatal es apenas indicado por el narrador en frase de luminosa reticencia. "Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, el pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo".

Ya en plena madurez, Quiroga logra aludir, casi imperceptiblemente, en un juego elusivo de sospechas y verdades, de alucinacion y esperanza frustrada, como ocurre en "El hijo", su más perfecta narración de horror Un horror, por otra parte, secreto y casi siempre disimulado tras algún rasgo de incontenible felici-

dad Tal vez no sea casual, por eso mismo, que en este cuento se dé también (contenida pero evidente) la ternura Probablemente, Quiroga nunca leyó el prefacio de Henry James a la colección de relatos suyos que incluye *The Turn of the Screw* (Otra vuelta de tuerca) pero de hacerlo, habría estado completamente de acuerdo con este consejo del gran narrador norteamericano: "Haz sólo suficientemente intensa la visión general del mal que posee el lector .. y sus propias experiencias, su propia indignación, su propia simpatía (.) y horror (..), le proporcionarán de modo suficiente todos los detalles Hazlo pensar el mal, hazlo pensar en él por sí mismo, y te ahorrarás débiles especificaciones". Lo que allí predica James es lo que aprendió a realizar Quiroga en su madurez.

Algo parece indiscutible ahora: Quiroga es un maestro en el manejo del horror y la ternura Pero, ¿cómo se compadecen ambos en su arte? No hay que desechar la clave que aporta el título —tan significativo— de uno de sus mejores volúmenes, el más ambicioso y el que lo reveló a un público muy calificado CUENTOS DE AMOR DE LOCURA Y DE MUERTE (Quiroga se negó, cuenta Gálvez, a que se pusiera una coma entre la palabra *amor* y el *de* siguiente. No le gustaban las comas en los títulos) En la triple fórmula de ese libro aparecen encerradas las tres dominantes de su mundo real, dominantes que, por lo demás, se daban muchas veces fundidas en un mismo relato El amor conduce a la locura y a la muerte en "El solitario" (mayo 30, 1913), la locura se libera con la muerte en "El perro rabioso" (octubre 10, 1910). A toda la zona oscura del alma de este narrador, que se alimentó siempre en Poe y en Dostoyevski, pertenece esta creación de incontenible crueldad.

Pero el horror y la dureza (hay que insistir) no respondían a sádica perversión, a indiferencia por el sufrimiento ajeno, a mera lujuria verbal, sino al auténtico horror que conoció él mismo en su propia vida y que marcó tantos momentos de su existencia: la muerte de su padre, en un accidente de caza, cuando él tenía apenas unos meses y estaba en brazos de su madre; el suicidio brutal de su padrastro al que casi le tocó asistir cuando era un adolescente; el involuntario asesinato de uno de sus mejores amigos, Federico Ferrando, el único de sus compañeros de bohemia que también tenía genio poético; el suicidio lento, la interminable agonía de ocho días, de su primera mujer, a la que habrá de referirse, desgarrado, en PASADO AMOR. Los cuentos de horror y de crueldad, vistos en esta perspectiva biografica, parecen liberaciones de sus pesadillas del sueño y de la vigilia. Demasiado sincero para ocultarse el horror del mundo, su crueldad sin sentido, o para buscar en su arte sólo una vía de escape, Quiroga prefirió explorar hasta los bordes mismos del delirio, hasta la fría desesperación, esos abismos interiores. En carta a Martínez Estrada (agosto 26, 1936) habría de expresarlo con su peculiar estilo abrupto "Le aseguro que cualquier contraste, hoy, me es mucho más llevadero, desde que puedo descargarme la mitad en Ud. Este es el caso que es el del artista de verdad. Verso, prosa: a uno y otra van a desembocar el sobrante de nuestra tolerancia psíquica. Pues vividas o no, las torturas del artista son siempre una Relato fiel o amigo fiel, ambas ejercen de pararrayos a estas cargas de alta frecuencia que nos desordenan".

En su madurez logró trascender Quiroga lo que había de más morboso en esta tendencia al horror Esto

no significa que haya podido eliminar todos sus rasgos Bajo la forma de cruda alucinación, de locura, están presentes hasta el último momento de su apasionada carrera. Pero su visión profunda le permitió algunas hazañas narrativas en que del más puro humorismo se pasa, casi sin transición, al horror. Tal vez sea en "Los destiladores de naranja" donde aparece más clara la línea que separa uno y otro movimiento del ser Los elementos anecdóticos del cuento (que parte de un suceso autobiográfico ya que Quiroga intentó la destilación de naranjas), el acento puesto en las circunstancias cómicas, la feliz pintura de algún personaje episódico, no permiten prever el tremendo —y efectista— desenlace, cuando el químico en su delirio alcohólico confunde a su hija con una rata y la ultima No se elude aquí siquiera el grueso brochazo melodramático, el cuento se cierra con una nota de alucinado horror. "Y ante el cadaver de su hija, el doctor Else vio otra vez asomar en la puerta los hocicos de las bestias que volvían a un asalto final".

También en "Un peón" se produce el mismo salto del humor juguetón y hasta satírico, al golpe de efecto, cruel y absurdo como la vida misma, con que culmina la aventura: esas botas vacías y colgadas de un árbol en que se fue secando el cadáver del protagonista. Aunque en este cuento sean más delicados que en el otro, menos violentos, los contrastes, y toda la narración aparezca envuelta en luz más cálida hasta su horrible culminación. El rescate por el humor, esa mezcla de espanto y risa macabra, es otro signo de la objetividad del arte de Quiroga, de su visión adulta y descarnada de la vida.

Y si se pasa de la obra al hombre —como se ha hecho ya insensiblemente a lo largo de este prólogo— toda la documentación hasta ahora conocida no hace sino apoyar este punto de vista El mismo lo señaló en uno de sus cuentos, "Un recuerdo" (abril 26, 1929). "Aunque mucho menos de lo que el lector supone, cuenta el escritor su propia vida en la obra de sus protagonistas, y es lo cierto que del tono general de una serie de libros, de una cierta atmósfera fija o imperante sobre todos los relatos a pesar de su diversidad, pueden deducirse modalidades de carácter y hábitos de vida que denuncian en este o aquel personaje la personalidad tenaz del autor"

La obra de Quiroga está enraizada en su vida, como se ha visto en la segunda parte de este prólogo No es casual que la casi totalidad de sus mejores cuentos procedan de su propia experiencia (como autor, como testigo, como personaje) o se ambienten en el territorio al que entregó sus mejores años Esta vinculación tan estrecha, en vez de acentuar el subjetivismo de la obra (aislándola dentro de la experiencia incomunicable del autor), contribuye a asentarla poderosamente en la realidad· es decir, a objetivarla. Las mismas antítesis que revela el examen de la obra se repiten al examinar la vida y el carácter de este narrador. También fue acusado Quiroga de indiferencia y hasta de crueldad, también es posible sostener que era tierno y era, esencialmente, fiel Una de las personas que lo conocieron mejor, Martínez Estrada, ha dicho en su tributo fúnebre "Su ternura, acentuada en los últimos tiempos hasta un grado de hiperestesia chopiniana, no tenía sin embargo ningún matiz de flaqueza o sensiblería de conservatorio" Y en otro texto ha dejado anotado el mismo escritor.

"La amistad lo retornaba al mundo, adonde regresaba con el candor de un niño abandonado que recibe una caricia La ternura humedecía sus bellos ojos angélicos, celestes y dóciles, y por entre las fibras textiles de su barba diabólica, sus labios delicadísimos y finos borbollaban en anécdotas y recuerdos". En su admirable libro, EL HERMANO QUIROGA (1957), ha desarrollado Martínez Estrada estas imágenes evocadas a la orilla de la tumba de su amigo

El mismo Quiroga en su correspondencia insistía en la necesidad de cariño En una carta a Martínez Estrada (marzo 29, 1936) se confía· "Sabe Ud qué importancia tienen para mí su persona y sus cartas. Voy quedando tan, tan cortito de afectos e ilusiones, que cada una de éstas que me abandona se lleva verdaderos pedazos de vida". Y en otra (de abril 11) agrega: "Yo soy bastante fuerte, y el amor a la naturaleza me sostiene mas todavía pero soy también muy sentimental y tengo más necesidad de cariño — íntimo — que de comida". También escribe a Julio E. Payró (junio 21. 1936) "Como el número de los amigos se va reduciendo considerablemente conforme se les pasa por la hilera, los contadísimos que quedan lo son de verdad Tal Ud , y me precio de haberlo admirado cuando Ud. era aún un bambino, o casi". En otra carta al hijo de su gran compañero Roberto J. Payró. agregará: "No sabe cuánto me enternece el contar con amigos como Ud Bien visto, a la vuelta de los años en dos o tres amigos de su laya finca toda la honesta humanidad". Y a Asdrúbal Delgado, su compatriota salteño a quien conoce desde muchacho le dirá en setiembre 21: "No dejes de escribirme de vez en cuando, pues si en próspero estado los pocos amigos a la caída de la vida son in-

dispensables. en mal estado de salud forman parte de la propia misma vida" (La defectuosísima sintaxis de este párrafo contribuye a manifestar mejor la emoción con que fue escrito y el pudor que tuvo que vencer Quiroga para confiarse de este modo)

Estos testimonios de sus últimos años, y otros que recogen su correspondencia con Enrique Amorim, no desmienten que Quiroga haya tenido su lado sombrío. Era hombre de carácter fuerte y apasionado, de sensibilidad casi enfermiza. capaz de súbitas violencias, de injusticias irreparables Era un absoluto Supo golpear y herir Pero supo, también, recibir los golpes que el destino no le escatimó Y aprendió a asimilarlos con dolor Por eso, todo lo que es elemento salvaje y cruel en su carácter aparece enriquecido por esa horrible experiencia del dolor que lo acompaña desde la niñez. Crueldad y dolor parecen los dos elementos más íntimamente fundidos en lo hondo del caracter de este hombre trágico.

La locura no fue en Quiroga sólo un tema literario. Durante toda su vida estuvo acechado por ella. Ya desde sus comienzos había sabido reconocer que "la razón es cosa tan violenta como la locura y cuesta horriblemente perderla". Había descubierto "esa terrible espada de dos filos que se llama raciocinio", como escribe en LOS PERSEGUIDOS, ese relato largo en que culmina su obsesión con el tema del doble y en que termina por expiar (del todo) el involuntario asesinato de Ferrando. Porque Quiroga conocía la locura no en el sentido patológico inmediato sino en el más sutil y elusivo de la histeria.

Siempre se creyó un *fronterizo,* (como califica al héroe de "El vampiro", noviembre 11, 1927) Lo demuestran dos testimonios tan alejados en el tiempo

como estos dos que junto ahora. En una anotación de su *Diario de viaje a París* (abril 7, 1900) señala: "Hay días felices ¿Qué he hecho para que hoy por tres veces me haya sentido con ganas de escribir, y no sólo eso que no es nada, sino que haya escrito? Porque éste es el flaco de los desequilibrados. 1º) No desear nada, cosa mortal 2º) Desear enormemente, y, una vez que se quiere comenzar, sentirse impotente, incapaz de nada Esto es terrible" Treinta y seis años más tarde (al cabo de su carrera literaria) confirmará a Martínez Estrada: "Bien sé que ambos, entre tal vez millones de seudo semejantes, andamos bailando sobre una maroma de idéntica trama, aunque tejida y pintada acaso de diferente manera. Somos Ud. y yo fronterizos de un estado particular, abismal y luminoso, como el infierno. Tal creo".

Esta convicción nacía del conocimiento de su sensibilidad. El remedio fue, es siempre, el dominio objetivo de sí mismo. Así como pudo aconsejar al joven narrador: "No escribas bajo el imperio de la emoción", así pudo enterrar durante años en lo más profundo de su ser la memoria de la trágica muerte de su primera esposa. Esto no significa matar el recuerdo del ser querido, sino destruir las imágenes destructoras, los ídolos.

Durante toda su vida, a lo largo de toda su carrera literaria, exploró Quiroga el amor Sus cuentos, sus novelas fracasadas, los testimonios de su correspondencia y de sus diarios, lo muestran como fue un apasionado, de aguda y rápida sensibilidad, un poderoso sensual, impaciente, un sentimental. Cuatro grandes pasiones registran sus biógrafos pero hubo sin duda muchas más. pasiones fugaces, consumidas velozmente, pasiones incomunicadas que perduran sin

saberse A la obra trasegó el artista esta suma de erotismo Pero no siempre consiguió recrearla. Logró memorables, parciales, aciertos. Abundan relatos como "Una estación de amor" (enero 13, 1912), de sutiles notas, de fuertes intuiciones perversas, con un admirable retrato de la madre corruptora que se basa en un personaje real, también pintado (con otras artes) por Juan Manuel de Blanes Pero ni en este cuento ni en otros alcanzó Quiroga la plenitud sobria de los relatos misioneros Estaba demasiado comprometido con el amor para lograr esa necesaria perspectiva, ese distanciamiento, que exige la creación En sus dos novelas, el tema del amor es también central pero es curioso que lo mejor en ellas no sea la pasión erótica misma. En HISTORIA DE UN AMOR TURBIO, son los celos, la presencia enloquecedora del Otro o la Otra, lo que permite al relato alcanzar su más alta expresión, en PASADO AMOR, es la evocación de la mujer ya fallecida del protagonista, y no la trivial historieta de una pasión contrariada, la que domina el libro

Tampoco fue el horror un procedimiento mecánico descubierto en los cuentos de Poe, y perfeccionado en la técnica de Maupassant o de Chejov El horror estaba instalado en su vida misma Como la crueldad La había descubierto y sufrido en su propia carne antes de aplicarla a sus creaturas. Cuando la mujer de "En la noche" rema enloquecida, hora tras hora, contra las correderas del Paraná para avanzar apenas algunos centímetros, Quiroga no contempla impasible el esfuerzo agotador. Quiroga rema con ella. Esa identificación del artista con su material, que prepara y fomenta la identificación del lector, es lo que permite ese milagro. Pero su arte para realizarse

necesita además esa distancia que le facilita la objetividad y que, como ha expresado magistralmente Martínez Estrada, consiste en la eliminación drástica de lo accesorio

A su propia vida, a la formación de sí mismo, aplicó también esa objetividad Para el que examina cuidadosamente su circunstancia biográfica, tal como la registra la crónica de sus biógrafos y el testimonio de amigos y conocidos, parece indudable que Quiroga se hizo a sí mismo. De un ser físicamente débil y ensombrecido tempranamente por la histeria, extrajo una figura indestructible, dura por la intimidad con el silencio, que es el resultado de ese trabajo máximo de la voluntad sobre el carácter cuyo modelo simbólico habría que buscar en el mundo de Ibsen, en ese BRAND que inspiró la vida y las doctrinas de Soren Kierkegaard En una carta a Martínez Estrada comenta así Quiroga la tragedia (julio 25, 1936): "BRAND ¡Pero amigo! Es el único libro que he releído cinco o seis veces. Entre los "tres" o "cuatro" libros máximos, uno de ellos es BRAND Diré más: despues de Cristo, sacrificado en aras de su ideal no se ha hecho nada en ese sentido superior a BRAND Y oiga Ud. un secreto: yo, con más suerte, debí haber nacido así. Lo siento en mi profundo interior No hace tres meses torné a releer el poema. Y creo que lo he sacado de la biblioteca cada vez que mi deber — o lo que yo creo que lo es — flaqueaba. No se ha escrito jamás nada superior al cuarto acto de BRAND, ni se ha hallado nunca nada más desgarrador en el pobre corazon humano para servir de pedestal a un ideal. También yo tuve la revelación de Inés cuando exigida y rendida por el "todo o nada", exclamó: "Ahora comprendo lo que siempre ha sido oscuro para

mí El que ve el rostro de Jehová debe morir". Sí, querido compañero. Y también tengo siempre en la memoria una frase de Emerson, correlativa de aquella 'Nada hay que el hombre no pueda conseguir pero tiene que pagarlo'" Esta pasión de lo absoluto, este Todo o Nada del personaje ibseniano, también asoma en la vida y carácter del narrador misionero y tiñe de desesperación su demoníaca figura. No es extraño por eso mismo que este hombre tan poco dado a la cortesía literaria escriba un par de cartas desde Misiones a José Enrique Rodó (en 1909 y en 1911) para agradecerle en la forma más concisa y sincera posible el envío de MOTIVOS DE PROTEO En la lectura y relectura de algunos pasajes de este libro habrá encontrado Quiroga esa épica de la voluntad a la que él también estaba secretamente entregado

Aquí está la raíz del hombre salvaje, del hombre trágico Quiroga volvió la espalda al mundo occidental reconstruido penosamente por inmigrantes en ambas márgenes del Plata, se encerró en la selva (la primitiva matriz americana) y en sí mismo, construyó como Robinson, con los restos del naufragio que llegaban hasta Misiones, su casa y su hogar, descubrió su habitat natural y lo creó con sus manos, con su sangre y también con sus lágrimas. Consiguió lo que quería. Pero tuvo que pagarlo, y a qué precio. En el último año de su vida, en los largos días y noches que precedieron al suicidio, fue derramando cada vez más copiosa e incontemiblemente el tesoro de ternura que había preservado intacto tantos años, sobre los seres que acompañaron de lejos su pasión. Nada más conmovedor que las cartas a sus amigos, los viejos compañeros de la infancia y adolescencia salteñas, como Asdrúbal Delgado, o los nuevos amigos más jóvenes como Payró, Martínez Estrada, Amorim

Con inusitada franqueza se exponen en ese epistolario parcialmente inédito aún todos los episodios de sus últimos meses de vida la arbitraria destitución de su cargo de consul uruguayo en Misiones, los penosos, lentísimos trámites de su jubilación, el divorcio de su hija Eglé, tan parecida en muchos aspectos a él, tan desdichada, las desavenencias con su segunda esposa que casi lo conducen al divorcio, el crecimiento implacable de la enfermedad Quiroga no acostumbraba comunicar su vida íntima y es necesario que se sienta bien enfermo y solo para que entere a sus amigos, por medio de alusiones al principio, por la escueta mención de los hechos luego, sus molestias en las vías urinarias Y sólo cuando la enfermedad (prostatitis) está muy avanzada se resuelve a comunicar detalles.

Quiroga sabía bastante medicina como para no hacerse ilusiones respecto a la seriedad de su "maladie" (como le gustaba escribir). Pero también deseaba engañarse y seguir viviendo A través de las cartas puede advertirse el complejo balanceo entre la sinceridad natural, algo cruel, y la serie de excelentes razones que él mismo encuentra, o que otros le acercan, para no desesperar Nada más patético que esa correspondencia La letra endiablada, sin rastros del dandismo ni de la esmerada caligrafía de la juventud, y hacia el final, el pulso vacilante, dificultan enormemente la lectura. Los amigos se quejan Payró le ruega que escriba a máquina Pero esas líneas, esos ganchos, son documentos de una agonía. Cuando se leen esas páginas, y cuando se advierte que la ternura — tan escondida pero tan cierta que él siempre quiso disimular tras una máscara hirsuta — asoma incontenible en cada línea, y que este hombre Quiroga se aferra a

sus viejos amigos de la adolescencia o a los más jóvenes y cercanos de ahora, entonces no importa que las cartas, en su simplicidad, no parezcan de un literato, que en ocasiones la memoria se enturbie o una frase quede mal construida. El lector sabe que aquí toca a un hombre, como dijo Whitman de sus poemas.

Golpe tras golpe fueron despojando a Quiroga de toda especie adjetiva, como había sabido hacer él con su arte De su lápiz de enfermo fluía hacia sus amigos la verdad. Y el hombre se iba transfigurando hasta alcanzar la definitiva imagen que es la que revelan estas palabras de Martínez Estrada "Los últimos meses de su vida lo iban elevando poco a poco al plano de lo sobrenatural. Era visible su transfiguración paulatina. Todos sabemos que su marcha a la muerte iba recogida por las mismas fuerzas que lo llevaban a vivir Su vida y su muerte marchaban paralelamente, en dirección contraria. Seguía andando, cuando ya la vida lo había abandonado, y por esos días trazó conmigo sus más audaces proyectos de vida y de trabajo. Pobreza y tristeza que contemplábamos con el respeto que inspira el cumplimiento de un voto supremo Llegaba a nuestras casas y hablábamos sin pensar en el mal Recordaba su casa tan distante, construida y embellecida con sus manos. Y se volvía a su cama de hospital, con paso de fantasma. Entraba a su soledad y a su pobreza y nos dejaba nuestros vidrios de colores. Así se aniquilaban sus últimas fuerzas y sus últimos sueños".

IV Una lección

Además de la lección de objetividad, que se desprende del examen de su vida y de su obra, hay otra

lección que arroja este sumario repaso de su carrera. Es más específica y se refiere precisamente a su arte de narrador. Despues de un intento erróneo, que lo llevó al cultivo del verso para el que tenía pocas condiciones, Quiroga encauza su esfuerzo en el terreno de la narrativa. Su ambición le hizo buscar las formas mayores y así, por dos veces, intentó la novela y una vez el cuento escénico, LAS SACRIFICADAS (1920), que se basa en la misma situación autobiográfica que inspira "Una estación de amor". En las tres oportunidades, y por distintos motivos, Quiroga erró El ámbito de su arte era el cuento corto. Reflexionando sobre las formas de la narración sostuvo en distintas oportunidades ("Decálogo del perfecto cuentista", ya citado. "La retórica del cuento", diciembre 21, 1928; "Ante el tribunal", setiembre 11, 1931) la diferencia básica entre cuento y novela. Esa diferencia le parecía radicar en la "fuerte tensión en el cuento" y "la vasta amplitud en la novela" De ahí que afirmase "Por esto los narradores cuya corriente emocional adquiría gran tensión, cerraban su circuito en el cuento, mientras los narradores en quienes predominaba la cantidad, buscaban en la novela la amplitud suficiente".

En otros textos insiste en los caracteres esenciales del cuento corto, el que mejor practicó "El cuento literario (...) consta de los mismos elementos sucintos del cuento oral, y es como éste el relato de una historia bastante interesante y suficientemente breve para que absorba toda nuestra atención Pero no es indispensable (..) que el tema a contar constituya una historia con principio, medio y fin. Una escena trunca, un incidente, una simple situación sentimental, moral o espiritual. poseen elementos de sobra para

realizar con ellos un cuento." También indica en sus trabajos teóricos. "En la extensión sin límites del tema y del procedimiento en el cuento, dos calidades se han exigido siempre: en el autor el poder de trasmitir vivamente y sin demora sus impresiones, y en la obra, la soltura, la energía y la brevedad del relato que la definan". Quiroga supo asimismo codificar los puntos más importantes de su estética, aconsejando al novel cuentista. "No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra a dónde vas. En un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la misma importancia que las tres últimas". En otra oportunidad habría de escribir. "Luché porque el cuento (...) tuviera una sola línea, trazada por una mano sin temblor desde el principio al fin". También aconseja al joven narrador. "Toma a los personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta aunque no lo sea". El agregado demuestra hasta qué punto sabía Quiroga que ésta última afirmación era falsa; pero como estaba escribiendo para el cuentista, y no para el futuro novelista, prefiere subrayar la condición sintética del cuento, aún a riesgo de exagerar, y sabiendo que exageraba.

De esta lección retórica se desprende inmediatamente otra. sobre el estilo. En Quiroga se ajustó a las exigencias primordiales de brevedad y concentración que le había predicado Luis Pardo, el español que estaba a cargo de la redacción de *Caras y Caretas,* y que no le dejaba más de una página de la re-

vista, con ilustración y todo, para desarrollar su historia. Es cierto que más tarde, hasta *Caras y Caretas* se enorgulleció de conceder más espacio a Quiroga. Aún así, el cuentista había aprendido bien la lección y muchas veces no necesitó mayor espacio para redondear completamente su historia. En su *Decálogo* lo dice magistralmente. "Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia «desde el río soplaba un viento frío», no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarlas". En el mismo texto agrega "No adjetives sin necesidad Inútil será cuantas colas adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo, tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo".

Hace algunos años se abrió un debate en el Río de la Plata sobre la supuesta incorrección del estilo de Quiroga. En el prólogo de sus CUENTOS ESCOGIDOS (Madrid, *Aguilar*, 1950) llegó a decir Guillermo de Torre: "Escribía, por momentos, una prosa que a fuerza de concisión resultaba confusa; a fuerza de desaliño, torpe y viciada En rigor no sentía la materia idiomática, no tenía el menor escrúpulo de pureza verbal". Como esta frase suscitó algún resquemor y alguna réplica, el crítico español aclaró más tarde· "Recuerdo que hace bastantes años, a raíz de mi primer viaje a Buenos Aires, encontré en una tertulia de *La Nación* a Quiroga Tras las presentaciones de rigor, hube de decirle, con tanta cortesía como sinceridad, cuánto me habían impresionado ciertos cuentos suyos que había tenido ocasión de leer en España, reunidos en un tomo que allí se editó bajo el título de LA GALLINA DEGOLLADA: Horacio Quiroga vino a responderme más o menos. «Muy amable de su parte, pero no creo que mis cuentos puedan inte-

resar mucho a los lectores españoles, seguramente los encontraran mal escritos, porque a mí no me interesa el idioma»".

Estas palabras que invoca de Torre, y que sustancialmente deben ser exactas, apuntan no a un desprecio de la materia idiomática, como creyó el crítico español, sino a un concepto distinto del idioma. Es posible entenderlo como una materia legislada y codificable, el idioma de los gramáticos y de los filólogos que tanto seduce a los escritores y lectores españoles por aquella época (Gabriel Miró pasa entonces por ser gran novelista), pero también es posible entenderlo como medio de expresión personal. En el primer sentido (el idioma) es seguro que no interesaba a Quiroga y de ahí que pensara que los lectores españoles, tan sugestionados por la pureza, por lo castizo, por la gramática, serían insensibles a sus cuentos Pero como medio expresivo (como habla, para emplear la distinción ya clásica de la estilística que de Torre parece no sospechar) el idioma no podía no interesar a Quiroga porque era la sustancia misma de su arte. Toda su obra, toda su teoría y su práctica del cuento, están ahí para demostrar cuánto le interesaba Por otra parte (y como ha demostrado José Pereira Rodríguez con la comparación de sucesivas versiones del mismo cuento) este mismo Quiroga que no se interesaba por el idioma era infatigable en la tarea de revisar y corregir el habla de sus cuentos.

Merece asimismo repasarse su opinión sobre el regionalismo en el arte, otro punto muy debatido de la narrativa hispanoamericana y que en sus excesos ha estropeado obras tan interesantes como HOMBRES DE MAÍZ (1949), de Miguel Angel Asturias. Ya se sabe que hasta cierto punto toda la obra de Quiroga

fue regionalista. Pero lo fue en esencia, no en accidente. El aportó al regionalismo una perspectiva universal. No buscó el color local sino el ambiente interior, no buscó la circunstancia anecdótica sino el hombre. Unas frases de su artículo sobre la traducción castellana de EL OMBÚ, de William Henry Hudson, abordan con lucidez el problema. Está publicado en *La Nación* (julio 28, 1929) y se refiere allí a la *jerga*, de la que tanto abusan los regionalistas hasta el punto de que sus obras resultan ilegibles. Quiroga afirma: "Cuando un escritor de ambiente recurre a ella, nace de inmediato la sospecha de que trata de disimular la pobreza del verdadero sentimiento regional de dichos relatos, porque la dominante psicología de un tipo la da su modo de proceder o de pensar, pero no la lengua que usa. (. . .) La jerga sostenida desde el principio al fin de un relato, lo desvanece en su pesada monotonía. No todo en tales lenguas es característico. Antes bien, en la expresión de cuatro o cinco giros locales y específicos, en alguna torsión de la sintaxis, en una forma verbal peregrina, es donde el escritor de buen gusto encuentra color suficiente para matizar con ellos, cuando convenga y a tiempo, la lengua normal en que todo puede expresarse". En la práctica, sólo un cuento suyo ("Los precursores") está totalmente escrito en *jerga,* pero la excepción se justifica aquí porque se trata del monólogo de un mensú. Aún así, Quiroga no entierra el relato bajo el dialecto mensualero y se las ingenia para dar por algunos giros sintácticos, por alguna palabra local, el ambiente lingüístico de su personaje, sin necesidad de escribirlo todo entre comillas o de acudir a penosas notas explicativas.

Con la misma libertad se plantó frente al color local En sus relatos misioneros las ruinas jesuíticas de Misiones casi no aparecen y cuando lo hacen (como en "Una bofetada") es porque las necesidades de la acción justifican su empleo. Lo mismo cabría decir de las cataratas del Iguazú, que visitó ya en su primer viaje a Misiones y de las que ha dejado una brillante e inesperada descripción de un descenso junto a Lugones en un artículo muy posterior, "El sentimiento de la catarata" (setiembre 9, 1929, pero que no aparecen en sus cuentos misioneros. El color local por el color local no interesaba a Quiroga. Ya había recomendado al joven cuentista que no se distrajera describiendo lo que sus personajes no veían Los desterrados que Quiroga recoge en sus relatos no estaban de turistas en Misiones.

Otra lección, directamente vinculada a ésta porque también proviene de la misma actitud esencialmente universal de su arte· Quiroga creó su obra dentro de la gran tradición narrativa de occidente Sus maestros fueron (él lo ha reconocido) Poe. Maupassant, Dostoyevski, Chejov, Kipling, Conrad, Wells. No temió las influencias extranjeras — ningún escritor fuerte las teme — ni se distrajo en averiguar la patria de sus modelos Tomó de ellos lo que importa a su arte la visión estética y humana profunda, el oficio y las motivaciones A esa poderosa literatura ajena sumó un territorio nuevo, transcribiéndolo no en sus minucias turísticas sino expresándolo en el alma de sus hombres y en la salvaje violencia de su naturaleza tropical De ahí que se dé la paradoja de que este artista, tan enraizado en la matriz americana, constituya a la vez uno de los vínculos más poderosos con la gran tradición narrativa universal.

Quiroga supo atravesar la experiencia modernista viviéndola en su plenitud y en su extravagancia, supo abandonarla luego para crear un arte que le permitiera superar el estilo y las maneras de su juventud. Pudo hacerlo en treinta y cinco años de lucha apasionada porque asimiló las enseñanzas estéticas en forma profunda y porque también profundamente supo vivir su vida y moldear su carácter Logró vivir y realizarse como hombre y como creador No es extraño, pues, que su obra parezca hoy la más viva de su generación, la que mejor logró equilibrar las esencias nacionales con la visión profundamente universal. La más ejemplar y de más perdurable huella.

V Esta antología

La abundancia y dispersión de la obra de Quiroga ha conspirado contra la adecuada difusión de su nombre. Las ediciones originales que repite la Biblioteca Contemporánea de *Losada*, Buenos Aires, recogen muchas veces cuentos en un desorden que gustaba a Quiroga pero que han perjudicado su valoración. Salvo Cuentos de amor de locura y de muerte (1917) y Los desterrados (1926), esas colecciones suelen ser muy irregulares y mezclan relatos de primer orden con otros francamente inferiores. De ahí la necesidad de organizar antologías de su obra. Uno de los primeros intentos es obra del profesor norteamericano John E. Crow y se titula Sus mejores cuentos (México, Ediciones Cultura, 1943). Tiene el mérito de estar adecuadamente ordenada y recoger algunos relatos excelentes. Un segundo intento realizado por *Aguilar* de Madrid en 1950 (al que ya me he referido en el capítulo anterior de este

prólogo), logra una admirable selección. Pero todavía parece haber lugar para una antología más amplia La que ahora se ofrece al lector busca mostrar la evolución literaria de Quiroga por medio de la selección y ordenación de sus cuentos de acuerdo a un método distinto al empleado en antologías anteriores. Me he basado en el orden de publicación de los cuentos en periódicos, más cercano del orden de composición, y no en el orden de recolección en libros Porque es sabido que Quiroga no respetaba la cronología y muchas veces incluyó en volúmenes últimos cuentos de épocas ya superadas. Para certificar la cronología de primeras publicaciones he aprovechado, además de mis propios trabajos (que el lector curioso encontrará en el libro LAS RAÍCES DE HORACIO QUIROGA, Montevideo, *Asir*, 1961, o en un artículo de la *Nueva Revista de Filología Hispánica,* de México "Horacio Quiroga en el Uruguay Una contribución bibliográfica", julio - diciembre 1957) en dos investigaciones fundamentales· "Hacia la cronología de Horacio Quiroga", de Emma Susana Speratti Piñero (también en la NRFH, México, octubre - diciembre 1955) y "Proyecto para Obras Completas de Horacio Quiroga", de Annie Boule - Christauflour (en el *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, enero - junio 1965), que amplía y perfecciona los estudios bibliográficos anteriores La documentación biográfica y crítica, que arranca de la biografía de Delgado y Brignole, ha sido considerablemente aumentada por estudios realizados en el Uruguay por José Enrique Etcheverry, Mercedes Ramírez de Rossiello y por el que suscribe. El resultado último de estos trabajos se puede ver, por ahora, en mi libro GENIO Y FIGURA DE HORACIO QUIROGA, que tiene en prensa la *Editorial Universi-*

taria de Buenos Aires. Ha renovado la interpretación del narrador un estudio de Noé Jitrik. HORACIO QUIROGA UNA OBRA DE EXPERIENCIA Y RIESGO (Buenos Aires, *Ediciones Cultura Argentina*, 1959) que contiene una excelente cronología y una bibliografía, realizadas respectivamente por Oscar Masotta y Jorge Lafforgue, y por Horacio Jorge Becco El conjunto de estos trabajos e investigaciones. así como la constante reedición de su obra, certifican la vigencia del narrador y constituyen la mejor prueba de su arte.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

ADVERTENCIA

Quiroga publicó en vida catorce volumenes que recogen sólo una parte de su vasta y dispersa producción Esos catorce volumenes son

(A) *Los arrecifes de coral* (Montevideo, 1901) Poemas y prosas
(B) *El crimen del otro* (Buenos Aires, 1904) Cuentos
(C) *Historia de un amor turbio*, con *Los perseguidos* (Buenos Aires, 1908) Novela y cuento largo, respectivamente
(D) *Cuentos de amor de locura y de muerte* (Buenos Aires, 1917)
(E) *Cuentos de la selva (para niños)* (Buenos Aires, 1918)
(F) *El salvaje* (Buenos Aires, 1940) Cuentos
(G) *Las sacrificadas* (Buenos Aires, 1920) Teatro
(H) *Anaconda* (Buenos Aires, 1921) Cuentos
(I) *El desierto* (Buenos Aires, 1924) Cuentos
(J) *La gallina degollada y otros cuentos* (Madrid, 1925)
(K) *Los desterrados* (Buenos Aires, 1926) Cuentos
(L) *Pasado amor* (Buenos Aires, 1929) Novela
(M) *Suelo natal* (Buenos Aires, 1931) Libro de lecturas infantiles, escrito en colaboración con Leonardo Glusberg
(N) *Mas allá* (Montevideo / Buenos Aires, 1935)

Casi todos estos libros han sido reeditados varias veces, en Montevideo y en Buenos Aires La colección más completa actualmente es la de la Biblioteca Contemporánea de la *Editorial Losada*, de Buenos Aires Despues de su muerte se recogieron muchos cuentos y paginas dispersas en una serie de volumenes publicados por *Claudio García & Cia*, en Montevideo, con el título general de *Cuentos* aunque a veces se ordenan bajo otros títulos La serie abarca desde 1937 a 1945, fecha del volumen XIII Aunque recoge mucho material no incluido en volumen (incluso algunos folletines que Quiroga publicó con seudónimo), la serie es heterogénea y muy incompleta Contribuye a caotizar más la bibliografía Hay dos títulos póstumos que ha publicado en sus dos épocas el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, de Montevideo, y que recogen textos inéditos Son

(O) *Diario de Viaje a París* (1949) Con introducción y notas de Emir Rodríguez Monegal

(P) *Cartas inéditas* I (1959, con prologo y notas de Arturo Sergio Visca) y II (1959, con prologo de Mercedes Ramírez de Rossiello, ordenacion y notas de Roberto Ibañez) A continuación se indica la publicacion primera de los cuentos y artículos seleccionados en este volumen La letra mayúscula entre paréntesis al final de cada texto señala el volumen en que fue incluido por primera vez, de acuerdo con la clasificacion arriba indicada Los textos que no fueron recogidos nunca en volumen por Quiroga llevan una señal (*)

1 "Para noche de insomnio" (noviembre 6, 1899) (*)
2 "El crimen del otro" (1904) (B)
3 "Los perseguidos" (1905) (C)
4 "El almohadón de pluma" (julio 13, 1907) (D)
5 "La insolación" (marzo 7, 1908) (D)
6 "El monte negro" (junio 6, 1908) (H)
7 "Los cazadores de ratas" (octubre 24, 1908) (F)
8 "La gallina degollada" (julio 10, 1909) (D)
9 "El perro rabioso" (octubre 10, 1910) (D)
10 "La miel silvestre" (enero 31, 1911) (D)
11 "Una estacion de amor" (enero 13, 1912) (D)
12 "A la deriva" (junio 7, 1912) (D)
13 "El alambre de púa" (agosto 23, 1912)
14 "Los inmigrantes" (diciembre 6 1912) (F)
15 "Nuestro primer cigarro" (enero 24, 1913) (D)
16 "Los pescadores de vigas" (mayo 2, 1913) (D)
17 "El solitario" (mayo 30, 1913) (D)
18 "Yaguaí" (diciembre 26, 1913) (D)
19 "Los mensu" (abril 3 1914) (D)
20 "Una bofetada" (enero 28, 1916) (F)
21 "La gama ciega" (junio 9, 1916) (E)
22 "Un peon" (enero 14, 1918) (I)
23 "Miss Dorothy Phillips, mi esposa" (febrero 14, 1919) (H)
24 "En la noche" (diciembre 27, 1919) (H)
25 "Van-Houten" (diciembre 1919) (K)
26 "Juan Darién" (abril 25, 1920) (I)
27 "El hombre muerto" (junio 27, 1920) (K)
28 "Tacuara-Mansión" (agosto 27, 1920) (K)

29 "La cámara oscura" (diciembre 3, 1920) (K)
30 "Anaconda" (1921) (H)
31 'El techo de incienso" (febrero 5, 1922) (K)
32 "El desierto' (enero 4 1923) (I)
33 "Los destiladores de naranja" (noviembre 15, 1923) (K)
34 "El yaciyatere" (enero 10, 1925) (H)
35 "El regreso de Anaconda" (febrero 1º, 1925) (K)
36 "Decalogo del perfecto cuentista" (julio 1927) (*)
37 "El vampiro" (noviembre 11, 1927) (N)
38 "El hijo" (enero 15, 1928) (N)
39 "La retórica del cuento" (diciembre 21, 1928) (*)
40 "Los precursores" (abril 14, 1929) (*)
41 "Sobre «El Ombú» de Hudson" (julio 28, 1929) (*)
42 "El sentimiento de la catarata" (setiembre 9, 1929) (*)
43 "Ante el tribunal" (setiembre 11, 1931) (*)
44 "Una serpiente de cascabel" (noviembre 27, 1931) (*)
45 "Las moscas" (julio 7, 1933) (N)

E R M

HORACIO QUIROGA

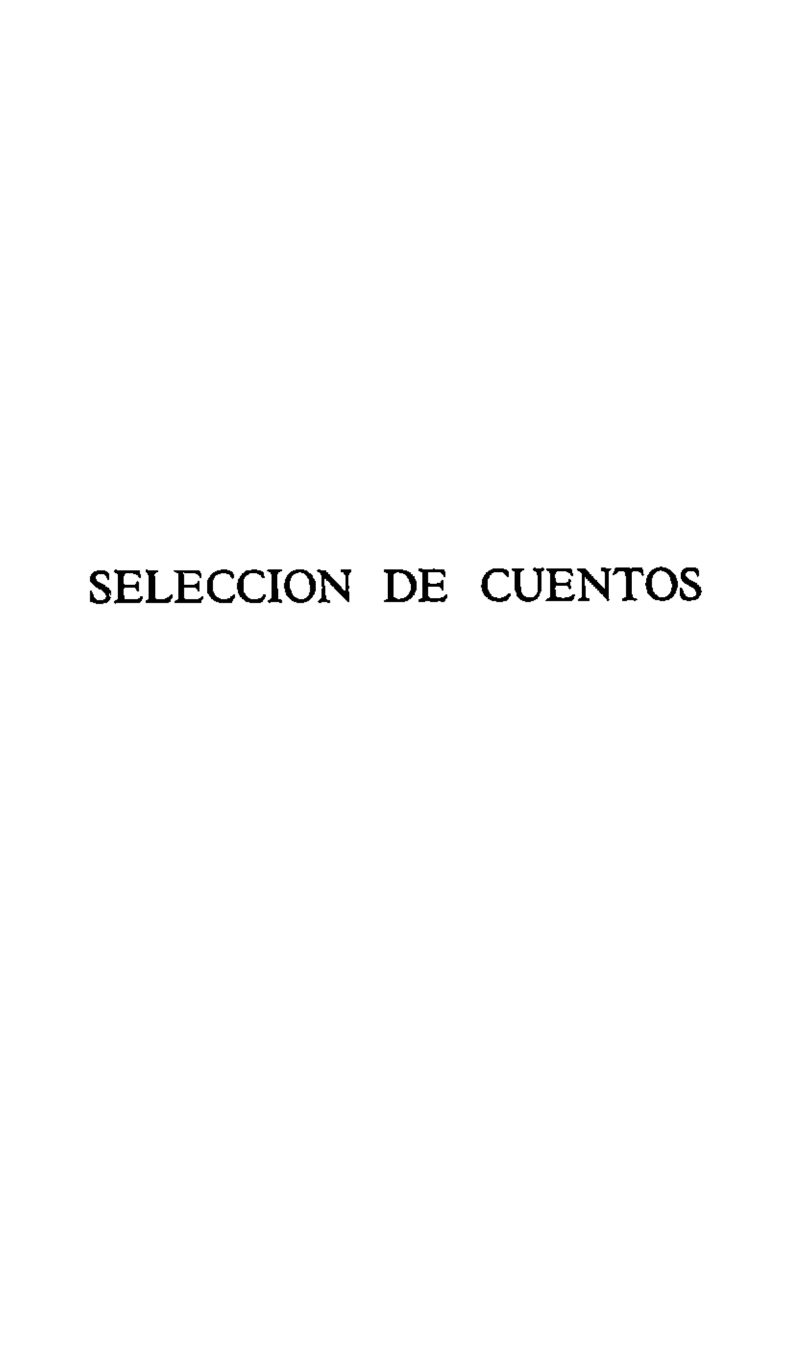
Nació en la ciudad de Salto el 31 de diciembre de 1878, hijo de Prudencio Quiroga y de Pastora Forteza Cursa estudios primarios en la escuela Hiram y secundarios en el Instituto Politécnico de Salto, en la Universidad de Montevideo y en el Colegio Nacional de la misma ciudad

Vuelve a Salto, colabora en "La Reforma", "La Revista Social" y "Gil Blás" Funda y dirige en 1899 "La Revista de Salto" En 1900 viaja a París A su regreso a Montevideo funda "El Consistorio del Gay Saber" y obtiene el segundo premio en el Concurso promovido por el semanario "La Alborada", con el cuento *Sin razon pero cansado* Publica *Los arrecifes de coral* (Mont, "El Siglo Ilustrado", 1901) En 1902 accidentalmente mata a su amigo Federico Ferrando Se ausenta a Buenos Aires donde se dedica a la enseñanza Acompaña a L Lugones a San Ignacio (Misiones) en 1903 Escribe *El crimen del otro* (B A, E Spinelli, 1904) Va al Chaco a cultivar algodón, negocio que fracasa y regresa a Buenos Aires Colabora en "Caras y Caretas", reingresa en el magisterio, compra tierras en San Ignacio y da a conocer *Historia de un amor turbio* y *Los perseguidos* (B A, Moen, 1908) Se casa con Ana María Cires en 1909 Es designado Juez de Paz y Oficial del Registro Civil en San Ignacio Se dedica a diversas industrias colaborando además en varias revistas En 1915 pierde a su esposa Regresa a Buenos Aires y publica *Cuentos de amor de locura y de muerte* (B A, Mercatali, 1917), al tiempo que es nombrado Secretario contador del consulado uruguayo Da a las prensas *Cuentos de la selva* (B A, Mercatali, 1918), *El salvaje* (B A, Mercatali, 1920) y *Las sacrificadas* (B A, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920) Edita *Anaconda* (B A, Mercatali, 1921) Es designado Secretario de la Mision uruguaya al Brasil en 1922 Da a publicidad *El desierto* (B A, Babel, 1924) y *Los desterrados* (B A, Babel, 1926) Se vuelve a casar con María Elena Bravo, colabora en "El Hogar" y otras revistas y aparece *Pasado amor* (B A, Babel, 1929) Consigue en 1931 su traslado a San Ignacio, pero el 15 de abril de 1934 se le declara cesante Vive amargos momentos económicos, publica *Más alla* (Mont - B A, Porter, 1935) e inicia sus trámites jubilatorios El Ministerio de Relaciones Exteriores le nombra Cónsul Honorario en San Ignacio Sintiéndose enfermo viaja a Buenos Aires, se interna en el Hospital de Clínicas y habiendose convencido de que su mal es incurable, se suicida en 19 de febrero de 1938

CRITERIO DE LA EDICION

Todos los textos que integran la presente *Selección de cuentos* provienen de las respectivas fuentes originales, con las siguientes excepciones "La gama ciega", tomado de *Cuentos de la selva*, Buenos Aires, Losada S A, 1954 "El decálogo del perfecto cuentista", de *Cuentos escogidos* de Horacio Quiroga, Madrid, Aguilar, 1950, y "Sobre "El ombú" de Hudson" que con "El sentimiento de la catarata" se han reproducido de la lección que de ellos da *Idilio y otros cuentos*, Montevideo, Claudio García y Cía, 1945

En todos los casos se ha seguido fielmente el texto, no introduciendo en él otra modificación que el régimen de acentos, que actualmente acepta la Academia Española



SELECCION DE CUENTOS

PARA NOCHE DE INSOMNIO

. .

Ningún hombre, lo repito, ha narrado con más magia las excepciones de la vida humana y de la naturaleza, los ardores de la curiosidad de la convalescencia, los fines de estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento del sud debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no vienen del corazón, — la alucinación, dejando al principio bien pronto conocida y razonadora como un libro, — el absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantable lógica, la historia usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado hasta el punto de expresar el dolor por la risa

. .

Baudelaire (Vida y obras de Edgar Poe)

A todos nos había sorprendido la fatal noticia: y quedamos aterrados cuando un criado nos trajo —volando— detalles de su muerte. Aunque hacía mucho tiempo que notábamos en nuestro amigo señales de desequilibrio, no pensamos que nunca pudiera llegar a ese extremo. Había llevado a cabo el suicidio más espantoso sin dejarnos un recuerdo para sus amigos.

Y cuando le tuvimos en nuestra presencia, volvimos el rostro, presos de una compasión horrorizada.

Aquella tarde húmeda y nublada, hacía que nuestra impresión fuera más fuerte. El cielo estaba lívido, y una neblica fosca cruzaba el horizonte

Condujimos el cadáver en un carruaje, apelotonados por un horror creciente La noche venía encima, y por la portezuela mal cerrada caía un río de sangre que marcaba en rojo nuestra marcha

Iba tendido sobre nuestras piernas, y las últimas luces de aquel día amarillento daban de pleno en su rostro violado con manchas lívidas Su cabeza se sacudía de un lado para otro A cada golpe en el adoquinado, sus párpados se abrían y nos miraba con sus ojos vidriosos, duros y empañados.

Nuestras ropas estaban empapadas en sangre, y por las manos de los que le sostenían el cuello, se deslizaba una baba viscosa y fría que a cada sacudida brotaba de sus labios.

No sé debido a qué causa, pero creo que nunca en mi vida he sentido igual impresión. Al solo contacto de sus miembros rígidos, sentía un escalofrío en todo el cuerpo. Extrañas ideas de superstición llenaban mi cabeza Mis ojos adquirían una fijeza hipnótica mirándolo, y en el horror de toda mi imaginación. me parecía verle abrir la boca en una mueca espantosa, clavarme la mirada y abalanzarse sobre mí, llenándome de sangre fría y coagulada.

Mis cabellos se erizaban, y no pude menos de, dar un grito de angustia, convulsivo y delirante, y echarme para atrás.

En aquel momento el muerto se escapaba de nuestras rodillas y caía al fondo del carruaje cuando era completamente de noche, en la oscuridad, nos apre-

tamos las manos, temblando de arriba a abajo, sin atrevernos a mirarnos.

Todas las viejas ideas de niño, creencias absurdas, se encarnaron en nosotros Levantamos las piernas a los asientos, inconscientemente, llenos de horror mientras en el fondo del carruaje, el muerto se sacudía de un lado a otro.

Poco a poco nuestras piernas comenzaron a enfriarse. Era un hielo que subía desde el fondo, que avanzaba por el cuerpo, como si la muerte fuese contagiándose en nosotros No nos atrevíamos a movernos De cuando en cuando nos inclinábamos hacia el fondo, y nos quedábamos mirando por largo rato en la oscuridad, con los ojos espantosamente abiertos, creyendo ver al muerto que se enderezaba con una mueca de delirio, riendo, mirándonos, poniendo la muerte en cada uno, riéndose, acercaba su cara a las nuestras, en la noche veíamos brillar sus ojos, y se reía, y quedábamos helados, muertos, muertos, en aquel carruaje que nos conducía por las calles mojadas .

Nos encontramos de nuevo en la sala, todos reunidos, sentados en hilera Habían colocado el cajón en medio de la sala y no habían cambiado la ropa del muerto por estar ya muy rígidos sus miembros Tenía la cabeza ligeramente inclinada con la boca y nariz tapadas con algodón

Al verle de nuevo, un temblor nos sacudió todo el cuerpo y nos miramos a hurtadillas. La sala estaba llena de gente que cruzaba a cada momento, y esto nos distraía algo. De cuando en cuando, solamente, observábamos al muerto, hinchado y verdoso, que estaba tendido en el cajón.

Al cabo de media hora, sentí que me tocaban y me di vuelta. Mis amigos estaban lívidos. Desde el lugar

en que nos encontrábamos, el muerto nos miraba. Sus ojos parecían agrandados, opacos, terriblemente fijos. La fatalidad nos llevaba bajo sus miradas, sin darnos cuenta, como unidos a la muerte, al muerto que no quería dejarnos. Los cuatro nos quedamos amarillos, inmóviles ante la cara que a tres pasos estaba dirigida a nosotros, siempre a nosotros!

Dieron las cuatro de la mañana y quedamos completamente solos. Instantáneamente el miedo volvió a apoderarse de nosotros.

Primero un estupor tembloroso, luego una desesperación desolada y profunda, y por fin una cobardía inconcebible a nuestras edades, un presentimiento preciso de algo espantoso que iba a pasar.

Afuera, la calle estaba llena de brumas, y el ladrido de los perros se prolongaba en un aullido lúgubre. Los que han velado a una persona y de repente se han dado cuenta de que están solos con el cadáver, excitados, como estábamos nosotros, y han oído de pronto llorar a un perro, han oído gritar a una lechuza en la madrugada de una noche de muerte, solos con él, comprenderán la impresión nuestra, ya sugestionados por el miedo, y con terribles dudas a veces sobre la horrible muerte del amigo.

Quedamos solos, como he dicho; y al poco rato, un ruido sordo, como de un barboteo apresurado recorrió la sala. Salía del cajón donde estaba el muerto, allí, a tres pasos, le veíamos bien, levantando el busto con los algodones esponjados, horriblemente lívido, mirándonos fijamente y se enderezaba poco a poco, apoyándose en los bordes de la caja, mientras se erizaban nuestros cabellos, nuestras frentes se cubrían de sudor, mientras que el barboteo era cada vez más ruidoso, y sonó una risa extraña, extra humana, como

vomitada, estomacal y epiléptica, y nos levantamos desesperados, y echamos a correr, despavoridos, locos de terror, perseguidos de cerca por las risas y los pasos de aquella espantosa resurrección.

Cuando llegué a casa, abrí el cuarto, y descorrí las sábanas, siempre huyendo, vi al muerto, tendido en la cama, amarilleando por la luz de la madrugada, muerto con mis tres amigos que estaban helados, todos tendidos en la cama, helados y muertos . .

EL CRIMEN DEL OTRO

Las aventuras que voy a contar datan de cinco años atras Yo salía entonces de la adolescencia Sin ser lo que se llama *un nervioso*, poseía en el más alto grado la facultad de gesticular, arrastrándome a veces a extremos de tal modo absurdos que llegué a inspirar mientras hablaba, verdaderos sobresaltos Este desequilibrio entre mis ideas — las más naturales posibles — y mis gestos — los más alocados posibles, — divertían a mis amigos, pero sólo a aquellos que estaban en el secreto de esas locuras sin igual Hasta aquí mis nerviosismos y no siempre. Luego entra en acción mi amigo Fortunato, sobre quien versa todo lo que voy a contar

Poe era en aquella época el único autor que yo leía Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo, no había sobre la mesa un solo libro que no fuera de él Toda mi cabeza estaba llena de Poe, como si la hubieran vaciado en el molde de Ligeia ¡Ligeia! ¡Qué adoración tenía por este cuento! Todos e intensamente Valdemar, que murió siete meses después, Dupin, en procura de la carta robada, las Sras. de Espanaye, desesperadas en su cuarto piso, Berenice, muerta a traición, todos, todos me eran familiares. Pero entre todos, el Tonel del Amontillado me había seducido como una cosa íntima mía Montresor, El Carnaval, Fortunato, me eran tan comunes que leía ese cuento sin nombrar ya a los personajes; y al mismo tiempo envidiaba tanto a Poe que me hubiera dejado cortar con gusto la mano derecha por

escribir esa maravillosa intriga. Sentado en casa, en un rincón, pasé más de cuatro horas leyendo ese cuento con una fruición en que entraba sin duda mucho de adverso para Fortunato Dominaba *todo* el cuento, pero todo, todo, todo Ni una sonrisa por ahí, ni una premura en Fortunato se escapaba a mi perspicacia ¿Qué no sabía ya de Fortunato y su deplorable actitud?

A fines de diciembre leí a Fortunato algunos cuentos de Poe Me escuchó amistosamente, con atención sin duda, pero a una legua de mi ardor. De aquí que al cansancio que yo experimenté al final, no pudo compararsele el de Fortunato, privado durante tres horas del entusiasmo que me sostenía.

Esta circunstancia de que mi amigo llevara el mismo nombre que el del héroe del Tonel del Amontillado me desilusionó al principio, por la vulgarización de un nombre puramente literario, pero muy pronto me acostumbré a nombrarle así, y aún me extralimitaba a veces llamándole por cualquier insignificancia tan explícito me parecía el nombre Si no sabía el Tonel de memoria, no era ciertamente porque no lo hubiera oído hasta cansarme. A veces en el calor del delirio le llamaba a él mismo Montresor, Fortunato, Luchesi, cualquier nombre de ese cuento, y esto producía una indescriptible confusión de la que no llegaba a coger el hilo en largo rato.

Difícilmente me acuerdo del día en que Fortunato me dio pruebas de un fuerte entusiasmo literario. Creo que a Poe puedese sensatamente atribuir ese insólito afán, cuyas consecuencias fueron exaltar a tal grado el ánimo de mi amigo que mis predilecciones eran un frío desdén al lado de su fanatismo ¿Cómo la literatura de Poe llegó a hacerse sensible en la ruda

capacidad de Fortunato? Recordando, estoy dispuesto a creer que la resistencia de su sensibilidad, lucha diaria en que todo su organismo inconscientemente entraba en juego, fue motivo de sobra para ese desequilibrio, sobre todo en un ser tan profundamente inestable como Fortunato

En una hermosa noche de verano se abrió a mi alma en esta nueva faz. Estábamos en la azotea, sentados en sendos sillones de tela La noche cálida y enervante favorecía nuestros proyectos de errabunda meditación El aire estaba débilmente oloroso por el gas de la usina próxima. Debajo nuestro clareaba la luz tranquila de las lámparas tras los balcones abiertos Hacia el este, en la bahía, los farolillos coloridos de los buques cargaban de cambiantes el agua muerta como un vasto terciopelo, fósforos luminosos que las olas mansas sostenían temblando, fijos y paralelos a lo lejos, rotos bajo los muelles El mar, de azul profundo, susurraba en la orilla Con las cabezas echadas atrás, las frentes sin una preocupación, soñábamos bajo el gran cielo lleno de estrellas, cruzado solamente de lado a lado —en aquellas noches de evolución naval— por el brusco golpe de luz de un crucero en vigilancia

—¡Qué hermosa noche! — murmuró Fortunato Se siente uno más irreal, leve y vagante como una boca de niño que aún no ha aprendido a besar

Gustó la frase, cerrando los ojos.

—El aspecto especial de esta noche —prosiguió— tan quieta, me trae a la memoria la hora en que Poe llevó al altar y dio su mano a lady Rowena Tremanión, la de ojos azules y cabellos de oro, Tremanión de Tremaine. Igual fosforescencia en el cielo, igual olor a gas...

Meditó un momento. Volvió la cabeza hacia mí, sin mirarme:

—Se ha fijado en que Poe se sirve de la palabra *locura*, ahí donde su suelo es más grande? En Ligeia está doce veces.

No recordaba haberla visto tanto, y se lo hice notar.

—¡Bah! no es cuestión de que la ponga tantas veces, sino de que en ciertas ocasiones, cuando va a subir muy alto, la frase ha hecho ya notar esa disculpa de locura que traerá consigo el vuelo de poesía

Como no comprendía claramente, me puse de pie, encogiéndome de hombros Comencé a pasearme con las manos en los bolsillos No era la única vez que me hablaba así Ya dos días antes había pretendido arrastrarme a una interpretación tan novedosa de *El Cameleopardo* que hube de mirarle con atención, asustado de su carrera vertiginosa Seguramente había llegado a sentir hondamente, ¡pero a costa de qué peligros!

Al lado de ese franco entusiasmo, yo me sentía viejo, escudriñador y malicioso. Era en él un desborde de gestos y ademanes, una cabeza lírica que no sabía ya cómo oprimir con la mano la frente que volaba Hacía frases Creo que nuestro caso se podía resumir en la siguiente situación: — en un cuarto donde estuviéramos con Poe y sus personajes, yo hablaría con éste, de éstos, y en el fondo Fortunato y los héroes de las *Historias extraordinarias* charlarían entusiasmados de Poe Cuando lo comprendí recobré la calma, mientras Fortunato proseguía su vagabundaje lírico sin ton ni son

—Algunos triunfos de Poe consisten en despertar en nosotros viejas preocupaciones musculares, dar un carácter de excesiva importancia al movimiento, coger

al vuelo un ademán cualquiera y desordenarlo insistentemente hasta que la constancia concluya por darle una vida bizarra.

—Perdón — le interrumpí Niego por lo pronto que el triunfo de Poe consista en eso. Después, supongo que el movimiento en sí debe ser la locura de la intención de moverse . .

Esperé lleno de curiosidad su respuesta, atisbándole con el rabo del ojo

—No sé — me dijo de pronto con la voz velada como si el suave rocío que empezaba a caer hubiera llegado a su garganta — Un perro que yo tengo sigue y ladra cuadras enteras a los carruajes. Como todos Les inquieta el movimiento Les sorprende también que los carruajes sigan por su propia cuenta a los caballos. Estoy seguro de que si no obran y hablan racionalmente como nosotros, ello obedece a una falla de la voluntad Sienten, piensan, pero no pueden querer Estoy seguro

¿Adónde iba a llegar aquel muchacho, tan manso un mes atrás? Su frente estrecha y blanca se dirigía al cielo Hablaba con tristeza, tan puro de imaginación que sentí una tibia fiebre de azuzarle Suspiré hondamente.

—¡Oh Fortunato! — Y abrí los brazos al mar como una griega antigua. — Permanecí así diez segundos, seguro de que iba a provocarle una repetición infinita del mismo tema. En efecto, habló, habló con el corazón en la boca, habló todo lo que despertaba en aquella encrespada cabeza Antes le dije algo sobre la locura en términos generales. Creo sobre la facultad de escapar milagrosamente al movimiento durante el sueño.

—El sueño —cogió y siguió— o, más bien dicho, el ensueño durante el sueño, es un estado de absoluta locura Nada de conciencia, esto es, la facultad de presentarse a sí mismo lo contrario de lo que se está pensando y admitirle como posible. La tensión nerviosa que rompe las pesadillas tendría el mismo objeto que la ducha en los locos el chorro de agua provoca esa tensión nerviosa que llevará al equilibrio, mientras en el ensueño esa misma tensión quiebra, por decirlo así, el eje de la locura En el fondo el caso es el mismo prescindencia absoluta de oposición La oposición es el otro lado de las cosas De las dos conciencias que tienen las cosas, el loco o el soñador sólo ve una la afirmativa o la negativa Los cuerdos se acogen primero a la probabilidad, que es la conciencia loca de las cosas. Por otra parte, los sueños de los locos son perfectamente posibles Y esta misma posibilidad es una locura, por dar carácter de realidad a esa inconsciencia. no la niega, la cree posible

Hay casos sumamente curiosos Sé de un juicio donde el reo tenía en la parte contraria la acusación de un testigo del hecho. Le preguntaban —¿Vd. vio tal cosa? El testigo respondía. — sí Ahora bien, la defensa alegaba que siendo el lenguaje una convención, era solamente *posible* que en el testigo la palabra *sí* expresara afirmación Proponía al jurado examinar la curiosa adaptación de las preguntas al monosílabo del testigo En pos de estas, hubiera sido imposible que el testigo dijera· no (entonces no sería afirmación, que era lo único de que se trataba. etc., etc).

¡Valiente Fortunato! Habló todo esto sin respirar, firme con su palabra, los ojos seguros en que ardían

como vírgenes todas estas castas locuras. Con las manos en los bolsillos, recostado en la balaustrada, le veía discurrir. Miraba con profunda atención, eso sí, un ligero vértigo de cuando en cuando. Y aún creo que esta atención era más bien una preocupación mía

De repente levantamos la cabeza el foco de un crucero azotó el cielo, barrió el mar, la bahía se puso clara con una lívida luz de tormenta, sacudió el horizonte de nuevo, y puso en manifiesto a lo lejos, sobre el agua ardiente de estaño, la fila inmóvil de acorazados.

Distraído, Fortunato permaneció un momento sin hablar. Pero la locura, cuando se la estrujan los dedos, hace piruetas increíbles que dan vértigos, y es fuerte como el amor y la muerte. Continuó.

—La locura tiene también sus mentiras convencionales y su pudor. No negará Vd que el empeño de los locos en probar su razón sea una de aquéllas Un escritor dice que tan ardua cosa es la razón que aún para negarla es menester razonar Aunque no recuerdo bien la frase, algo de ello es. Pero la conciencia de una meditación razonable sólo es posible recordando que ésta podría no ser así Habría comparación, lo que no es posible tratándose de una solución — uno de cuyos términos causales es reconocidamente loco Sería tal vez un proceso de idea absoluta Pero bueno es recordar que los locos jamás tienen problemas o hallazgos: tienen *ideas* Continuó con aquella su sabiduría de maestro y de recuerdos despertados a sazón:

—En cuanto al pudor, es innegable. Yo conocí un muchacho loco, hijo de un capitán, cuya sinrazón había dado en manifestarse como ciencia química. Contábanme sus parientes que aquél leía de un modo

asombroso, escribía páginas inacabables, daba a entender, por monosílabos y confidencias vagas, que había hallado la ineficacia cabal de la teoría atómica (creo se refería en especial a los óxidos de manganeso. Lo raro es que después se habló seriamente de esas inconsecuencias del oxígeno). El tal loco era perfectamente cuerdo en lo demás, cerrándose a las requisitorias enemigas por medio de silbidos, pst y levantamientos del bigote. Gozaba del triste privilegio de creer que cuantos con él hablaban querían robarle su secreto De aquí los prudentes silbidos que no afirmaban ni negaban nada.

Ahora bien, yo fui llamado una tarde para ver lo que de sólido había en esa desvariada razón. Confieso que no pude orientarme un momento a través de su mirada de perfecto cuerdo, cuya única locura consistía entonces en silbar y extender suavemente el bigote, pobre cosa. Le hablé de todo, demostré una ignorancia crasa para despertar su orgullo, llegué hasta exponerle teoría tan extravagante y absurda que dudé si esa locura a alta presion sería capaz de ser comprendida por un simple loco Nada hallé. Respondía apenas: —es verdad... son cosas... pst... ideas pst .., pst. . — Y aquí estaban otra vez las *ideas* en toda su fuerza

Desalentado, le dejé Era imposible obtener nada de aquel fino diplomático. Pero un día volví con nuevas fuerzas, dispuesto a dar a toda costa con el secreto de mi hombre. Le hablé de todo otra vez; no obtenía nada. Al fin, al borde del cansancio, me di cuenta de pronto de que durante esa y la anterior conferencia yo había estado muy acalorado con mi propio esfuerzo de investigación y hablé en demasía, había sido observado por el loco. Me calmé entonces

y dejé de charlar. La cuestión cesó y le ofrecí un cigarro. Al mirarme inclinándose para cogerle, me alisé los bigotes lo más suavemente que me fue posible. Dirigióme una mirada de soslayo y movió la cabeza sonriendo. Aparté la vista, mas atento a sus menores movimientos Al rato no pudo menos que mirarme de nuevo, y yo a mi vez me sonreí sin dejar el bigote. El loco se serenó por fin y habló todo lo que deseaba saber.

Yo había estado dispuesto a llegar hasta el silbido; pero con el bigote bastó.

La noche continuaba en paz Los ruidos se perdían en aislados estremecimientos, el rodar lejano de un carruaje, los cuartos de hora de una iglesia, un ¡ohé! en el puerto. En el cielo puro las constelaciones ascendían, sentíamos un poco de frío Como Fortunato parecía dispuesto a no hablar más, me subí el cuello del saco, froté rápidamente las manos, y dejé caer como una bala perdida·

—Era perfectamente loco.

Al otro lado de la calle, en la azotea, un gato negro caminaba tranquilamente por el pretil Debajo nuestro dos personas pasaron El ruido claro sobre el adoquín me indicó que cambiaban de vereda, se alejaron hablando en voz baja. Me había sido necesario todo este tiempo para arrancar de mi cabeza un sinnúmero de ideas que al más insignificante movimiento se hubieran desordenado por completo. La vista fija se me iba Fortunato decrecía, decrecía, hasta convertirse en un ratón que yo miraba. El silbido desesperado de un tren expreso correspondió exactamente a ese monstruoso ratón. Rodaba por mi cabeza una enorme distancia de tiempo y un pesadísimo y vertiginoso girar de mundos. Tres llamas cruzaron por

mis ojos, seguidas de tres dolorosas puntadas de cabeza. Al fin logré sacudir eso y me volví

—¿Vamos?

—Vamos Me pareció que tenía un poco de frío.

Estoy seguro de que lo dijo sin intención, pero esta misma falta de intención me hizo temer no sé qué horrible extravío.

*

* *

Esa noche, solo ya y calmado, pensé detenidamente. Fortunato me había transtornado, esto era verdad. Pero me condujo él al vértigo en que me había enmarañado, dejando en las espinas, a guisa de cándidos vellones de lana, cuatro o cinco ademanes rápidos que enseguida oculté? No lo creo. Fortunato había cambiado, su cerebro marchaba aprisa Pero de esto al reconocimiento de mi superioridad había una legua de distancia. Este era el punto capital. yo podía hacer mil locuras, dejarme arrebatar por una endemoniada lógica de gestos repetidos, dar en el blanco de una ocurrencia del momento y retorcerla hasta crear una verdad extraña, dejar de lado la mínima intención de cualquier movimiento vago y acogerse a la que podría haberle dado un loco excesivamente detallista; todo esto y mucho más podía yo hacer Pero en estos desenvolvimientos de una excesiva posesión de sí, virutas de torno que no impedían un centraje absoluto, Fortunato sólo podía ver trastornos de sugestión motivados por tal o cual ambiente propicio, de que él se creía sutil entrenador.

Pocos días más tarde me convencí de ello Paseábamos. Desde las cinco habíamos recorrido un largo trayecto — los muelles de Florida, las revueltas de los pasadizos, los puentes carboneros, la Universidad, el rompeolas que había de guardar las aguas tranquilas del puerto en construcción, cuya tarjeta de acceso nos fue acordada gracias al recrudecimiento de amistad que en esos días tuvimos con un amigo nuestro — ahora de luto — estudiante de ingeniería Fortunato gozaba esa tarde de una estabilidad perfecta, con todas sus nuevas locuras, eso sí, pero tan en equilibrio como las del loco de un manicomio cualquiera. Hablábamos de todo, los pañuelos en las manos, húmedos de sudor. El mar subía al horizonte, anaranjado en toda su extensión; dos o tres nubes de amianto erraban por el cielo purísimo, hacia el Cerro de negro verdoso, el sol que acababa de transponerlo circundábalo de una aureola dorada.

Tres muchachos cazadores de cangrejos pasaron a lo largo del muro Discutieron un rato. Dos continuaron la marcha saltando sobre las rocas con el pantalón a la rodilla, el otro se quedó tirando piedras al mar. Después de cierto tiempo exclamé, como en conclusión de algún juicio interno provocado por la tal caza:

—Por ejemplo, bien pudiera ser que los cangrejos caminaran hacia atrás para acortar las distancias. Indudablemente el trayecto es más corto.

No tenía deseos de descarrilarle Dije eso por costumbre de dar vuelta las cosas Y Fortunato cometió el lamentable error de tomar como locura mía lo que era entonces locura completamente del animal, y se dejó ir a corolarios por demás sutiles y vanidosos

Una semana después Fortunato cayó. La llama que temblaba sobre él se extinguió, y de su aprendizaje inaudito, de aquel lindo cerebro desvariado que daba frutos amargos y jugosos como las plantas de un año, no quedó sino una cabeza distendida y hueca, agotada en quince días, tal como una muchacha que tocó demasiado pronto las raíces de la voluptuosidad. Hablaba aún, pero disparataba. Si cogía a veces un hilo conductor, la misma inconsciente crispación de ahogado con que se sujetaba a él, le rompía. En vano traté de encauzarle, haciéndole notar de pronto con el dedo extendido y suspenso para lavar ese imperdonable olvido, el canto de un papel, una mancha diminuta del suelo. El, que antes hubiera reído francamente conmigo, sintiendo la absoluta importancia de esas cosas así vanidosamente aisladas, se ensañaba ahora de tal modo con ellas que les quitaba su carácter de belleza *únicamente* momentánea y para nosotros.

Puesto así fuera de carrera, el desequilibrio se acentuó en los días siguientes. Hice un último esfuerzo para contener esa decadencia volviendo a Poe, causa de sus exageraciones. Pasaron los cuentos, Legeia, El doble crimen, El gato. Yo leía, él escuchaba. De vez en cuando le dirigía rápidas miradas: me devoraba constantemente con los ojos, en el más santo entusiasmo.

No sintió absolutamente nada, estoy seguro. Repetía la lección demasiado sabida, y pensé en aquella manera de enseñar a bailar a los osos, de que hablan los titiriteros avezados. Fortunato ajustaba perfectamente en el marco del organillo. Deseando tocarle con fuego, le pregunté, distraído y jugando con el libro en el aire:

—¿Qué efecto cree Vd. que le causaría a un loco la lectura de Poe?

Locamente temió una estratagema por el jugueteo con el libro, en que estaba puesta toda su penetración

—No sé. —Y repitió— no sé, no sé, no sé, —bastante acalorado.

—Sin embargo, tiene que gustarles. ¿No pasa eso con toda narración dramática o de simple idea, ellos que demuestran tanta afición a las especulaciones? Probablemente viéndose instigados en cualquier *Corazón revelador* se desencadenarán por completo.

—¡Oh! no — suspiró. Lo probable es que todos creyeran ser autores de tales páginas O simplemente, tendrían miedo de quedarse locos Y se llevó la mano a la frente, con alma de héroe.

Suspendí mis juegos malabares Con el rabo del ojo me enviaba una miradilla vanidosa. Pretendía afrontarlo y me desvié. Sentí una sensación de frío adelgazamiento en los tobillos y el cuello, me pareció que la corbata, floja, se me desprendía

—¡Pero está loco! —le grité levantándome con los brazos abiertos —¡Está loco! — grité más Hubiera gritado mucho más pero me equivoqué y saqué toda la lengua de costado Ante mi actitud, se levantó evitando apenas un salto, me miró de costado, acercóse a la mesa, me miró de nuevo, movió dos o tres libros, y fue a fijar cara y manos contra los vidrios, tocando el tambor.

Entretanto yo estaba ya tranquilo y le pregunté algo En vez de responderme francamente, dio vuelta un poco la cabeza y me miró a hurtadillas, si bien con miedo, envalentonado por el anterior triunfo Pero se equivocó. Ya no era tiempo, debía haberlo conocido.

Su cabeza, en pos de un momento de loca inteligencia dominadora, se había quebrado de nuevo.

*

* *

Un mes siguió. Fortunato marchaba rápidamente a la locura, sin el consuelo de que ésta fuera uno de esos anonadamientos espirituales en que la facultad de hablar se convierte en una sencilla persecución animal de las palabras. Su locura iba derecha a un idiotismo craso, imbecilidad de negro que pasea todas las mañanas por los patios del manicomio su cara pintada de blanco A ratos atareábame en apresurar la crisis, descargándome del pecho, a grandes maneras, dolores intolerables, sentándome en una silla en el extremo opuesto del cuarto, dejaba caer sobre nosotros toda una larga tarde, seguro de que el crepúsculo iba a concluir por no verme Tenía avances. A veces gozaba haciéndose el muerto, riéndose de ello hasta llorar. Dos o tres veces se le cayó la baba. Pero en los últimos días de febrero le acometió un irreparable mutismo del que no pude sacarle por más esfuerzos que hice. Me hallé entonces completamente abandonado Fortunato se iba, y la rabia de quedarme solo me hacía pensar en exceso.

Una noche de estas, le cogí del brazo para caminar. No sé adonde íbamos, pero estaba contentísimo de poder conducirle. Me reía despacio sacudiéndole del brazo. El me miraba y se reía también, contento Una vidriera, repleta de caretas por el inminente Carnaval, me hizo recordar un baile para los próximos días de alegría, de que la cuñada de Fortunato me había hablado con entusiasmo.

—Y Vd., Fortunato, ¿no se disfrazará?
—Sí, sí.
—Entiendo que iremos juntos.
—Divinamente.
—¿Y de qué se disfrazará?
—¿Me disfrazaré?. .
—Ya sé — agregué bruscamente — de Fortunato
—¿Eh? — rompió éste, enormemente divertido
—Sí, de eso

Y le arranqué de la vidriera Había hallado una solución a mi inevitable soledad, tan precisa, que mis temores sobre Fortunato se iban al viento como un pañuelo ¿Me iban a quitar a Fortunato? Está bien ¿Yo me iba a quedar solo? Está bien. ¿Fortunato no estaba a mi completa disposición? Está bien. Y sacudía en el aire mi cabeza tan feliz. Esta solución podía tener algunos puntos difíciles; pero de ella lo que me seducía era su perfecta adaptación a una famosa intriga italiana, bien conocida mía, por cierto — y sobre todo la gran facilidad para llevarla a término. Seguí a su lado sin incomodarle. Marchaba un poco detrás de él, cuidando de evitar las junturas de las piedras para caminar debidamente: tan bien me sentía.

Una vez en la cama, no me moví, pensando con los ojos abiertos. En efecto, mi idea era ésta: hacer con Fortunato lo que Poe hizo con Fortunato. Emborracharle, llevarle a la cueva con cualquier pretexto, reírse como un loco... ¡Qué luminoso momento había tenido! Los disfraces, los mismos nombres Y el endemoniado gorro de cascabeles .. Sobre todo ¡qué facilidad! Y por último un hallazgo divino como Fortunato estaba loco, no tenía necesidad de emborracharlo

. . . .

. . . .

A las tres de la mañana supuse próxima la hora Fortunato, completamente entregado a galantes devaneos, paseaba del brazo a una extraviada Ofelia, cuya cola en sus largos pasos de loca, barría furiosamente el suelo. Nos detuvimos delante de la pareja

—¡Y bien, querido amigo! ¿No es Vd feliz en esta atmósfera de desbordante alegría?

—Sí, feliz — repitió Fortunato alborozado

Le puse la mano sobre el corazón.

—¡Feliz como todos nosotros!

El grupo se rompió a fuerza de risas. Mi amplio ademán de teatro las había conquistado.

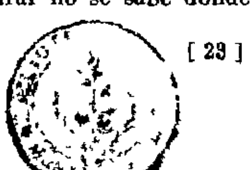
Continué:

—Ofelia ríe, lo que es buena señal. Las flores son un fresco rocío para su frente. La cogí la mano y agregué — ¿no siente Vd en mi mano la Razón Pura? Verá Vd., curará, y será otra en su ancho, pesado y melancólico vestido blanco .. Y a propósito, querido Fortunato· ¿no la evoca a Vd. esta galante Ofelia una criatura bien semejante en cierto modo? Fíjese Vd. en el aire, los cabellos, la misma boca ideal, el mismo absurdo deseo de vivir sólo por la *vida*. perdón —concluí volviéndome: — son cosas que Fortunato conoce bien.

Fortunato me miraba asombrado, arrugando la frente. Me incliné a su oído y le susurré apretándole la mano.

—¡De Ligeia, mi adorada Ligeia!

—¡Ah, sí, ah sí! — y se fue. Huyó al trote, volviendo la cabeza con inquietud como los perros que oyen ladrar no se sabe donde.



A las tres y media marchábamos en dirección a casa. Yo llevaba la cabeza clara y las manos frías; Fortunato no caminaba bien. De repente se cayó, y al ayudarle se resistió tendido de espaldas. Estaba pálido, miraba ansiosamente a todos lados. De las comisuras de sus labios pendientes caían fluidas babas. De pronto se echó a reir. Le dejé hacer un rato, esperando fuera una pasajera crisis de que aún podría volver. Pero había llegado el momento; estaba completamente loco, mudo y sentado ahora, los ojos a todos lados, llorando a la luz de la luna en gruesas, dolorosas e incesantes lágrimas, su asombro de idiota.

Le levanté como pude y seguimos la calle desierta. Caminaba apoyado en mi hombro. Sus pies se habían vuelto hacia adentro.

Estaba desconcertado. ¿Cómo hallar el gusto de los tiernos consejos que pensaba darle a semejanza del otro, mientras le enseñaba con prolija amistad mi sótano, mis paredes, mi humedad y mi libro de Poe, que sería el tonel en cuestión? No habría nada, ni el terror al fin cuando se diera cuenta. Mi esperanza era que reaccionase, siquiera un momento para apreciar debidamente la distancia a que nos íbamos a hallar. Pero seguía lo mismo. En cierta calle una pareja pasó al lado nuestro, ella tan bien vestida que el alma antigua de Fortunato tuvo un tardío estremecimiento y volvió la cabeza. Fue lo último. Por fin llegamos a casa. Abrí la puerta sin ruido, le sostuve heroicamente con un brazo mientras cerraba con el otro, atravesamos los dos patios y bajamos al sótano. Fortunato miró todo atentamente y quiso sacarse el frac, no sé con qué objeto.

En el sótano de casa había un ancho agujero rebocado, cuyo destino en otro tiempo ignoro del todo.

Medía tres metros de profundidad por dos de diámetro En días anteriores había amontonado en un rincón gran cantidad de tablas y piedras, apto todo para cerrar herméticamente una abertura. Allí conduje a Fortunato, y allí traté de descenderle Pero cuando le cogí de la cintura se desasió violentamente, mirándome con terror ¡Por fin! Contento, me froté las manos Toda mi alma estaba otra vez conmigo. Me acerqué sonriendo y le dije al oído, con cuanta suavidad me fue posible

—¡Es el pozo, mi querido Fortunato!

Me miró con desconfianza, escondiendo las manos.

—Es el pozo ¡el pozo, querido amigo!

Entonces una luz pálida le iluminó los ojos Tomó de mi mano la vela, se acercó cautelosamente al hueco, estiró el cuello y trató de ver el fondo. Se volvió, interrogante.

—¿. ?

—¡El pozo! — concluí abriendo los brazos. Su vista siguió mi ademán.

—¡Ah, no! — me reí entonces, y le expresé claramente bajando las manos·

—¡El pozo!

Era bastante Esta concreta idea· el pozo, concluyó por entrar en su cerebro completamente aislada y pura La hizo suya· era el *pozo* Fue feliz del todo

Nada me quedaba casi por hacer. Le ayudé a bajar, y aproximé mi seudo cemento En pos de cada acción acercaba la vela y le miraba Fortunato se había acurrucado, completamente satisfecho Una vez me chistó.

—¿Eh? — me incliné. Levantó el dedo sagaz y lo bajó perpendicularmente. Comprendí y nos reímos con toda el alma

De pronto me vino un recuerdo y me asomé rápidamente.

—¿Y el nitro? —Callé enseguida.— En un momento eché encima las tablas y piedras Ya estaba cerrado el pozo y Fortunato dentro. Me senté entonces, coloqué la vela al lado y como El Otro, esperé

—¡Fortunato!

Nada· ¿Sentiría?

Más fuerte.

—¡Fortunato!

Y un grito sordo, pero horrible, subió del fondo del pozo Di un salto, y comprendí entonces, pero locamente, la precaución de Poe al llevar la espada consigo Busqué un arma desesperadamente no había ninguna Cogí la vela y la estrellé contra el suelo. Otro grito subió, pero más horrible A mi vez aullé·

—¡Por el amor de Dios!

No hubo ni un eco Aún subió otro grito y salí corriendo y en la calle corrí dos cuadras Al fin me detuve, la cabeza zumbando.

¡Ah, cierto! Fortunato estaba metido dentro de su agujero y gritaba. ¿Habría filtraciones? . Seguramente en el último momento palpó claramente lo que se estaba haciendo . ¡Qué facilidad para encerrarlo! El pozo . era su pasión. El otro Fortunato había gritado también. Todos gritan, porque se dan cuenta de sobra. Lo curioso es que uno anda más ligero que ellos.

Caminaba con la cabeza alta, dejándome ir a ensueños en que Fortunato lograba salir de su escondrijo y me perseguía con iguales asechanzas.. ¡Qué sonrisa más franca la suya! .. Presté oído .. ¡Bah! Buena había sido la idea de quien hizo el agujero Y después la vela .

Eran las cuatro En el centro barrían aún las últimas máquinas. Sobre las calles claras la luna muerta descendía. De las casas dormidas quien sabe por qué tiempo, de las ventanas cerradas, caía un vasto silencio. Y continué mi marcha gozando las últimas aventuras con una fruicción tal que no sería extraño que yo a mi vez estuviera un poco loco

LOS PERSEGUIDOS

Una noche que estaba en casa de Lugones, la lluvia arreció de tal modo que nos levantamos a mirar a través de los vidrios El pampero silbaba en los hilos, sacudía el agua que empañaba en rachas convulsivas la luz roja de los faroles Después de seis días de temporal, esa tarde el cielo había despejado al sur en un límpido azul de frío. Y he aquí que la lluvia volvía a prometernos otra semana de mal tiempo

Lugones tenía estufa, lo que halagaba suficientemente mi flaqueza invernal. Volvimos a sentarnos prosiguiendo una charla amena, como es la que se establece sobre las personas locas Días anteriores aquél había visitado un manicomio, y las bizarrías de su gente añadidas a las que yo por mi parte había observado alguna vez, ofrecían materia de sobra para un confortable vis a vis de hombres cuerdos.

Dada, pues, la noche, nos sorprendimos bastante cuando la campanilla de la calle sonó Momentos después entraba Lucas Díaz Vélez.

Este individuo ha tenido una influencia bastante nefasta sobre una época de mi vida, y esa noche lo conocí. Según costumbre, Lugones nos presentó por el apellido únicamente, de modo que hasta algún tiempo después ignoré su nombre.

Díaz era entonces mucho más delgado que ahora Su ropa negra, color trigueño mate, cara afilada y grandes ojos negros, daban a su tipo un aire no común. Los ojos, sobre todo, de fijeza atónita y brillo

arsenical, llamaban fuertemente la atención. Peinábase en esa época al medio y su pelo lacio, perfectamente aplastado, parecía un casco luciente.

En los primeros momentos Vélez habló poco. Cruzóse de piernas, respondiendo lo justamente preciso En un instante en que me volví a Lugones, alcancé a ver que aquél me observaba. Sin duda en otro hubiera hallado muy natural ese examen tras una presentación, pero la inmóvil atención con que lo hacía, me chocó.

Pronto dejamos de hablar. Nuestra situación no fue muy grata, sobre todo para Vélez, pues debía suponer que antes de que él llegara, nosotros no practicaríamos ese terrible mutismo El mismo rompió el silencio Habló a Lugones de ciertas chancacas que un amigo le había enviado de Salta, y cuya muestra hubo de traer esa noche. Parecía tratarse de una variedad repleta de agrado en sí, y como Lugones se mostrara suficientemente inclinado a comprobarlo, Díaz Vélez prometióle enviar modos para ello.

Roto el hielo, a los diez minutos volvieron nuestros locos Aunque sin perder una palabra de lo que oía, Díaz se mantuvo aparte del ardiente tema; no era posiblemente de su predilección. Por eso cuando Lugones salió un momento, me extrañó su inesperado interés. Contóme en un momento porción de anécdotas — las mejillas animadas y la boca precisa de convicción. Tenía por cierto a esas cosas mucho más amor del que yo le había supuesto, y su última historia, contada con honda viveza, me hizo ver entendía a los locos con una sutileza no común en el mundo.

Se trataba de un muchacho provinciano que al salir del marasmo de una tifoidea halló las calles po-

bladas de enemigos. Pasó dos meses de persecución, llevando así a cabo no pocos disparates Como era muchacho de cierta inteligencia, comentaba él mismo su caso con una sutileza tal que era imposible saber qué pensar, oyéndolo Daba la más perfecta idea de farsa: y esta era la opinión general al oírlo argumentar picarescamente sobre su caso — todo esto con la vanidad característica de los locos.

Pasó de este modo tres meses pavoneando sus agudezas sicológicas, hasta que un día se mojó la cabeza en el agua fresca de la cordura y modestia en las propias ideas.

—Ahora está bien — concluyó Vélez — pero le han quedado algunas cosas bien típicas Hace una semana, por ejemplo, lo hallé en una farmacia: estaba recostado de espaldas en el mostrador, esperando no sé qué Pusímonos a charlar. De pronto un individuo entró sin que lo viéramos, y como no había ningún dependiente llamó con los dedos en el mostrador Bruscamente mi amigo se volvió al intruso con una instantaneidad verdaderamente animal, mirándolo fijamente en los ojos Cualquiera se hubiera también dado vuelta, pero no con esa rapidez de hombre que está siempre sobre aviso. Aunque no perseguido ya, ha guardado sin que él se de cuenta un fondo de miedo que explota a la menor idea de brusca sorpresa Después de mirar un rato sin mover un músculo, pestañea, y aparta los ojos, distraído. Parece que hubiera conservado un oscuro recuerdo de algo terrible que le pasó en otro tiempo y contra lo que no quiere más estar desprevenido Supóngase ahora el efecto que le hará una súbita cogida del brazo, en la calle Creo que no se le irá nunca.

—Indudablemente el detalle es típico —apoyé.— ¿Y las sicologías desaparecieron también?

Cosa extraña: Díaz se puso serio y me lanzó una fría mirada hostil.

—¿Se puede saber por qué me lo pregunta?

—¡Porque hablábamos justamente de eso! — le respondí sorprendido. Mas seguramente el hombre había visto toda su ridiculez porque se disculpó enseguida efusivamente:

—Perdóneme. No sé qué cosa rara me pasó. A veces he sentido así, como una fuga inesperada de cabeza. Cosas de loco — agregó riéndose y jugando con la regla.

—Completamente de loco — bromeé

—¡Y tanto! Sólo que por ventura me queda un resto de razón Y ahora que recuerdo, aunque le pedí perdón —y le pido de nuevo— no he respondido aún a su pregunta. Mi amigo no sicologa más Como ahora es íntimamente cuerdo no siente como antes la perversidad de denunciar su propia locura, forzando esa terrible espada de dos filos que se llama raciocinio... ¿verdad? Es bien claro.

—No mucho — me permití dudar.

—Es posible —se rio en definitiva.— Otra cosa muy de loco. Me hizo una guiñada, y se apartó sonriente de la mesa, sacudiendo la cabeza como quien calla así muchas cosas que podrían decirse.

Lugones volvió y dejamos nuestro tema — ya agotado, por otro lado. Durante el resto de la visita Díaz habló poco, aunque se notaba claro la nerviosidad que le producía a él mismo su hurañía. Al fin se fue Posiblemente trató de hacerme perder toda mala impresión con su afectuosísima despedida, ofreciéndome su apellido y su casa con un sostenido apretón de ma-

nos lleno de cariño. Lugones bajó con él, porque su escalera ya oscura no despertaba fuertes deseos de arriesgarse solo en su perpendicularidad.

—¿Qué diablo de individuo es ése? — le pregunté cuando volvió. Lugones se encogió de hombros.

—Es un individuo terrible. No sé cómo esta noche ha hablado diez palabras con usted Suele pasar una hora entera sin hablar por su cuenta, y ya supondrá la gracia que me hace cuando viene así Por otra lado, viene poco. Es muy inteligente en sus buenos momentos. Ya lo habrá notado porque oí que conversaban.

—Sí, me contaba un caso curioso

—¿De qué?

—De un amigo perseguido. Entiende como un demonio de locuras.

—Ya lo creo, como que él también es perseguido.

Apenas oí esto, un relámpago de lógica explicativa iluminó lo oscuro que sentía en el otro ¡Indudablemente!... Recordé sobre todo su aire fosco cuando le pregunté si no sicologaba más... El buen loco había creído que yo lo adivinaba y me insinuaba en su fuero interno...

—¡Claro! —me reí.— ¡Ahora me doy cuenta! Pero es endiabladamente sutil su Díaz Vélez! — Y le conté el lazo que me había tendido para divertirse a mis expensas: la ficción de un amigo perseguido, sus comentarios. Pero apenas en el comienzo, Lugones me cortó.

—No hay tal; eso ha pasado efectivamente. Sólo que el amigo es él mismo. Le ha dicho en un todo la verdad; tuvo una tifoidea, quedó mal, curó hasta por ahí, y ya ve que es bastante problemática su cordura. También es muy posible que lo del mostrador sea

verdad, pero pasado a él mismo. Interesante el individuo, ¿eh?

—¡De sobra! — le respondí, mientras jugaba con el cenicero.

*

* *

Salí tarde. El tiempo se componía al fin, y sin que el cielo se viera el pecho libre lo sentía más alto. No llovía más El viento fuerte y seco rizaba el agua de las veredas y obligaba a inclinar el busto en las bocacalles. Llegué a Santa Fe y esperé un rato el tramway, sacudiendo los pies Aburrido, decidíme a caminar, apresuré el paso, encerré estrictamente las manos en los bolsillos y entonces pensé bien en Díaz Vélez.

Lo que más recordaba de él era la mirada con que me observó al principio No se la podía llamar inteligente, reservando esta cualidad a las que buscan en la mirada nueva, correspondencia — pequeña o grande — a la personal cultura — y habituales en las personas de cierta elevación. En estas miradas hay siempre un cambio de espíritus, — profundizar hasta dónde llega la persona que se acaba de conocer, pero entregando francamente al examen extranjero parte de la propia alma.

Díaz no me miraba así; me miraba a *mí* únicamente. No pensaba qué era ni qué podía ser yo, ni había en su mirada el más remoto destello de curiosidad sicológica. Me observaba, nada más, como se observa sin pestañear la actitud equívoca de un felino.

Después de lo que me contara Lugones, no me extrañaba ya esa objetividad de mirada de loco. En pos de su examen, satisfecho seguramente se había

reído de mí con el espantapájaro de su propia locura. Pero su afán de delatarse a escondidas tenía menos por objeto burlarse de mí que divertirse a sí mismo Yo era simplemente un pretexto para el razonamiento y sobre todo un punto de confrontación cuanto más admirase yo la endemoniada perversidad del loco que me describía, tantos más rápidos debían ser sus fruitivos restregones de manos Faltó para su dicha completa que yo le hubiera dicho: — "¿Pero no teme su amigo que lo descubran al delatarse así"? No se me ocurrió, y en particular porque el amigo aquél no me interesaba mayormente. Ahora que sabía yo en realidad quién era el perseguido, me prometía provocarle esa felicidad violenta — y esto es lo que iba pensando mientras caminaba.

Pasaron sin embargo quince días sin que volviera a verlo. Supe por Lugones que había estado en su casa, llevándole las confituras — buen regalo para él

—Me trajo también algunas para Vd Como no sabía dónde vive — creo que Vd. no le dio su dirección — las dejó en casa Vaya por allá.

—Un día de estos ¿Está acá todavía?

—¿Díaz Vélez?

—Sí.

—Sí, supongo que sí, no me ha hablado una palabra de irse.

En la primera noche de lluvia fui a lo de Lugones, seguro de hallar al otro Por más que yo comprendiera como nadie que esa lógica de pensar encontrarlo *justamente* en una noche de lluvia era propia de perro o loco, la sugestión de las coincidencias absurdas re-

girá siempre los casos en que el razonamiento no sabe ya qué hacer.

Lugones se rio de mi empeño en ver a Díaz Vélez.

—¡Tenga cuidado! Los perseguidos comienzan adorando a sus futuras víctimas. El se acordó muy bien de Vd.

—No es nada. Cuando lo vea me va a tocar a mí divertirme.

Esa noche salí muy tarde.

*

* *

Pero no hallaba a Díaz Vélez Hasta que un mediodía, en el momento en que iba a cruzar la calle, lo vi en Artes. Caminaba hacia el norte, mirando de paso todas las vidrieras, sin dejar pasar una, como quien va pensando preocupado en otra cosa Cuando lo distinguí ya había sacado yo el pie de la vereda Quise contenerme pero no pude y descendí a la calle casi con un traspié. Me di vuelta y miré el borde de la vereda, aunque estaba bien seguro de que no había nada. Un coche de plaza guiado por un negro con saco de lustrina pasó tan cerca de mí que el cubo de la rueda trasera me engrasó el pantalón. Detúveme de nuevo, seguí con los ojos las patas de los caballos, hasta que un automóvil me obligó a saltar

Todo esto duró diez segundos, mientras Díaz continuaba alejándose, y tuve que forzar el paso. Cuando lo sentí a mi certísimo alcance, todas mis inquietudes se fueron para dar lugar a una gran satisfacción de mí mismo. Sentíame en hondo equilibrio. Tenía todos los nervios conscientes y tenaces Cerraba y abría los dedos en toda extensión, feliz. Cuatro o

cinco veces en un minuto llevé la mano al reloj, no acordándome de que se me había roto.

*

* *

Díaz Vélez continuaba caminando y pronto estuve a dos pasos detrás de él. Uno más y lo *podía* tocar. Pero al verlo así, sin darse ni remotamente cuenta de mi inmediación, a pesar de su delirio de persecución y sicologías, regulé mi paso exactamente con el suyo ¡Perseguido! ¡Muy bien!... Me fijaba detalladamente en su cabeza, sus codos, sus puños un poco de fuera, las arrugas transversales del pantalón en las corvas, los tacos, ocultos y visibles sucesivamente Tenía la sensación vertiginosa de que antes, millones de años antes, yo había hecho ya eso encontrar a Díaz Vélez en la calle, seguirlo, alcanzarlo — y una vez ésto seguir detrás de él — *detrás* Irradiaba de mi la satisfacción de diez vidas enteras que no hubieran podido nunca realizar su deseo ¿Para qué tocarlo? De pronto se me ocurrió que podría darse vuelta, y la angustia me apretó instantáneamente la garganta. Pensé que con la laringe así oprimida no se puede gritar, y mi miedo único, espantablemente único fue no poder gritar cuando se volviera, como si el fin de mi existencia debiera haber sido avanzar precipitadamente sobre él, abrirle las mandíbulas y gritarle desaforadamente en plena boca — contándole de paso todas las muelas

Tuve un momento de angustia tal que me olvidé de ser él todo lo que veía: los brazos de Díaz Vélez, las piernas de Díaz Vélez, los pelos de Díaz Vélez, la cinta del sombrero de Díaz Vélez, la trama de la

cinta del sombrero de Díaz Vélez, la urdimbre de la urdimbre de Díaz Vélez, de Díaz Vélez, de Díaz Vélez...

Esta seguridad de qué a pesar de mi terror no me había olvidado un momento de él, serenóme del todo.

Un momento después tuve loca tentación de tocarlo sin que él sintiera, y enseguida, lleno de la más grande felicidad que puede caber en un acto que es creación intrínseca de uno mismo, le toqué el saco con exquisita suavidad, justamente en el borde inferior — ni más ni menos. Lo toqué y hundí en el bolsillo el puño cerrado.

Estoy seguro que más de diez personas me vieron. Me fijé en tres: Una pasaba por la vereda de enfrente en dirección contraria, y continuó su camino dándose vuelta a cada momento con divertida extrañeza. Llevaba una valija en la mano, que giraba de punta hacia mí cada vez que el otro se volvía.

La otra era un revisador de tramway que estaba parado en el borde de la vereda, las piernas bastante separadas Por la expresión de su cara comprendí que antes de que yo hiciera eso ya nos había observado. No manifestó la mayor extrañeza ni cambió de postura ni movió la cabeza — siguiéndonos, eso sí, con los ojos. Supuse que era un viejo empleado que había aprendido a ver únicamente lo que le convenía

El otro sujeto era un individuo grueso, de magnífico porte, barba catalana y lentes de oro Debía de haber sido comerciante en España. El hombre pasaba en ese instante a nuestro lado y me vio hacer. Tuve la seguridad de que se había detenido. Efectivamente, cuando llegamos a la esquina díme vuelta y lo vi inmóvil aún, mirándome con una de esas extrañezas de hombre honrado, enriquecido y burgués que obligan

a echar un poco la cabeza atrás con el ceño arrugado El individuo me encantó. Dos pasos después volví el rostro y me reí en su cara. Vi que contraía más el ceño y se erguía dignamente como si dudara de ser el aludido Hícele un ademán de vago disparate que acabó de desorientarlo.

Seguí de nuevo, atento únicamente a Díaz Vélez. Ya habíamos pasado Cuyo, Corrientes, Lavalle, Tucumán y Viamonte. La historia del saco y los tres mirones había sido entre estas dos últimas Tres minutos después llegábamos a Charcas y allí se detuvo Díaz Miró hacia Suipacha, columbró una silueta detrás de él y se volvió de golpe. Recuerdo perfectamente este detalle durante medio segundo detuvo la mirada en un botón de mi chaleco, una mirada rapidísima, preocupada y vaga al mismo tiempo, como quien fija de golpe la vista en cualquier cosa a punto de acordarse de algo. Enseguida me miró en los ojos

—¡Oh, cómo le va! — me apretó la mano, soltándomela velozmente. — No había tenido el gusto de verlo después de aquella noche en lo de Lugones. ¿Venía por Artes?

—Sí, doblé en Viamonte y me apuré para alcanzarlo. También tenía deseos de verlo

—Yo también. ¿No ha vuelto por lo de Lugones?

—Sí, y gracias por las chancacas: muy ricas.

Nos callamos, mirándonos.

—¿Cómo le va? — rompí sonriendo, expresándole en la pregunta más cariño que deseos de saber en realidad cómo se hallaba.

—Muy bien — me respondió en igual tono. Y nos sonreímos de nuevo.

Desde que comenzáramos a hablar yo había perdido los turbios centelleos de alegría de minutos an-

teriores. Estaba tranquilo otra vez; eso sí, lleno de ternura con Díaz Vélez. Creo que nunca he mirado a nadie con más cariño que a él en esa ocasión.

—¿Esperaba el tramway?

—Sí — afirmó mirando la hora. Al bajar la cabeza al reloj, vi rápidamente que la punta de la nariz le llegaba al borde del labio superior. Irradióme desde el corazón un ardiente cariño por Díaz.

—¿No quiere que tomemos café? Hace un sol maravilloso... Suponiendo que haya comido ya y no tenga urgencia ..

—Sí, no, ninguna — contestóme con voz distraída mirando a lo lejos de la vía.

Volvimos. Posiblemente no me acompañó con decidida buena voluntad. Yo lo deseaba muchísimo más alegre y sutil — sobre todo esto último. Sin embargo mi efusiva ternura por él dio tal animación a mi voz que a las tres cuadras Díaz cambió Hasta entonces no había hecho más que extender el bigote derecho con la mano izquierda, asintiendo sin mirarme De ahí en adelante echó las manos atrás. Al llegar a Corrientes — no sé qué endiablada cosa le dije — se sonrió de un modo imperceptible, siguió alternativamente un rato la punta de mis zapatos y me lanzó a los ojos una fugitiva mirada de soslayo.

—Hum.. ya empieza — pensé. Y mis ideas, en perfecta fila hasta ese momento, comenzaron a cambiar de posición y entrechocarse vertiginosamente Hice un esfuerzo para rehacerme y me acordé súbitamente de un gato plomo, sentado en una silla, que yo había visto cuando tenía cinco años ¿Por qué ese gato? . . Silbé y callé de golpe De pronto sonéme las narices y tras el pañuelo me reí sigilosamente Como había bajado la cabeza y el pañuelo era gran-

de, no se me veía más que los ojos. Y con ellos atisbé a Díaz Vélez, tan seguro de que no me vería que tuve la tentación fulminante de escupirme precipitadamente tres veces en la mano y soltar la carcajada, para hacer una cosa de loco.

*

* *

Ya estábamos en *La Brasileña.* Nos sentamos en la diminuta mesa, uno enfrente de otro, las rodillas tocando casi El fondo verde nilo del café daba en la cuasi penumbra una sensación de húmeda y reluciente frescura que obligaba a mirar con atención las paredes por ver si estaban mojadas.

Díaz se volvió al mozo recostado de espaldas y el paño en las manos cruzadas, y adoptó en definitiva una postura cómoda.

Pasamos un rato sin hablar, pero las moscas de la excitación me corrían sin cesar por el cerebro. Aunque estaba serio, a cada instante cruzábame por la boca una sonrisa convulsiva. Mordíame los labios esforzándome —como cuando estamos tentados— en tomar una expresión natural que rompía enseguida el tic desbordante. Todas mis ideas se precipitaban superponiéndose unas sobre otras con velocidad inaudita y terrible expresión rectilínea; cada una era un impulso incontenible de provocar situaciones ridículas y sobre todo inesperadas; ganas locas de ir hasta el fin de cada una, cortarla de repente, seguir esta otra, hundir los dos dedos rectos en los dos ojos separados de Díaz Vélez, dar porque sí un grito enorme tirándome el pelo, y todo por hacer algo absurdo —y en especial a Díaz Vélez. Dos o tres veces lo miré fu-

gazmente y bajé la vista. Debía de tener la cara encendida porque la sentía ardiendo.

Todo esto pasaba mientras el mozo acudía con su máquina, servía el café y se iba, no sin antes echar a la calle una mirada distraída Díaz continuaba desganado, lo que me hacía creer que cuando lo detuve en Charcas pensaba en cosa muy distinta de acompañar a un loco como yo. .

¡Eso es! Acababa de dar en la causa de mi desasosiego Díaz Vélez, loco maldito y perseguido, sabía perfectamente que lo que yo estaba haciendo era obra suya. "Estoy seguro de que mi amigo —se habrá dicho— va a tener la pueril idea de querer espantarme cuando nos veamos. Si me llega a encontrar fingirá impulsos, sicologías. persecuciones, me seguirá por la calle haciendo muecas. me llevará después a cualquier parte, a tomar café" .

—¡Se equivoca com-ple-ta-men-te! le dije, poniendo los codos sobre la mesa y la cara entre las manos Lo miraba sonriendo, sin duda, pero sin apartar mis pupilas de las suyas.

Díaz me miró sorprendido de verme salir con esa frase inesperada.

—¿Qué cosa?

—Nada, esto no más. ¡se equivoca com-ple-ta-men-te!

—¡Pero a qué diablos se refiere! Es posible que me equivoque, pero no sé . ¡Es muy posible que me equivoque, no hay duda!

—No se trata de que haya duda o que no sepa, lo que le digo es esto, y voy a repetirlo claro para que se dé bien cuenta· ¡se e-qui-voca com-ple-ta-mente!

Esta vez Díaz me miró con atenta y jovial atención y se echó a reir, apartando la vista

—¡Bueno, convengamos!

—Hace bien en convenir porque es así — insistí, siempre la cara entre las manos.

—Creo lo mismo — se rio de nuevo.

Pero yo estaba seguro de que el maldito individuo sabía muy bien qué le quería decir con eso. Cuando más fijaba la vista en él, más se entrechocaban hasta el vértigo mis ideas.

—Dí-az Vé-lez... articulé lentamente, sin arrancar un instante mis ojos de sus pupilas. Díaz no se volvió a mí, comprendiendo que no le llamaba.

—Dí-az Vé-lez — repetí con la misma imprecisión extraña a toda curiosidad, como si una tercera persona invisible y sentada con nosotros hubiera intervenido así.

Díaz pareció no haber oído, pensativo Y de pronto se volvió francamente; las manos le temblaban un poco.

—Vea, —me dijo con decidida sonrisa.— Sería bueno que suspendiéramos por hoy nuestra entrevista. Usted está mal y yo voy a concluír por ponerme como usted. Pero antes es útil que hablemos claramente, porque si no no nos entenderemos nunca En dos palabras usted y Lugones y todos me creen perseguido ¿Es cierto o no?

Seguía mirándome en los ojos, sin abandonar su sonrisa de amigo franco que quiere dilucidar para siempre malentendidos. Yo había esperado muchas cosas, menos ese valor Díaz me echaba, con eso sólo, todo su juego descubierto sobre la mesa, frente a frente, sin perdernos un gesto. Sabía que yo *sabía* que quería jugar conmigo otra vez, como la primera noche en lo de Lugones y, sin embargo, se arriesgaba a provocarme

De golpe me serené, ya no se trataba de dejar correr las moscas subrepticiamente por el propio cerebro por ver qué harían, sino acallar el enjambre personal para oir atentamente el zumbido de las moscas ajenas.

—Tal vez — le respondí de un modo vago cuando concluyó.

—Usted creía que yo era perseguido, ¿no es cierto?

—Creía

—¿Y que cierta historia de un amigo loco que le conté en lo de Lugones, era para burlarme de usted?

—Sí.

—Perdóneme que siga. ¿Lugones le dijo algo de mí?

—Me dijo.

—¿Que era perseguido?

—Sí.

—Y usted cree mucho más que antes que soy perseguido, ¿verdad?

—Exactamente

Los dos nos echamos a reir, apartando al mismo tiempo la vista. Díaz llevó la taza a la boca, pero a medio camino notó que estaba ya vacía y la dejó. Tenía los ojos más brillantes que de costumbre y fuertes ojeras —no de hombre, sino difusas y moradas de mujer.

—Bueno, bueno, —sacudió la cabeza cordialmente — Es difícil que no crea eso. Es posible, tan posible como esto que le voy a decir, óigame bien Yo puedo o no ser perseguido, pero lo que es indudable es que el empeño suyo en hacerme ver que usted también lo es, tendrá por consecuencia que usted, en su afán de *estudiarme,* acabará por convertirse en perseguido real, y yo entonces me ocuparé en ha-

cerle muecas cuando no me vea, como usted ha hecho conmigo seis cuadras seguidas, hace media hora . y esto también es cierto. Y también esto otro: los dos nos vemos bien; usted sabe que yo — perseguido real e *inteligente,* soy capaz de fingir una maravillosa normalidad; y yo sé que usted — perseguido larvado — es capaz de simular perfectos miedos. ¿Acierto?

—Sí, es posible haya algo de eso.

—¿Algo? No, todo.

Volvimos a reírnos, apartando enseguida la vista Puso los dos codos sobre la mesa y la cara entre las manos, como yo un rato antes.

—¿Y si yo efectivamente creyera que usted me persigue?

Vi sus ojos de arsénico fijos en los míos Entre nuestras dos miradas no había nada, nada más que esa pregunta perversa que lo vendía en un desmayo de su astucia. ¿Pensó él preguntarme eso? No; pero su delirio estaba sobrado avanzado para no sufrir esa tentación. Se sonreía, con su pregunta sutil; pero el loco, el loco verdadero se le había escapado y yo lo veía en sus ojos, atisbándome.

Me encogí desenfadadamente de hombros y como quien extiende al azar la mano sobre la mesa cuando va a cambiar de postura cogí disimuladamente la azucarera Apenas lo hice, tuve verguenza y la dejé Díaz vio todo sin bajar los ojos.

—Sin embargo, tuvo miedo — se sonrió.

—No — le respondí alegremente, acercando más la silla. Fue una farsa, como la que podía hacer cualquier amigo mío con el cual nos viéramos *claro*

Yo sabía bien que él no hacía farsa alguna, y que a través de sus ojos inteligentes desarrollando su juego sutil, el loco asesino continuaba agazapado, como

un animal sombrío y recogido que envía a la descubierta a los cachorros de la disimulación. Poco a poco la bestia se fue retrayendo y en sus ojos comenzó a brillar la ágil cordura Tornó a ser dueño de sí, apartóse bien el pelo luciente y se rio por última vez levantándose.

Ya eran las dos. Caminamos hasta Charcas hablando de todo, en un común y tácito acuerdo de entretener la conversación con cosas bien naturales, a modo del diálogo cortado y distraído que sostiene en el tramway un matrimonio.

Como siempre en esos casos, una vez detenidos ninguno habló nada durante dos segundos, y también como siempre lo primero que se dijo nada tenía que ver con nuestra despedida.

—Malo, el asfalto — insinué con un avance del mentón.

—Sí, jamás está bien — respondió en igual tono. — ¿Hasta cuándo?

—Pronto. ¿No va a lo de Lugones?

—Quien sabe .. Dígame. ¿dónde diablos vive Vd ? No me acuerdo.

Dile la dirección

—¿Piensa ir?

—Cualquier día. .

Al apretarnos la mano, no pudimos menos de mirarnos en los ojos y nos echamos a reir al mismo tiempo, por centésima vez en dos horas.

—Adiós, hasta siempre.

A los pocos metros pisé con fuerza dos o tres pasos seguidos y volví la cabeza; Díaz se había vuelto también Cambiamos un último saludo, él con la mano izquierda, yo con la derecha, y apuramos el paso al mismo tiempo.

Loco, ¡maldito loco! Tenía clavada en los ojos su mirada en el café; yo había visto bien, había visto tras el farsante que me arguía al loco bruto y desconfiado! ¡Y me había visto detrás de él por las vidrieras! Sentía otra vez ansia profunda de provocarlo, hacerle ver claro que él comenzaba ya, que desconfiaba de mí, que cualquier día iba a querer hacerme esto...

*

* *

Estaba solo en mi cuarto. Era tarde ya y la casa dormía, no se sentía en ella el menor ruido Esta sensación de aislamiento fue tan nítida que inconscientemente levanté la vista y miré a los costados El gas incandescente iluminaba en fría paz las paredes Miré al pico y constaté que no sufría las leves explosiones de costumbre. Todo estaba en pleno silencio

Sabido es que basta repetirse en voz alta cinco o siete veces una palabra para perderle todo sentido y verla convertida en un vocablo nuevo y absolutamente incomprensible Eso me pasó Yo estaba solo, solo, so-lo .. ¿Qué quiere decir *solo?* Y al levantar los ojos a la pieza vi un hombre asomado apenas a la puerta, que me miraba.

Dejé un instante de respirar. Yo conocía eso ya, y sabía que tras ese comienzo no está lejos el erizamiento del pelo. Bajé la vista, prosiguiendo mi carta, pero vi de reojo que el hombre acababa de asomarse otra vez. ¡No era nada, nada! lo sabía bien Pero no pude contenerme y miré bruscamente. Había mirado; luego estaba perdido

Y todo era obra de Díaz; me había sobreexcitado con sus estúpidas persecuciones y lo estaba pagando.

Simulé olvidarme y continué escribiendo: pero el hombre estaba allí. Desde ese instante, del silencio alumbrado, de todo el espacio que quedaba tras mis espaldas, surgió la aniquilante angustia del hombre que en una casa sola no se siente solo. Y no era esto únicamente parados detrás de mí había seres. Mi carta seguía y los ojos continuaban asomados apenas en la puerta y los seres me tocaban casi. Poco a poco el hondo pavor que trataba de contener me erizó el pelo, y levantándome con toda naturalidad de que se es capaz en estos casos, fui a la puerta y la abrí de par en par. Pero yo sé a costa de qué esfuerzo pude hacerlo sin apresurarme.

No pretendí volver a escribir. ¡Díaz Vélez! No había otro motivo para que mis nervios estuvieran así. Pero estaba también completamente seguro de que una por una, dos por dos me iba a pagar todas las gracias de esa tarde.

La puerta de la calle estaba abierta aún y oí la animación de la gente que salía del teatro. Habrá ido a alguno —pensé.— Y como debe tomar el tramway de Charcas, es posible pase por aquí... Y si se le ocurre fastidiarme con sus farsas ridículas, simulando sentirse ya perseguido y sabiendo que yo voy a creer justamente que comienza a estarlo..

Golpearon a la puerta

¡El! Di un salto adentro y de un soplo apagué la lámpara. Quedéme quieto, conteniendo la respiración Esperaba con la angustia a flor de epidermis un segundo golpe

Llamaron de nuevo Y luego, al rato, sus pasos avanzaron por el patio. Se detuvieron en mi puerta y el intruso quedó inmóvil ante la oscuridad. No había nadie, eso no tenía duda Y de pronto me llamó ¡Mal-

dito sea! ¡Sabía que yo lo oía, que había apagado la luz al sentirlo y que estaba junto a la mesa sin moverme! ¡Sabía que yo estaba pensando *justamente* ésto y que esperaba, esperaba como una pesadilla oírme llamar de nuevo!

Y me llamó por segunda vez. Y luego, después de una pausa larga:

—¡Horacio!

¡Maldición!... ¿Qué tenía que ver mi nombre con esto? ¿Con qué derecho me llamaba por el nombre, ¡él que a pesar de su infamia torturante no entraba porque tenía miedo! "¡Sabe que yo lo pienso en este momento, está convencido de ello, pero ya tiene el delirio y no va a entrar!"

Y no entró Quedó un instante más sin moverse del umbral y se volvió al zaguán. Rápidamente dejé la mesa, acerquéme en puntas de pie a la puerta y asomé la cabeza. "Sabe que voy a hacer esto". Siguió sin embargo con paso tranquilo y desapareció

A raíz de lo que me acababa de pasar, aprecié en todo su valor el esfuerzo sobrehumano que suponía en el perseguido no haberse dado vuelta, sabiendo que tras sus espaldas yo lo devoraba con los ojos.

*

* *

Una semana más tarde recibía esta carta:

Mi estimado X.

Hace cuatro días que no salgo, con un fuerte resfrío Si no teme el contagio, me daría un gran gusto viniendo a charlar un rato conmigo.

Suyo affmo.

Díaz Velez

P. D — *Si ve a Lugones, dígale que me han mandado algo que le va a interesar mucho*

La carta llegóme a las dos de la tarde. Como hacía frío y pensaba salir a caminar, fui con rápido paso a lo de Lugones.

—¿Qué hace a estas horas? — me preguntó En esa época lo veía muy poco de tarde.

—Nada, Díaz Vélez le manda recuerdos.

—¿Todavía usted con su Díaz Vélez? — se rio.

—Todavía Acabo de recibir una tarjeta suya. Parece que hace ya cuatro días que no sale

Para nosotros fue evidente que ese era el principio del fin, y en cinco minutos de especulación a su respecto hicímosle hacer a Díaz un millón de cosas absurdas. Pero como yo no había contado a Lugones mi agitado día con aquél, pronto estuvo agotado el interés y me fui.

Por el mismo motivo, Lugones no comprendió poco ni mucho mi visita de esa tarde. Ir hasta su casa expresamente a comunicarle que Díaz le ofrecía más chancacas, era impensable, mas como yo me había ido enseguida, el hombre debió pensar cualquier cosa menos lo que había en realidad dentro de todo eso.

A las ocho golpeaba Di mi nombre a la sirvienta y momentos después aparecía una señora vieja de evidente sencillez provinciana — cabello liso y bata negra con interminable fila de botones forrados.

—¿Desea ver a Lucas? — me preguntó observándome con desconfianza

—Sí, señora.

—Está un poco enfermo, no sé si podrá recibirlo.

Objetéle que, no obstante, había recibido una tarjeta suya. La vieja dama me observó otra vez.

—Tenga la bondad de esperar un momento.

Volvió y me condujo a mi amigo. Díaz estaba en cama, sentado y con saco sobre la camiseta. Me presentó a la señora y ésta a mí.

—Mi tía.

Cuando se retiró

—Creía que vivía solo — le dije.

—Antes, sí, pero desde hace dos meses vivo con ella Arrime el sillón.

Ahora bien, desde que lo vi confirméme en lo que ya habíamos previsto con el otro. no tenía absolutamente ningún resfrío.

—¿Bronquitis?..

—Sí, cualquier cosa de esas...

Observé rápidamente en torno. La pieza se parecía a todas como un cuarto blanqueado a otro También él tenía gas incandescente Miré con curiosidad el pico, pero el suyo silbaba, siendo así que el mío explotaba Por lo demás, bello silencio en la casa.

Cuando bajé los ojos a él, me miraba. Hacía seguramente cinco segundos que me estaba mirando Detuve inmóvil mi vista en la suya y desde la raíz de la médula me subió un tentacular escalofrío· ¡Pero ya estaba loco! ¡El perseguido vivía ya por su cuenta a flor de ojo! En su mirada no había nada, nada fuera de su fijeza asesina.

—"Va a saltar" — me dije angustiado. Pero la obstinación cesó de pronto, y tras una rápida ojeada al techo, Díaz recobró su expresión habitual. Mirôme sonriendo y bajó la vista.

—¿Por qué no me respondió la otra noche en su cuarto?

—No sé ..

—¿Cree que no entré de miedo?

—Algo de eso..

—¿Pero cree que no estoy enfermo?

—No... ¿Por qué?

Levantó el brazo y lo dejó caer perezosamente sobre la colcha.

—Hace un rato yo lo miraba. .

—¡Dejemos! . . ¿Quiere? .

—Se me había escapado ya el loco, ¿verdad? .

—¡Dejemos, Díaz, dejemos!..

Tenía un nudo en la garganta. Cada palabra suya me hacía el efecto de un empujón más a un abismo inminente.

¡Si sigue, explota! ¡No va a poder contenerlo! Y entonces me di clara cuenta de que habíamos tenido razón ¡Se había metido en cama de miedo! Lo miré y me estremecí violentamente· ¡Ya estaba otra vez! ¡El asesino había remontado vivo a sus ojos fijos en mí! Pero como en la vez anterior. éstos, tras nueva ojeada al techo, volvieron a la luz normal

—Lo cierto es que hace un silencio endiablado aquí — me dijo.

Pasó un momento.

—¿A usted le gusta el silencio?

—Absolutamente.

—Es una entidad nefasta Da enseguida la sensación de que hay cosas que están pensando demasiado en uno .. Le planteo un problema.

—Veamos.

Los ojos le brillaban de perversa inteligencia como en otra ocasión.

—Esto supóngase que Vd. está como yo, acostado, solo desde hace cuatro días, y que Vd. — es decir, yo no he pensado en Vd. Supóngase que oiga claro una voz, ni suya ni mía, una voz clara, en cualquier

parte, detrás del ropero, en el techo —ahí en el techo, por ejemplo— llamándole, insultán .

No continuó; quedó con los ojos fijos en el techo, demudóse completamente de odio y gritó:

—¡Qué hay! ¡Qué hay!

En el fondo de mi sacudida recordé instantáneamente sus miradas anteriores, él oía en el techo la voz que lo insultaba, pero el que lo perseguía era yo Quedábale aún suficiente discernimiento para no ligar las dos cosas, sin duda ..

Tras su congestión, Díaz se había puesto espantosamente pálido Arrancóse al fin al techo y permaneció un rato inmóvil, la expresión vaga y la respiración agitada

No podía estar más allí, eché una ojeada al velador y vi el cajón entreabierto.

—"En cuanto me levante —pensé con agustia— me va a matar de un tiro". Pero a pesar de todo me puse de pie, acercándome para despedirme Díaz, con una brusca sacudida, se volvió a mí. Durante el tiempo que empleé en llegar a su lado su respiración suspendióse y sus ojos clavados en los míos adquirieron toda la expresión de un animal acorralado que ve llegar hasta él la escopeta en mira

—Que se mejore, Díaz..

No me atrevía a extender la mano; mas la razón es cosa tan violenta como la locura y cuesta horriblemente perderla. Volvió en sí y me la dio él mismo

—Venga mañana, hoy estoy mal.

—Yo creo

—No, no, venga, ¡venga! — concluyó con imperativa angustia.

Salí sin ver a nadie, sintiendo, al hallarme libre y recordar el horror de aquel hombre inteligentísimo

peleando con el techo, que quedaba curado para siempre de gracias sicológicas

Al día siguiente, a las ocho de la noche, un muchacho me entregó una tarjeta.

Señor

Lucas insiste mucho en ver a usted Si no le fuera molesto le agradecería pasara hoy por ésta su casa.

Lo saluda atte.

Deolinda S de Roldán

Yo había tenido un día agitado No podía pensar en Díaz sin verlo de nuevo gritando. en aquella horrible pérdida de toda conciencia razonable Tenía los nervios tan tirantes que el brusco silbido de una locomotora los hubiera roto

Fui, sin embargo; pero mientras caminaba el menor ruido me sacudía dolorosamente Y así, cuando al doblar la esquina vi un grupo delante de la puerta de Díaz Vélez, mis piernas se aflojaron — no de miedo concreto a algo, sino de las coincidencias, a las cosas previstas, a los cataclismos de lógica.

Oí un rumor de espanto allí

—¡Ya viene, ya viene! — Y todos se desbandaron hasta el medio de la calle. "Ya está, está loco" — me dije, con angustia de lo que podía haber pasado Corrí y en un momento estuve en la puerta

Díaz vivía en Arenales entre Bulnes y Vidt. La casa tenía un hondo patio lleno de plantas. Como en él no había luz y sí en el zaguán, más allá de éste eran profundas tinieblas.

—¿Qué pasa? — pregunté. Varios me respondieron

—El mozo que vive ahí está loco.

—Anda por el patio...

—Anda desnudo...

—Sale corriendo ..

Ansiaba saber de su tía.

—Ahí está

Me volví, y contra la ventana estaba llorando la pobre dama. Al verme redobló el llanto.

—¡Lucas! ¡Se ha enloquecido!

—¿Cuándo?.

—Hace un rato Salió corriendo de su cuarto poco después de haberle mandado ..

Sentía que me hablaban.

—¡Oiga, oiga!

Del fondo negro nos llegó un lamentable alarido

—Grita así, a cada momento .

—¡Ahí viene, ahí viene! — clamaron todos, huyendo No tuve tiempo ni fuerzas para arrancarme Sentí una carrera precipitada y sorda. y Díaz Vélez, lívido, los ojos de fuera y completamente desnudo surgió en el zaguán, llevóme por delante, hizo una mueca en la puerta y volvió corriendo al patio

—¡Salga de ahí, lo va matar! — me gritaron Hoy tiró un sillón.

Todos habían vuelto a apelotonarse en la puerta, hundiendo la mirada en las tinieblas.

—¡Oiga otra vez!

Ahora era un lamento de agonía el que llegaba de allá: — ¡Agua!. ¡Agua!...

—Ha pedido agua dos veces ..

Los dos agentes que acababan de llegar habían optado por apostarse a ambos lados del zaguán, hacia el fondo, y cuando Díaz se precipitara en éste, apoderarse de él La espera fue esta vez más ansiosa aún.

Pero pronto repitióse el alarido y tras él, el desbande.

—¡Ahí viene!

Díaz surgió, arrojó violentamente a la calle un jarro vacío, y un instante después estaba sujeto Defendióse terriblemente, pero cuando se halló imposibilitado del todo. dejó de luchar, mirando a unos y otros con atónita y jadeante sorpresa. No me reconoció ni demoré más tiempo allí

*

* *

A la mañana siguiente fui a almorzar con Lugones y contéle toda la historia — serios esta vez.

—Lástima; era muy inteligente

—Demasiado — apoyé, recordando

Esto pasaba en junio de mil novecientos tres.

—Hagamos una cosa — me dijo aquél ¿Por qué no se viene a Misiones? Tendremos algo que hacer

Fuimos y regresamos a los cuatro meses, él con toda la barba y yo con el estómago perdido.

Díaz estaba en un Instituto Desde entonces — la crisis duró dos días — no había tenido nada Cuando fui a visitarlo me recibió efusivamente

—Creía no verlo más. ¿Estuvo afuera?

—Sí, un tiempo. . ¿vamos bien?

—Perfectamente. espero sanar del todo antes de fin de año

No pude menos de mirarlo.

—Sí — se sonrió. — Aunque no siento absolutamente nada, me parece prudente esperar unos cuantos meses Y en el fondo, desde aquella noche no he tenido ninguna otra cosa.

—¿Se acuerda?...

—No, pero me lo contaron. Debería de quedar muy gracioso desnudo.

Entretuvímonos un rato más.

—Vea —me dijo seriamente— voy a pedirle un favor Venga a verme a menudo. No sabe el fastidio que me dan estos señores con sus inocentes cuestionarios y trampas Lo que consiguen es agriarme, suscitándome ideas de las cuales no quiero acordarme. Estoy seguro de que en una compañía un poco más inteligente me curaré del todo.

Se lo prometí honradamente Durante dos meses volví con frecuencia, sin que acusara jamás la menor falla, y aún tocando a veces nuestras viejas cosas

Un día hallé con él a un médico interno. Díaz me hizo una ligera guiñada y me presentó gravemente a su tutor Charlamos bien como tres amigos juiciosos. No obstante, notaba en Díaz Vélez —con cierto placer, lo confieso— cierta endiablada ironía en todo lo que decía a su médico. Encaminó hábilmente la conversación a los pensionistas y pronto puso en tablas su propio caso.

—Pero Vd. es distinto —objetó aquél.— Vd. está curado.

—No tanto, puesto que consideran que aún debo estar aquí.

—Simple precaución . Vd. mismo comprende.

—¿De qué vuelva aquello?.. Pero Vd. no cree que será imposible, absolutamente imposible conocer nunca cuándo estaré cuerdo — sin precaución, ¿como Vd. dice? ¡No puedo, yo creo, ser más cuerdo que ahora!

—¡Por ese lado, no! — se rio alegremente.

Díaz tornó a hacerme otra imperceptible guiñada.

—No me parece que se pueda tener mayor cordura consciente que ésta — permítame Ustedes saben, como yo, que he sido perseguido, que una noche tuve una crisis, que estoy aquí hace seis meses, y que todo tiempo es corto para una garantía absoluta de que las cosas no retornarán Perfectamente Esta precaución sería sensata si yo no viera claro todo esto y no argumentara buenamente . Sé que Vd. recuerda en este momento las locuras lúcidas, y me compara a aquel loco de La Plata que normalmente se burlaba de una escoba a la cual creía su mujer en los malos momentos, pero que riéndose y todo de sí mismo, no apartaba de ella la vista, para que nadie la tocara . Sé también que esta perspicacia excesiva para seguir el juicio del médico mientras se cuenta el caso hermano del nuestro es cosa muy de loco . y la misma agudeza del análisis, no hace sino confirmarlo... Pero, — aún en este caso — ¿de qué manera, de qué otro modo podría defenderse un cuerdo?

—¡No hay otro, absolutamente otro! — se echó a reir el interrogado Díaz me miró de reojo y se encogió de hombros sonriendo

Tenía real deseo de saber qué pensaría el médico de esa extralucidez En otra época yo la había apreciado a costa del desorden de todos mis nervios Echéle una ojeada, pero el hombre no parecía haber sentido su influencia. Un momento después salíamos.

—¿Le parece? . — le pregunté.

—¡Hum! .. creo que sí. — me respondió mirando el patio de costado... Volvió bruscamente la cabeza.

—¡Vea, vea! — me dijo apretándome el brazo.

Díaz, pálido, los ojos dilatados de terror y odio, se acercaba cautelosamente a la puerta, como seguramente lo había hecho siempre — *mirándome*

—¡Ah! ¡bandido! — me gritó levantando la mano — ¡Hace ya dos meses que te veo venir!...

EL ALMOHADON DE PLUMA

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. El, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y

días, Alicia no se reponía nunca Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él Miraba indiferente a uno y otro lado De pronto Jordán con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja — Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada . . Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio Pasábanse horas sin oir el menor ruido. Alicia dormitaba Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesurada-

mente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! — clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst . . . — se encogió de hombros desalentado su médico. — Es un caso serio . . poco hay que hacer. .

—¡Sólo eso me faltaba! — resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas olas de sangre. Tenía siem-

pre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja.— En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras — murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz — le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? — murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho — articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó, pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós — sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca — su trompa, mejor dicho — a las sienes de aquella, chupándole la sangre La picadura era casi imperceptible La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

LA INSOLACION

El cachorro Old salió por la puerta y atravesó el patio con paso recto y perezoso. Se detuvo en la linde del pasto, estiró al monte, entrecerrando los ojos, la nariz vibrátil y se sentó tranquilo Veía la monótona llanura del Chaco, con sus alternativas de campo y monte, monte y campo, sin más color que el crema del pasto y el negro del monte Este cerraba el horizonte, a doscientos metros, por tres lados de la chacra Hacia el oeste, el campo se ensanchaba y extendía en abra, pero que la ineludible línea sombría enmarcaba a lo lejos.

A esa hora temprana, el confín, ofuscante de luz a mediodía, adquiría reposada nitidez. No había una nube ni un soplo de viento. Bajo la calma del cielo plateado, el campo emanaba tónica frescura que traía al alma pensativa, ante la certeza de otro día de seca, melancolías de mejor compensado trabajo

Milk, el padre del cachorro, cruzó a su vez el patio y se sentó al lado de aquél, con perezoso quejido de bienestar. Permanecían inmóviles, pues aún no había moscas.

Old, que miraba hacía rato la vera del monte, observó

—La mañana es fresca

Milk siguió la mirada del cachorro y quedó con la vista fija, parpadeando distraído. Después de un momento, dijo

—En aquel árbol hay dos halcones

Volvieron la vista indiferente a un buey que pasaba, y continuaron mirando por costumbre las cosas

Entretanto, el oriente comenzaba a empurpurarse en abanico, y el horizonte había perdido ya su matinal precisión. Milk cruzó las patas delanteras y sintió leve dolor. Miró sus dedos sin moverse, decidiéndose por fin a olfatearlos. El día anterior se había sacado un pique, y en recuerdo de lo que había sufrido lamió extensamente el dedo enfermo

—No podía caminar — exclamó, en conclusión.

Old no entendió a qué se refería Milk agregó·

—Hay muchos piques.

Esta vez el cachorro comprendió Y repuso por su cuenta, después de largo rato:

—Hay muchos piques

Callaron de nuevo, convencidos.

El sol salió, y en el primer baño de luz las pavas del monte lanzaron al aire puro el tumultuoso trompeteo de su charanga Los perros, dorados al sol oblicuo, entornaron los ojos, dulcificando su molicie en beato pestañeo. Poco a poco la pareja aumentó con la llegada de los otros compañeros Dick, el taciturno preferido; Prince, cuyo labio superior, partido por un coatí, dejaba ver dos dientes, e Isondú, de nombre indígena. Los cinco fox-terriers, tendidos y muertos de bienestar, durmieron.

Al cabo de una hora irguieron la cabeza; por el lado opuesto del bizarro rancho de dos pisos —el inferior de barro y el alto de madera, con corredores y baranda de chalet— habían sentido los pasos de su dueño que bajaba la escalera. Mister Jones, la toalla al hombro, se detuvo un momento en la esquina del rancho y miró el sol, alto ya. Tenía aún la mi-

rada muerta y el labio pendiente tras su solitaria velada de whisky, más prolongada que las habituales

Mientras se lavaba los perros se acercaron y le olfatearon las botas, meneando con pereza el rabo. Como las fieras amaestradas, los perros conocen el menor indicio de borrachera en su amo Se alejaron con lentitud a echarse de nuevo al sol Pero el calor creciente les hizo presto abandonar aquel por la sombra de los corredores.

El día avanzaba igual a los precedentes de todo ese mes, seco, límpido, con catorce horas de sol calcinante que parecía mantener el cielo en fusión, y que en un instante resquebrajaba la tierra mojada en costras blanquecinas. Míster Jones fue a la chacra, miró el trabajo del día anterior y retornó al rancho En toda esa mañana no hizo nada Almorzó y subió a dormir la siesta

Los peones volvieron a las dos a la carpición, no obstante la hora de fuego, pues los yuyos no dejaban el algodonal. Tras ellos fueron los perros, muy amigos del cultivo, desde que el invierno pasado hubieran aprendido a disputar a los halcones los gusanos blancos que levantaba el arado. Cada uno se echó bajo un algodonero, acompañando con su jadeo los golpes sordos de la azada.

Entretanto el calor crecía En el paisaje silencioso y enceguecíente de sol, el aire vibraba a todos lados, dañando la vista. La tierra removida exhalaba vaho de horno, que los peones soportaban sobre la cabeza, envuelta hasta las orejas en el flotante pañuelo, con el mutismo de sus trabajos de chacra. Los perros cambiaban a cada rato de planta, en procura de más fresca sombra. Tendíanse a lo largo, pero la fatiga

los obligaba a sentarse sobre las patas traseras para respirar mejor.

Reverberaba ahora delante de ellos un pequeño páramo de greda que ni siquiera se había intentado arar. Allí, el cachorro vio de pronto a Mister Jones que lo miraba fijamente, sentado sobre un tronco. Old se puso en pie, meneando el rabo. Los otros levantáronse también, pero erizados.

—¡Es el patrón! — exclamó el cachorro, sorprendido de la actitud de aquéllos.

—No, no es él, — replicó Dick.

Los cuatro perros estaban juntos gruñendo sordamente, sin apartar los ojos de Mister Jones, que continuaba inmóvil, mirándolos. El cachorro, incrédulo, fue a avanzar, pero Prince le mostró los dientes:

—No es él, es la Muerte.

El cachorro se erizó de miedo y retrocedió al grupo.

—¿Es el patrón muerto? — preguntó ansiosamente.

Los otros, sin responderle, rompieron a ladrar con furia, siempre en actitud de miedoso ataque. Sin moverse, Mister Jones se desvaneció en el aire ondulante.

Al oír los ladridos, los peones habían levantado la vista, sin distinguir nada. Giraron la cabeza para ver si había entrado algún caballo en la chacra, y se doblaron de nuevo.

Los fox-terriers volvieron al paso al rancho. El cachorro, erizado aún, se adelantaba y retrocedía con cortos trotes nerviosos, y supo de la experiencia de sus compañeros que cuando una cosa va a morir, aparece antes.

—¿Y cómo saben que ése que vimos no era el patrón vivo? — preguntó.

—Porque no era él, — le respondieron displicentes

—Luego la Muerte, y con ella el cambio de dueño, las miserias, las patadas, estaba sobre ellos! Pasaron el resto de la tarde al lado de su patrón, sombríos y alerta. Al menor ruido gruñían, sin saber adonde Mister Jones sentíase satisfecho de su guardiana inquietud.

Por fin el sol se hundió tras el negro palmar del arroyo, y en la calma de la noche plateada, los perros se estacionaron alrededor del rancho, en cuyo piso alto Mister Jones recomenzaba su velada de whisky A media noche oyeron sus pasos, luego la doble caída de las botas en el piso de tablas, y la luz se apagó Los perros, entonces, sintieron más el próximo cambio de dueño, y solos, al pie de la casa dormida, comenzaron a llorar. Lloraban en coro, volcando sus sollozos convulsivos y secos, como masticados, en un aullido de desolación, que la voz cazadora de Prince sostenía, mientras los otros tomaban el sollozo de nuevo. El cachorro ladraba La noche avanzaba, y los cuatro perros de edad, agrupados a la luz de la luna, el hocico extendido e hinchado de lamentos — bien alimentados y acariciados por el dueño que iban a perder — continuaban llorando su doméstica miseria

A la mañana siguiente Mister Jones fue él mismo a buscar las mulas y las unció a la carpidora, trabajando hasta las nueve No estaba satisfecho, sin embargo. Fuera de que la tierra no había sido nunca bien rastreada, las cuchillas no tenían filo, y con el paso rápido de las mulas, la carpidora saltaba Volvió con ésta y afiló sus rejas, pero un tornillo en que ya al comprar la máquina había notado una falla, se rompió al armarla Mandó un peón al obraje próximo, recomendándole el caballo, un buen animal,

pero asoleado Alzó la cabeza al sol fundente de mediodía e insistió en que no galopara un momento. Almorzó enseguida y subió. Los perros, que en la mañana no habían dejado un segundo a su patrón, se quedaron en los corredores

La siesta pesaba, agobiada de luz y silencio Todo el contorno estaba brumoso por las quemazones Alrededor del rancho la tierra blanquizca del patio, deslumbraba por el sol a plomo, parecía deformarse en trémulo hervor, que adormecía los ojos parpadeantes de los fox-terriers.

—No ha aparecido más — dijo Milk

Old, al oir *aparecido,* levantó las orejas sobre los ojos.

Esta vez el cachorro, incitado por la evocación, se puso en pie y ladró, buscando a qué. Al rato calló con el grupo, entregado a su defensiva cacería de moscas

—No vino más — agregó Isondú.

—Había una lagartija bajo el raigón, — recordó por primera vez Prince.

Una gallina, el pico abierto y las alas apartadas del cuerpo, cruzó el patio incandescente con su pesado trote de calor. Prince la siguió perezosamente con la vista, y saltó de golpe

—¡Viene otra vez! — gritó.

Por el norte del patio avanzaba solo el caballo en que había ido el peón. Los perros se arquearon sobre las patas, ladrando con prudente furia a la Muerte que se acercaba. El animal caminaba con la cabeza baja, aparentemente indeciso sobre el rumbo que iba a seguir Al pasar frente al rancho dio unos cuantos pasos en dirección al pozo, y se degradó progresivamente en la cruda luz.

Mister Jones bajó; no tenía sueño. Disponíase a proseguir el montaje de la carpidora, cuando vio llegar inesperadamente al peón a caballo. A pesar de su orden, tenía que haber galopado para volver a esa hora. Culpólo, con toda su lógica nacional, a lo que el otro respondía con evasivas razones Apenas libre y concluida su misión, el pobre caballo, en cuyos ijares era imposible contar el latido, tembló agachando la cabeza, y cayó de costado Mister Jones mandó al peón a la chacra, con el rebenque aún en la mano, para no echarlo si continuaba oyendo sus jesuíticas disculpas.

Pero los perros estaban contentos La Muerte, que buscaba a su patrón, se había conformado con el caballo. Sentíanse alegres, libres de preocupación, y en consecuencia disponíanse a ir a la chacra tras el peón, cuando oyeron a Mister Jones que gritaba a éste, lejos ya, pidiéndole el tornillo. No había tornillo· el almacén estaba cerrado, el encargado dormía, etc Mister Jones, sin replicar, descolgó su casco y salió él mismo en busca del utensilio. Resistía el sol como un peón, y el paseo era maravilloso contra su mal humor.

Los perros lo acompañaron, pero se detuvieron a la sombra del primer algarrobo, hacía demasiado calor. Desde allí, firmes en las patas, el ceño contraído y atento, lo veían alejarse. Al fin el temor a la soledad pudo más, y con agobiado trote siguieron tras él.

Mister Jones obtuvo su tornillo y volvió. Para acortar distancia, desde luego, evitando la polvorienta curva del camino, marchó en línea recta a su chacra Llegó al macho y se internó en el pajonal, el diluviano pajonal del Saladito, que ha crecido, secado y retoñado desde que hay paja en el mundo, sin cono-

cer fuego Las matas, arqueadas en bóveda a la altura del pecho, se entrelazaban en bloques macizos. La tarea de cruzarlo, sería ya con día fresco, era muy dura a esa hora. Mister Jones lo atravesó, sin embargo, braceando entre la paja restallante y polvorienta por el barro que dejaban las crecientes, ahogado de fatiga y acres vahos de nitratos

Salió por fin y se detuvo en la linde; pero era imposible permanecer quieto bajo ese sol y ese cansancio Marchó de nuevo Al calor quemante que crecía sin cesar desde tres días atrás. agregábase ahora el sofocamiento del tiempo descompuesto El cielo estaba blanco y no se sentía un soplo de viento. El aire faltaba, con angustia cardíaca que no permitía concluir la respiración.

Mister Jones se convenció de que había traspasado su límite de resistencia. Desde hacía rato le golpeaba en los oídos el latido de las carótidas. Sentíase en el aire, como si dentro de la cabeza le empujaran el cráneo hacia arriba. Se mareaba mirando el pasto Apresuró la marcha para acabar con eso de una vez, y de pronto volvió en sí y se halló en distinto paraje había caminado media cuadra sin darse cuenta de nada Miró atrás y la cabeza se le fue en un nuevo vértigo.

Entretanto, los perros seguían tras él, trotando con toda la lengua de fuera A veces, asfixiados, deteníanse en las sombras de un espartillo; se sentaban precipitando su jadeo, pero volvían al tormento del sol Al fin, como la casa estaba ya próxima, apuraron el trote Fue en ese momento cuando Old, que iba adelante, vio tras el alambrado de la chacra a Mister Jones, vestido de blanco, que caminaba hacia ellos

El cachorro, con súbito recuerdo, volvió la cabeza a su patrón, y confrontó.

—¡La Muerte, la Muerte! — aulló.

Los otros lo habían visto también, y ladraban erizados. Vieron que atravesaba el alambrado, y un instante creyeron que se iba a equivocar; pero al llegar a cien metros se detuvo, miró el grupo con sus ojos celestes, y marchó adelante

—¡Que no camine ligero el patrón! — exclamó Prince.

—¡Va a tropezar con él! — aullaron todos.

En efecto, el otro, tras breve hesitación, había avanzado, pero no directamente sobre ellos como antes, sino en línea oblicua y en apariencia errónea, pero que debía llevarlo justo al encuentro de Mister Jones. Los perros comprendieron que esta vez todo concluía, porque su patrón continuaba caminando a igual paso como un autómata, sin darse cuenta de nada El otro llegaba ya Hundieron el rabo y corrieron de costado, aullando Pasó un segundo, y el encuentro se produjo Mister Jones se detuvo, giró sobre sí mismo y se desplomó

Los peones, que lo vieron caer, lo llevaron a prisa al rancho, pero fue inútil toda el agua; murió sin volver en sí. Mister Moore, su hermano materno, fue de Buenos Aires, estuvo una hora en la chacra y en cuatro días liquidó todo, volviéndose enseguida al sur. Los indios se repartieron los perros que vivieron en adelante flacos y sarnosos, e iban todas las noches con hambriento sigilo a robar espigas de maíz en las chacras ajenas

EL MONTE NEGRO

Cuando los asuntos se pusieron decididamente mal, Borderán y Cía., capitalistas de la empresa Quebracho y Tanino del Chaco, quitaron a Braccamonte la gerencia. A los dos meses la empresa, falta de la vivacidad del italiano, que era en todo caso el único capaz de haberla salvado, iba a la liquidación. Borderán acusó furiosamente a Braccamonte por no haber visto que el quebracho era pobre, que la distancia a puerto era mucha; que el tanino iba a bajar; que no se hacen contratos de soga al cuello en el Chaco —léase chasco— que, según informes, los bueyes eran viejos y las alzaprimas, más, etc., etc. En una palabra, que no entendía de negocios

Braccamonte, por su parte, gritaba que los famosos 100 000 pesos invertidos en la empresa, lo fueron con una parsimonia tal, que cuando él pedía 4 000 pesos, enviábanle 3 500, 2 000, 1 800 Y así todo. Nunca consiguió la cantidad exacta. Aun a la semana, de un telegrama recibió 800 pesos en vez de 1 000 que había pedido

Total lluvias inacabables, acreedores urgentes, la liquidación, y Braccamonte en la calle, con 10 000 pesos de deuda.

Este solo detalle debería haber bastado para justificar la buena fe de Braccamonte, dejando a su completo cargo la deficiencia de dirección. Pero la condena pública fue absoluta: mal gerente, pésimo administrador, y aún cosas más graves.

En cuanto a su deuda, los mayoristas de la localidad perdieron desde el primer momento toda esperanza de satisfacción. Hízose broma de esto en Resistencia.

"¿Y usted no tiene cuentas con Braccamonte?" — era lo primero que se decían dos personas al encontrarse. Y las carcajadas crecían si, en efecto, acertaban. Concedían a Braccamonte ojo perspicaz para adivinar un negocio, pero sólo eso. Hubieran deseado menos cálculos brillantes y más actividad reposada. Negábanle, sobre todo, experiencia del terreno. No era posible llegar así a un país y triunfar de golpe en lo más difícil que hay en él. No era capaz de una tarea ruda y juiciosa, y mucho menos visto el cuidado que el advenedizo tenía de su figura: no era hombre de trabajo.

Ahora bien, aunque a Braccamonte le dolía la falta de fe en su honradez, ésta le exasperaba menos, a fuer de italiano ardiente, que la creencia de que él no fuera capaz de ganar dinero. Con su hambre de triunfo, rabiaba tras ese primer fracaso.

Pasó un mes nervioso, hostigando su imaginación. Hizo dos o tres viajes al Rosario, donde tenía amigos, y por fin dio con su negocio: comprar por menos de nada una legua de campo en el suroeste de Resistencia y abrirle salida al Paraná, aprovechando el alza del quebracho.

En esa región de esteros y zanjones la empresa era fuerte, sobre todo debiendo efectuarla a todo vapor, pero Braccamonte ardía como un tizón. Asocióse con Banker, sujeto inglés, viejo contratista de obraje, y a los tres meses de su bancarrota emprendía marcha al Salado, con bueyes, carretas, mulas y útiles. Como obra preparatoria tuvieron que construir sobre el Sa-

lado una balsa de 40 bordalesas Braccamonte, con su ojo preciso de ingeniero nato, dirigía los trabajos.

Pasaron Marcharon luego dos días, arrastrando penosamente las carretas y alzaprimas hundidas en el estero, y llegaron al fin al Monte Negro.

Sobre la única loma del país hallaron agua a tres metros, y el pozo se afianzó con cuatro bordalesas desfondadas. Al lado levantaron el rancho campal, y enseguida comenzó la tarea de los puentes Las cinco leguas desde el campo al Paraná estaban cortadas por zanjones y riachos, en que los puentes eran indispensables. Se cortaban palmas en la barranca y se las echaba en sentido longitudinal a la corriente, hasta llenar la zanja. Se cubría todo con tierra, y una vez pasados bagajes y carretas avanzaban todos hacia el Paraná

Poco a poco se alejaban del rancho, y a partir del quinto puente tuvieron que acampar sobre el terreno de operaciones. El undécimo fue la obra más seria de la campaña El riacho tenía 60 metros de ancho, y allí no era utilizable el desbarrancamiento en montón de palmas Fue preciso construir en forma pilares de palmeras, que se comenzaron arrojando las palmas, hasta lograr con ellas un piso firme. Sobre este piso colocaban una línea de palmeras niveladas, encima otra transversal, luego una longitudinal, y así hasta conseguir el nivel de la barranca Sobre el plano superior tendían una línea definitiva de palmas, afirmadas con clavos de urunday a estacones verticales, que afianzaban el primer pilar del puente. Desde esta base repetían el procedimiento, avanzando otros cuatro metros hacia la barranca opuesta. En cuanto al agua, filtraba sin ruido por entre los troncos

Pero esa tarea fue lenta, pesadísima, en un terrible verano, y duró dos meses. Como agua, artículo principal, tenían la límpida, si bien oscura, del riacho Un día, sin embargo, después de una noche de tormenta, aquél amaneció plateado de peces muertos. Cubrían el riacho y derivaban sin cesar. Recién al anochecer, disminuyeron. Días después pasaba aún uno que otro. A todo evento, los hombres se abstuvieron por una semana de tomar esa agua, teniendo que enviar un peón a buscar la del pozo, que llegaba tibia.

No era sólo esto Los bueyes y mulas se perdían de noche en el campo abierto, y los peones, que salían al aclarar, volvían con ellos ya alto el sol, cuando el calor agotaba a los bueyes en tres horas Luego pasaban toda la mañana en el riacho, luchando, sin un momento de descanso, contra la falta de iniciativa de los peones, teniendo que estar en todo, escogiendo las palmas, dirigiendo el derrumbe, afirmando, con los brazos arremangados, los catres de los pilares, bajo el sol de fuego y el vaho asfixiante del pajonal, hinchados por tábanos y barigüís La greda amarilla y reverberante del palmar les irritaba los ojos y quemaba los pies De vez en cuando sentíanse detenidos por la vibración crepitante de una serpiente de cascabel, que sólo se hacía oír cuando estaban a punto de pisarla.

Concluida la mañana, almorzaban Comían, mañana y noche, un plato de locro, que mantenían alejado sobre las rodillas, para que el sudor no cayera dentro, bajo un cobertizo hecho con cuatro chapas de zinc, que enceguecían entre moarés de aire caldeado. Era tal allí el calor, que no se sentía entrar el aire en los pulmones. Las barretas de fierro quemaban en la sombra.

Dormían la siesta, defendidos de los polvorines por mosquiteros de gasa que, permitiendo apenas pasar el aire, levantaban aún la temperatura Con todo, ese martirio era preferible al de los polvorines.

A las dos volvían a los puentes, pues debían a cada momento reemplazar a un peón que no comprendía bien — hundidos hasta las rodillas en el fondo podrido y fofo del riacho, que burbujeaba a la menor remoción, exhalando un olor nauseabundo Como en estos casos no podían separar las manos del tronco, que sostenían en alto a fuerza de riñones, los tábanos los aguijoneaban a mansalva

Pero, no obstante esto, el momento verdaderamente duro era el de la cena. A esa hora el estero comenzaba a zumbar, y enviaba sobre ellos nubes de mosquitos, tan densas, que tenían que comer el plato de locro caminando de un lado para otro. Aun así no lograban paz, o devoraban mosquitos o eran devorados por ellos. Dos minutos de esta tensión acababa con los nervios más templados.

En estas circunstancias, cuando acarreaban tierra al puente grande, llovió cinco días seguidos, y el charque se concluyó Los zanjones, desbordados, imposibilitaban nueva provista, y tuvieron que pasar quince días a locro guacho — maíz cocido en agua únicamente —. Como el tiempo continuó pesado, los mosquitos recrudecieron en forma tal que ya ni caminando era posible librar el locro de ellos En una de esas tardes, Banker, que se paseaba entre un oscuro nimbo de mosquitos, sin hablar una palabra, tiró de pronto el plato contra el suelo, y dijo que no era posible vivir más así, que eso no era vida, que él se iba. Fue menester todo el calor elocuente de Braccamonte, y en especial la evocación del muy serio

contrato entre ellos para que Banker se calmara. Pero Braccamonte, en su interior, había pasado tres días maldiciéndose a sí mismo por esa estúpida empresa.

El tiempo se afirmó por fin, y aunque el calor creció y el viento norte sopló su fuego sobre las caras, sentíase el aire en el pecho por lo menos. La vida suavizóse algo —más carne y menos mosquitos de comida—, y concluyeron por fin el puente grande, tras dos meses de penurias. Había devorado 2 700 palmas. La mañana en que echaron la última palada de tierra, mientras las carretas lo cruzaban entre la gritería de triunfo de los peones, Braccamonte y Banker, parados uno al lado del otro, miraron largo rato su obra común, cambiando cortas observaciones a su respecto, que ambos comprendían sin oírlas casi

Los demás puentes, pequeños todos, fueron un juego, además de que al verano había sucedido un seco y frío otoño. Hasta que por fin llegaron al río.

Así, en seis meses de trabajo rudo y tenaz, quebrantos y cosas amargas, mucho más para contadas que pasadas, los dos socios construyeron 14 puentes, con la sola ingeniería de su experiencia y de su decisión incontrastable. Habían abierto puerto a la madera sobre el Paraná, y la especulación estaba hecha. Pero salieron de ella las mejillas excavadas, las duras manos jaspeadas por blancas cicatrices de granos, y con rabiosas ganas de sentarse en paz a una mesa con mantel.

Un mes después —el quebracho siempre en suba—, Braccamonte había vendido su campo, comprado en 8 000 pesos, en 22 000. Los comerciantes de Resistencia no cupieron de satisfacción al verse pagados, cuando ya no lo esperaban — aunque creyendo siempre que en la cabeza del italiano había más fantasía que otra cosa

LOS CAZADORES DE RATAS

Una siesta de invierno, las víboras de cascabel, que dormían extendidas sobre la greda, se arrollaron bruscamente al oír insólito ruido. Como la vista no es su agudeza particular, mantuviéronse inmóviles, mientras prestaban oído

—Es el ruido que hacían aquéllos.. —murmuró la hembra.

—Sí, son voces de hombre, son hombres — afirmó el macho.

Y pasando una por encima de la otra se retiraron veinte metros Desde allí miraron Un hombre alto y rubio y una mujer rubia y gruesa se habían acercado y hablaban observando los alrededores. Luego el hombre midió el suelo a grandes pasos, en tanto que la mujer clavaba señales en los extremos de cada recta. Conversaron después, señalandose mutuamente distintos lugares, y por fin se alejaron

—Van a vivir aquí, —dijeron las víboras —. Tendremos que irnos.

En efecto, al día siguiente llegaron los colonos con un hijo de tres años y una carreta en que había catres, cajones, herramientas sueltas y gallinas atadas a la baranda Instalaron la carpa, y durante semanas trabajaron todo el día. La mujer interrumpíase para cocinar, y el hijo, un osezno blanco, gordo y rubio, ensayaba de un lado a otro su infantil marcha de pato

Tal fue el esfuerzo de la gente aquella, que al cabo de un mes tenían pozo, gallinero y rancho prontos — aunque a éste faltaban aún las puertas. Después

el hombre ausentóse por todo un día, volviendo al siguiente con ocho bueyes, y la chacra comenzó

Las víboras, entretanto, no se decidían a irse de su paraje natal Solían llegar hasta la linde del pasto carpido, y desde allí miraban la faena del matrimonio. Un atardecer en que la familia entera había ido a la chacra, las víboras, animadas por el silencio, se aventuraron a cruzar el peligroso páramo y entraron en el rancho. Recorriéronlo con cauta curiosidad, restregando su piel áspera contra las paredes

Pero allí había ratas, y desde entonces tomaron cariño a la casa Llegaban todas las tardes hasta el límite del patio y esperaban atentas que aquella quedara sola Raras veces tenían esa dicha — y a más, debían precaverse de las gallinas con pollos, cuyos gritos, si las veían, delatarían su presencia

De este modo, un crepúsculo en que la larga espera habíalas distraído, fueron descubiertas por una gallineta, que después de mantener un rato el pico extendido, huyó a toda ala abierta, gritando Sus compañeras comprendieron el peligro sin ver, y la imitaron.

El hombre, que volvía del pozo con un balde, se detuvo al oir los gritos Miró un momento, y dejando el balde en el suelo se encaminó al paraje sospechoso Al sentir su aproximación, las víboras quisieron huir, pero sólo una tuvo el tiempo necesario, y el colono halló sólo al macho. El hombre echó una rápida ojeada alrededor buscando un arma y llamó — los ojos fijos en el rollo oscuro

—¡Hilda! ¡Alcánzame la azada, ligero! ¡Es una serpiente de cascabel!

La mujer corrió y entregó ansiosa la herramienta a su marido. El filo de la azada descargada con terrible fuerza, cercenó totalmente la cabeza

Tiraron luego lejos, más allá del gallinero, el cuerpo muerto, y la hembra lo halló por casualidad al otro día. Cruzó y recruzó cien veces por encima de él, y se alejó al fin, yendo a instalarse como siempre en la linde del pasto, esperando pacientemente que la casa quedara sola.

La siesta calcinaba el paisaje en silencio, la víbora había cerrado los ojos amodorrada, cuando de pronto se replegó vivamente: acababa de ser descubierta de nuevo por las gallinetas, que quedaron esta vez girando en torno suyo a gritos y ala abierta. La víbora mantúvose quieta, prestando oído. Sintió al rato ruido de pasos — la Muerte. Creyó no tener tiempo de huir, y se aprestó con toda su energía vital a defenderse.

En la casa dormían todos, menos el chico. Al oír los gritos de las gallinetas, apareció en la puerta, y el sol quemante le hizo cerrar los ojos. Titubeó un instante, perezoso, y al fin se dirigió con su marcha de pato a ver a sus amigas las gallinetas. En la mitad del camino se detuvo, indeciso de nuevo, evitando el sol con el brazo. Pero las gallinetas continuaban en girante alarma, y el osezno rubio avanzó.

De pronto lanzó un grito y cayó sentado. La víbora, presta de nuevo a defender su vida, deslizóse dos metros y se replegó. Vio a la madre en enaguas y los brazos desnudos asomarse inquieta, y correr hacia su hijo, levantarlo y gritar aterrada:

—¡Otto, Otto! ¡Lo ha picado una víbora!

Vio llegar al hombre, pálido, y llevar en sus brazos a la criatura atontada. Oyó la carrera de la mujer al pozo, sus voces, y al rato, después de una pausa, su alarido desgarrador:

—¡Hijo mío!

LA GALLINA DEGOLLADA

Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos y volvían la cabeza con la boca abierta

El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial. como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón

El mayor tenía doce años, y el menor ocho En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital. un hijo ¿Qué mayor dicha

para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoismo de un mútuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció, bella y radiante, hasta que tuvo año y medio Pero en el vigésimo mes sucudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento, pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo, había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! — sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito

El padre, desolado, acompañó al médico afuera

—A usted se le puede decir, creo que es un caso perdido Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí! ¡sí! —asentía Mazzini—. Pero dígame ¿Usted cree que es herencia, que? ..

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo Tuvo asimismo que con-

solar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito: ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas de dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa, pero no se pudo obtener nada más.

Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos, pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombres: *tus* hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece — díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos — que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

—Es la primera vez — repuso al rato — que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada.

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así? — alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente·

—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

—¡Ah, no! — se sonrió Berta, muy pálida — ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!... — murmuró.

—¿Qué, no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos! — articuló, secándose por fin las manos

—Como quieras; pero si queres decir..

—¡Berta!

—¡Como quieras!

Este fue el primer choque y le sucedieron otros Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebato y locura por otro hijo

Nació así una niña Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto, y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición, es, cuando ya se comenzó,

a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mútua falta de éxito, ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar mas despacio? ¿Cuántas veces?...

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa:

—¡No, no te creo tanto!

—Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a tí . ¡tisiquilla!

—¡Qué! ¿Qué dijiste?...

—¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira. ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

—¡Sí, víbora, sí! ¿Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar frescura a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación . Rojo... rojo. .

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos

—¡Que salgan, María! ¡Echelos! ¡Echelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco

Después de almorzar, salieron todos La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron, pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco El sol había transpuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco Su hermana, cansada de cinco horas paternales, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta Quería trepar, eso no ofrecía duda Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerro, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltáme! ¡Déjame! — gritó sacudiendo la pierna Pero fue atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! — lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma . — No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oir la voz de su hija.

—Me parece que te llama — le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más Con todo, un momento después se despidieron. y mientras Berta iba a dejar su sombrero. Mazzini avanzó en el patio.

—¡Bertita!

Nadie respondió

—¡Bertita! — alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! — corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oir el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

EL PERRO RABIOSO

El 20 de marzo de este año, los vecinos de un pueblo del Chaco santafecino persiguieron a un hombre rabioso que en pos de descargar su escopeta contra su mujer, mató de un tiro a un peón que cruzaba delante de él Los vecinos, armados, lo rastrearon en el monte como a una fiera, hallándolo por fin trepado en un árbol, con su escopeta aún, y aullando de un modo horrible. Viéronse en la necesidad de matarlo de un tiro.

. . . .

Marzo 9 —

Hoy hace treinta y nueve días, hora por hora, que el perro rabioso entró de noche en nuestro cuarto Si un recuerdo ha de perdurar en mi memoria, es el de las dos horas que siguieron a aquel momento.

La casa no tenía puertas sino en la pieza que habitaba mamá, pues como había dado desde el principio en tener miedo, no hice otra cosa, en los primeros días de urgente instalación, que aserrar tablas para las puertas y ventanas de su cuarto. En el nuestro, y a la espera de mayor desahogo de trabajo, mi mujer se había contentado —verdad que bajo un poco de presión por mi parte— con magníficas puertas de arpillera. Como estábamos en verano, este detalle de riguroso ornamento no dañaba nuestra salud ni nuestro miedo Por una de estas arpilleras, la que da al corredor central, fue por donde entró y me mordió el perro rabioso.

Yo no sé si el alarido de un epiléptico da a los demás la sensación de clamor bestial y fuera de toda humanidad que me produce a mí. Pero estoy seguro de que el aullido de un perro rabioso, que se obstina de noche alrededor de nuestra casa, provocará en todos la misma fúnebre angustia. Es un grito corto, estrangulado, de agonía, como si el animal boqueara ya, y todo él empapado en cuanto de lúgubre sugiere un animal rabioso.

Era un perro negro, grande, con las orejas cortadas. Y para mayor contrariedad, desde que llegáramos no había hecho más que llover. El monte cerrado por el agua, las tardes rápidas y tristísimas, apenas salíamos de casa, mientras la desolación del campo, en un temporal sin tregua, había ensombrecido al exceso el espíritu de mamá

Con esto, los perros rabiosos Una mañana el peón nos dijo que por su casa había andado uno la noche anterior, y que había mordido al suyo. Dos noches antes, un perro barcino había aullado *feo* en el monte Había muchos, según él. Mi mujer y yo no dimos mayor importancia al asunto, pero no así mamá, que comenzó a hallar terriblemente desamparada nuestra casa a medio hacer. A cada momento salía al corredor para mirar el camino.

Sin embargo, cuando nuestro chico volvió esa mañana del pueblo, confirmó aquello. Había explotado una fulminante epidemia de rabia Una hora antes acababan de perseguir a un perro en el pueblo Un peón había tenido tiempo de asestarle un machetazo en la oreja, y el animal, al trote, el hocico en tierra y el rabo entre las patas delanteras, había cruzado por nuestro camino, mordiendo a un potrillo y a un chancho que halló en el trayecto.

Más noticias aún. En la chacra vecina a la nuestra, y esa misma madrugada, otro perro había tratado inútilmente de saltar el corral de las vacas. Un inmenso perro flaco había corrido a un muchacho a caballo, por la picada del puerto viejo. Todavía de tarde se sentía dentro del monte el aullido agónico del perro. Como dato final, a las nueve llegaron al galope dos agentes a darnos la filiación de los perros rabiosos vistos, y a recomendarnos sumo cuidado.

Había de sobra para que mamá perdiera el resto de valor que le quedaba. Aunque de una serenidad a toda prueba, tiene terror a los perros rabiosos, a causa de cierta cosa horrible que presenció en su niñez. Sus nervios, ya enfermos por el cielo constantemente encapotado y lluvioso, provocáronle verdaderas alucinaciones de perros que entraban al trote por la portera.

Había un motivo real para este temor. Aquí, como en todas partes donde la gente pobre tiene muchos más perros de los que puede mantener, las casas son todas las noches merodeadas por perros hambrientos, a que los peligros del oficio —un tiro o una mala pedrada— han dado verdadero proceder de fieras. Avanzan al paso, agachados, los músculos flojos. No se siente jamás su marcha. Roban —si la palabra tiene sentido aquí— cuánto les exige su atroz hambre. Al menor rumor, no huyen porque esto haría ruido, sino se alejan al paso, doblando las patas. Al llegar al pasto se agazapan, y esperan así tranquilamente media o una hora, para avanzar de nuevo.

De aquí la ansiedad de mamá, pues siendo nuestra casa una de las tantas merodeadas, estábamos desde luego amenazados por la vista de los perros rabiosos, que recordarían el camino nocturno.

En efecto, esa misma tarde, mientras mamá, un poco olvidada, iba caminando despacio hacia la portera, oí su grito

—¡Federico! ¡Un perro rabioso!

Un perro barcino, con el lomo arqueado, avanzaba al trote en ciega línea recta. Al verme llegar se detuvo, erizando el lomo Retrocedí sin volver el cuerpo para ir a buscar la escopeta, pero el animal se fue. Recorrí inútilmente el camino, sin volverlo a hallar

Pasaron dos días El campo continuaba desolado de lluvia y tristeza, mientras el número de perros rabiosos aumentaba. Como no se podía exponer a los chicos a un terrible tropiezo en los caminos infestados, la escuela se cerró, y la carretera, ya sin tráfico, privada de este modo de la bulla escolar que animaba su soledad a las siete y a las doce, adquirió lúgubre silencio.

Mamá no se atrevía a dar un paso fuera del patio. Al menor ladrido miraba sobresaltada hacia la portera, y apenas anochecía, veía avanzar por entre el pasto ojos fosforescentes Concluida la cena se encerraba en su cuarto, el oído atento al más hipotético aullido.

Hasta que la tercera noche me desperté, muy tarde ya tenía la impresion de haber oído un grito, pero no podía precisar la sensación Esperé un rato. Y de pronto un aullido corto, metálico, de atroz sufrimiento, tembló bajo el corredor

—¡Federico! — oí la voz traspasada de emoción de mamá — ¿sentiste?

—Sí — respondí, deslizándome de la cama. Pero ella oyó el ruido.

—¡Por Dios, es un perro rabioso! ¡Federico, no salgas, por Dios! ¡Juana! ¡Dile a tu marido que no

salga! — Clamó desesperada, dirigiéndose a mi mujer.

Otro aullido explotó, esta vez en el corredor central, delante de la puerta Una finísima lluvia de escalofríos me bañó la médula hasta la cintura. No creo que haya nada más profundamente lúgubre que un aullido de perro rabioso a esa hora Subía tras él la voz desesperada de mamá

—¡Federico! ¡Va a entrar en tu cuarto! ¡No salgas. mi Dios, no salgas! ¡Juana! ¡Dile a tu marido! .

—¡Federico! — se cogió mi mujer a mi brazo.

Pero la situación podía tornarse muy crítica si esperaba a que el animal entrara, y encendiendo la lámpara descolgué la escopeta Levanté de lado la arpillera de la puerta, y no vi más que el negro triángulo de la profunda niebla de afuera Tuve apenas tiempo de avanzar una pierna, cuando sentía que algo firme y tibio me rozaba el muslo: el perro rabioso se entraba en nuestro cuarto. Le eché violentamente atrás la cabeza de un golpe de rodilla, y súbitamente me lanzó un mordisco, que falló en un claro golpe de dientes Pero un instante después sentía un dolor agudo.

Ni mi mujer ni mi madre se dieron cuenta de que me había mordido.

—¡Federico! ¿Qué fue eso? — gritó mamá que había oído mi detención y la dentellada al aire

—Nada: quería entrar.

—¡Oh!...

De nuevo, y esta vez detrás del cuarto de mamá, el fatídico aullido explotó.

—¡Federico! ¡Está rabioso! ¡No salgas! — clamó enloquecida, sintiendo al animal tras la pared de madera, a un metro de ella.

Hay cosas absurdas que tienen toda la apariencia de un legítimo razonamiento: Salí afuera con la lámpara en una mano y la escopeta en la otra, exactamente como para buscar a una rata aterrorizada, que me daba perfecta holgura para colocar la luz en el suelo y matarla en el extremo de un horcón.

Recorrí los corredores. No se oía un rumor, pero de dentro de las piezas me seguía la tremenda angustia de mamá y mi mujer que esperaban el estampido.

El perro se había ido.

—¡Federico! — exclamó mamá al sentirme volver por fin —. ¿Se fue el perro?

—Creo que sí; no lo veo. Me parece haber oído un trote cuando salí.

—Sí, yo también sentí. . Federico: ¿no estará en tu cuarto? . ¡No tiene puerta, mi Dios! ¡Quédate adentro! ¡Puede volver!

En efecto, podía volver. Eran las dos y veinte de la mañana. Y juro que fueron fuertes las dos horas que pasamos mi mujer y yo, con la luz prendida hasta que amaneció, ella acostada, yo sentado en la cama, vigilando sin cesar la arpillera flotante.

Antes me había curado. La mordedura era nítida: dos agujeros violetas, que oprimí con todas mis fuerzas, y lavé con permanganato.

Yo creía muy restrictivamente en la rabia del animal. Desde el día anterior se había empezado a envenenar perros, y algo en la actitud abrumada del nuestro me prevenía en pro de la estricnina. Quedaban el fúnebre aullido y el mordisco; pero de todos

modos me inclinaba a lo primero. De aquí, seguramente, mi relativo descuido con la herida

Llegó por fin el día A las ocho, y a cuatro cuadras de casa, un transeúnte mató de un tiro de revólver al perro negro que trotaba en inequívoco estado de rabia Enseguida lo supimos, teniendo de mi parte que librar una verdadera batalla contra mamá y mi mujer para no bajar a Buenos Aires a darme inyecciones. La herida, franca, había sido bien oprimida, y lavada con mordiente lujo de permanganato. Todo esto, a los cinco minutos de la mordedura. ¿Qué demonios podía temer tras esa corrección higiénica? En casa concluyeron por tranquilizarse, y como la epidemia —provocada por una crisis de llover sin tregua como jamás se viera aquí— había cesado casi de golpe, la vida recobró su línea habitual.

Pero no por ello mamá y mi mujer dejaron ni dejan de llevar cuenta exacta del tiempo. Los clásicos cuarenta días pesan fuertemente, sobre todo en mamá, y aún hoy, con treinta y nueve transcurridos sin el más leve trastorno, ella espera el día de mañana para echar de su espíritu, en un inmenso suspiro, el terror siempre vivo que guarda de aquella noche.

El único fastidio acaso que para mí ha tenido esto es recordar, punto por punto, lo que ha pasado. Confío en que mañana de noche concluya, con la cuarentena, esta historia que mantiene fijos en mí los ojos de mi mujer y de mi madre, como si buscaran en mi expresión el primer indicio de enfermedad.

. . . .

Marzo 10 —

¡Por fin! Espero que de aquí en adelante podré vivir como un hombre cualquiera, que no tiene suspendida sobre su cabeza coronas de muerte Ya han

pasado los famosos cuarenta días, y la ansiedad, la manía de persecuciones y los horribles gritos que esperaban de mí, pasaron también para siempre.

Mi mujer y mi madre han festejado el fausto acontecimiento de un modo particular. contándome, punto por punto, todos los terrores que han sufrido sin hacérmelo ver. El más insignificante desgano mío las sumía en mortal angustia ¡Es la rabia que comienza! — gemían Si alguna mañana me levanté tarde, durante horas no vivieron, esperando otro síntoma La fastidiosa infección en un dedo que me tuvo tres días febril e impaciente, fue para ellas una absoluta prueba de la rabia que comenzaba, de donde su consternación, más angustiosa por furtiva.

Y así, el menor cambio de humor, el más leve abatimiento, provocáronles, durante cuarenta días, otras tantas horas de inquietud.

No obstante esas confesiones retrospectivas, desagradables siempre para el que ha vivido engañado, aún con la más arcangélica buena voluntad, con todo me he reído buenamente. —¡Ah, mi hijo! ¡No puedes figurarte lo horrible que es para una madre el pensamiento de que su hijo pueda estar rabioso! Cualquier otra cosa... ¡pero rabioso, rabioso!...

Mi mujer, aunque más sensata, ha divagado también bastante más de lo que confiesa ¡Pero ya se acabó, por suerte! Esta situación de mártir, de bebé vigilado segundo a segundo contra tal disparatada amenaza de muerte, no es seductora, a pesar de todo ¡Por fin, de nuevo! Viviremos en paz, y ojalá que mañana o pasado no amanezca con dolor de cabeza, para resurrección de las locuras

. . . .

Marzo 15 —

Hubiera querido estar absolutamente tranquilo, pero es imposible. No hay ya más, creo, posibilidad de que esto concluya. Miradas de soslayo todo el día, cuchicheos incesantes, que cesan de golpe en cuanto oyen mis pasos, un crispante espionaje de mi expresión cuando estamos en la mesa, todo esto se va haciendo intolerable. — ¡Pero qué tienen, por favor! — acabo de decirles —. ¿Me hallan algo anormal, no estoy exactamente como siempre? ¡Ya es un poco cansadora esta historia del perro rabioso! — ¡Pero Federico! — me han respondido, mirándome con sorpresa —. ¡Si no te decimos nada, ni nos hemos acordado de eso!

¡Y no hacen, sin embargo, otra cosa, otra que espiarme noche y día, día y noche, a ver si la estúpida rabia de su perro se ha infiltrado en mí!

. . . .

Marzo 18 —

Hace tres días que vivo como debería y desearía hacerlo toda la vida ¡Me han dejado en paz, por fin, por fin, por fin!

. . . .

Marzo 19 —

¡Otra vez! ¡Otra vez han comenzado! ya no me quitan los ojos de encima, como si sucediera lo que parecen desear: que esté rabioso. ¡Cómo es posible tanta estupidez en dos personas sensatas! Ahora no disimulan más, y hablan precipitadamente en voz alta de mí; pero, no sé por qué, no puedo entender una palabra. En cuanto llego cesan de golpe, y apenas me alejo un paso recomienza el vertiginoso parloteo No he podido contenerme y me he vuelto con rabia. —

¡Pero hablen, hablen delante, que es menos cobarde!

No he querido oír lo que han dicho y me he ido. ¡Ya no es vida la que llevo!

. . . .

8 p.m

¡Quieren irse! ¡Quieren que nos vayamos!

¡Ah, yo sé por qué quieren dejarme!..

. . . .

Marzo 20 — (6 a m)

¡Aullidos, aullidos! ¡Toda la noche no he oído más que aullidos. ¡He pasado toda la noche despertándome a cada momento! ¡Perros, nada más que perros ha habido anoche alrededor de casa! ¡Y mi mujer y mi madre han fingido el más perfecto sueño, para que yo solo absorbiera por los ojos los aullidos de todos los perros que me miraban! .

. . . .

7 a m.

¡No hay más que víboras! ¡Mi casa está llena de víboras! ¡Al lavarme había tres enroscadas en la palangana! ¡En el forro del saco había muchas! ¡Y hay más! ¡Hay otras cosas! ¡Mi mujer me ha llenado la casa de víboras! ¡Ha traído enormes arañas peludas que me persiguen! ¡Ahora comprendo por qué me espiaba día y noche! ¡ahora comprendo todo! ¡Quería irse por eso!

. . .

7 15 a m

¡El patio está lleno de víboras! ¡No puedo dar un paso! ¡No, no! . ¡Socorro! . .

. . . .

¡Mi mujer se va corriendo! ¡Mi madre se va! ¡Me han asesinado! . ¡Ah, la escopeta!... ¡Maldición!

¡Está cargada con munición! Pero no importa .

. . . .

¡Qué grito ha dado! Le erré... ¡Otra vez las víboras! ¡Allí, allí hay una enorme!. . ¡Ay! ¡¡Socorro, socorro!!

. . . .

¡Todos me quieren matar! ¡Las han mandado contra mí, todas! ¡El monte está lleno de arañas! ¡Me han seguido desde casa!..

. . . .

Ahí viene otro asesino. . ¡Las trae en la mano! ¡Viene echando víboras en el suelo! ¡Viene sacando víboras de la boca y las echa en el suelo contra mí! ¡Ah! pero ése no vivirá mucho .. ¡Le pegué! ¡Murió con todas las víboras! .. ¡Las arañas! ¡Ay! ¡¡Socorro!!

. . . .

¡Ahí vienen, vienen todos!. . ¡Me buscan, me buscan! ¡Han lanzado contra mí un millón de víboras! ¡Todos las ponen en el suelo! ¡Y yo no tengo más cartuchos!... ¡Me han visto!. . Uno me está apuntando ..

LA MIEL SILVESTRE

Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que a sus doce años, y a consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne, dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y la pesca. Cierto es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos, pero, de todos modos, el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha y sus peligros como encanto

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban. Estaban bastante atónitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores — iniciados también en Julio Verne — sabían andar aún en dos pies y recordaban el habla.

La aventura de los dos robinsones, sin embargo, fuera acaso más formal a haber tenido como teatro otro bosque menos dominguero. Las escapatorias llevan aquí en Misiones a límites imprevistos, y a ello arrastró a Gabriel Benincasa el orgullo de sus stromboot.

Benincasa, habiendo concluido sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva. No fue arrastrado por su temperamento, pues antes bien Benincasa era un muchacho pacífico, gordinflón y de cara rosada, en razón de su excelente salud. En consecuencia, lo suficiente cuerdo para preferir un té con leche y pastelitos a quién

sabe qué fortuita e infernal comida del bosque. Pero así como el soltero que fue siempre juicioso cree de su deber, la víspera de sus bodas, despedirse de la vida libre con una noche de orgía en compañía de sus amigos, de igual modo Benincasa quiso honrar su vida aceitada con dos o tres choques de vida intensa Y por este motivo remontaba el Paraná hasta un obraje, con sus famosos stromboot.

Apenas salido de Corrientes había calzado sus recias botas, pues los yacarés de la orilla calentaban ya el paisaje Mas a pesar de ello el contador público cuidaba mucho de su calzado, evitándole arañazos y sucios contactos.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo éste que contener el desenfado de su ahijado

—¿Adónde vas ahora? — le había preguntado sorprendido.

—Al monte; quiero recorrerlo un poco — repuso Benincasa, que acababa de colgarse el winchester al al hombro.

—¡Pero infeliz! No vas a poder dar un paso Sigue la picada, si quieres... O mejor deja esa arma y mañana te haré acompañar por un peón

Benincasa renunció a su paseo. No obstante, fue hasta la vera del bosque y se detuvo. Intentó vagamente un paso adentro, y quedó quieto Metióse las manos en los bolsillos y miró detenidamente aquella inextricable maraña, silbando débilmente aires truncos. Después de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retornó bastante desilusionado.

Al día siguiente, sin embargo, recorrió la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil

volvió profundamente dormido, Benincasa no deploró el paseo. Las fieras llegarían poco a poco.

Llegaron éstas a la segunda noche — aunque de un carácter un poco singular.

Benincasa dormía profundamente, cuando fue despertado por su padrino.

—¡Eh, dormilón! Levántate que te van a comer vivo.

Benincasa se sentó bruscamente en la cama, alucinado por la luz de los tres faroles de viento que se movían de un lado a otro en la pieza. Su padrino y dos peones regaban el piso.

—¿Qué hay, qué hay? — preguntó echándose al suelo.

—Nada .. Cuidado con los pies... La corrección.

Benincasa había sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos *corrección* Son pequeñas, negras, brillantes y marchan velozmente en ríos más o menos anchos Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso· arañas, grillos, alacranes, sapos, víboras y a cuanto ser no puede resistirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo donde no se precipite el río devorador. Los perros aullan, los bueyes mugen y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roídos en diez horas hasta el esqueleto Permanecen en un lugar uno, dos, hasta cinco días, según su riqueza en insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van.

No resisten, sin embargo, a la creolina o droga similar, y como en el obraje abunda aquélla, antes de una hora el chalet quedó libre de la corrección

Benincasa se observaba muy de cerca, en los pies, la placa lívida de una mordedura.

—¡Pican muy fuerte, realmente! — dijo sorprendido, levantando la cabeza hacia su padrino.

Este, para quien la observación no tenía ya ningún valor, no respondió, felicitándose, en cambio, de haber contenido a tiempo la invasión Benincasa reanudó el sueño, aunque sobresaltado toda la noche por pesadillas tropicales.

Al día siguiente se fue al monte, esta vez con un machete, pues había concluido por comprender que tal utensilio le sería en el monte mucho más útil que el fusil Cierto es que su pulso no era maravilloso, y su acierto, mucho menos. Pero de todos modos lograba trozar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas; todo en uno.

El monte crepuscular y silencioso lo cansó pronto Dábale la impresión —exacta por lo demás— de un escenario visto de día De la bullente vida tropical no hay a esa hora más que el teatro helado, ni un animal, ni un pájaro, ni un ruido casi Benincasa volvía cuando un sordo zumbido le llamó la atención A diez metros de él, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero Se acercó con cautela y vio en el fondo de la abertura diez o doce bolas oscuras, del tamaño de un huevo

—Esto es miel —se dijo el contador público con íntima gula—. Deben de ser bolsitas de cera, llenas de miel...

Pero entre él —Benincasa— y las bolsitas estaban las abejas Después de un momento de descanso, pensó en el fuego, levantaría una buena humareda La suerte quiso que mientras el ladrón acercaba cautelosamente la hojarasca húmeda, cuatro o cinco abejas

se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogió una enseguida, y oprimiéndole el abdomen, constató que no tenía aguijón. Su saliva, ya liviana, se clarificó en melífica abundancia. ¡Maravillosos y buenos animalitos!

En un instante el contador desprendió las bolsitas de cera, y alejándose un buen trecho para escapar al pegajoso contacto de las abejas, se sentó en un raigón De las doce bolas, siete contenían polen Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeó golosamente. Sabía distintamente a algo ¿A qué? El contador no pudo precisarlo. Acaso a resina de frutales o de eucaliptus Y por igual motivo, tenía la densa miel un vago dejo áspero. ¡Más qué perfume, en cambio!

Benincasa, una vez bien seguro de que cinco bolsitas le serían útiles, comenzó Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su boca Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, después de haber permanecido medio minuto con la boca inútilmente abierta. Entonces la miel asomó, adelgazándose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron así dentro de la boca de Benincasa. Fue inútil que éste prolongara la suspensión, y mucho más que repasara los globos exhaustos; tuvo que resignarse.

Entretanto, la sostenida posición de la cabeza en alto lo había mareado un poco Pesado de miel, quieto y los ojos bien abiertos, Benincasa consideró de nuevo el monte crepuscular. Los árboles y el suelo tomaban posturas por demás oblicuas, y su cabeza acompañaba el vaivén del paisaje.

—Que curioso mareo... —pensó el contador—. Y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se había visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco. Sentía su cuerpo de plomo, sobre todo las piernas, como si estuvieran inmensamente hinchadas. Y los pies y las manos le hormigueaban.

—¡Es muy raro, muy raro, muy raro! — se repitió estúpidamente Benincasa, sin escudriñar, sin embargo, el motivo de esa rareza. Como si tuviera hormigas... La corrección — concluyó.

Y de pronto la respiración se le cortó en seco, de espanto.

—¡Debe ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizó el cabello de terror; no había podido ni aun moverse. Ahora la sensación de plomo y el hormigueo subían hasta la cintura. Durante un rato el horror de morir allí, miserablemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibió todo medio de defensa.

—¡Voy a morir ahora!... ¡De aquí a un rato voy a morir!... ¡Ya no puedo mover la mano!...

En su pánico constató, sin embargo, que no tenía fiebre ni ardor de garganta, y el corazón y pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambió de forma.

—¡Estoy paralítico, es la parálisis! ¡Y no me van a encontrar!...

Pero una visible somnolencia comenzaba a apoderarse de él, dejándole íntegras sus facultades, a la par que el mareo se aceleraba. Creyó así notar que el suelo oscilante se volvía negro y se agitaba vertiginosamente. Otra vez subió a su memoria el recuerdo

de la corrección, y en su pensamiento se fijó como una suprema angustia la posibilidad de que eso negro que invadía el suelo..

Tuvo aún fuerzas para arrancarse a ese último espanto, y de pronto lanzó un grito, un verdadero alarido, en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado por sus piernas trepaba un precipitado río de hormigas negras Alrededor de él la corrección devoradora oscurecía el suelo, y el contador sintió, por bajo del calzoncillo, el río de hormigas carnívoras que subían.

*

* *

Su padrino halló por fin, dos días después, y sin la menor partícula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Benincasa La corrección que merodeaba aún por allí, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es común que la miel silvestre tenga esas propiedades narcóticas o paralizantes, pero se la halla Las flores con igual carácter abundan en el trópico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoría de los casos su condición, tal el dejo a resina de eucaliptus que creyó sentir Benincasa.

UNA ESTACION DE AMOR

Primavera

Era el martes de carnaval. Nébel acababa de entrar en el corso, ya al oscurecer, y mientras deshacía un paquete de serpentinas miró al carruaje de delante Extrañado de una cara que no había visto la tarde anterior, preguntó a sus compañeros.

—¿Quién es? No parece fea

—¡Un demonio! Es lindísima Creo que sobrina, o cosa así, del doctor Arrizabalaga Llegó ayer, me parece ..

Nébel fijó entonces atentamente los ojos en la hermosa criatura. Era una chica muy joven aún, acaso no más de catorce años, pero completamente núbil Tenía, bajo el cabello muy oscuro, un rostro de suprema blancura, de ese blanco mate y raso que es patrimonio exclusivo de los cutis muy finos. Ojos azules, largos, perdiéndose hacia las sienes entre negras pestañas Acaso un poco separados, lo que da, bajo una frente tersa, aire de mucha nobleza o de gran terquedad Pero sus ojos, así, llenaban aquel semblante en flor con la luz de su belleza Y al sentirlos Nébel detenidos un momento en los suyos, quedó deslumbrado.

—¡Qué encanto! — murmuró, quedando inmóvil con una rodilla en el almohadón del surrey Un momento después las serpentinas volaban hacia la victoria. Ambos carruajes estaban ya enlazados por el

puente colgante de cintas, y la que lo ocasionaba sonreía de vez en cuando al galante muchacho

Mas aquello llegaba ya a la falta de respeto a personas, cocheros y aun carruaje· sobre el hombro, la cabeza, látigo, guardabarros, las serpentinas llovían sin cesar Tanto fue, que las dos personas sentadas atrás se volvieron y, bien que sonriendo, examinaron atentamente al derrochador.

—¿Quiénes son? — preguntó Nébel en voz baja

—El doctor Arrizabalaga .. Cierto que no lo conoces. La otra es la madre de tu chica . Es cuñada del doctor.

Como en pos del examen, Arrizabalaga y la señora se sonrieran francamente ante aquella exuberancia de juventud, Nébel se creyó en el deber de saludarlos, a lo que respondió el terceto con jovial condescendencia

Este fue el principio de un idilio que duró tres meses, y al que Nébel aportó cuanto de adoración cabía en su apasionada adolescencia Mientras continuó el corso, y en Concordia se prolonga hasta horas increíbles, Nébel tendió incesantemente su brazo hacia adelante, tan bien que el puño de su camisa, desprendido, bailaba sobre la mano.

Al día siguiente se reprodujo la escena; y como esta vez el corso se reanudaba de noche con batalla de flores, Nébel agotó en un cuarto de hora cuatro inmensas canastas. Arrizabalaga y la señora se reían, volviéndose a menudo, y la joven no apartaba casi sus ojos de Nebel Este echó una mirada de desesperación a sus canastas vacías, mas sobre el almohadón del surrey quedaba aún uno, un pobre ramo de siemprevivas y jazmines del país. Nébel saltó con él por sobre la rueda del surrey, dislocóse casi un tobillo, y

corriendo a la victoria, jadeante, empapado en sudor y con el entusiasmo a flor de ojos, tendió el ramo a la joven. Ella buscó atolondradamente otro, pero no lo tenía. Sus acompañantes se reían.

—¡Pero loca!—le dijo la madre, señalándole el pecho— ¡Ahí tienes uno!

El carruaje arrancaba al trote. Nébel, que había descendido del estribo, afligido, corrió y alcanzó el ramo que la joven le tendía, con el cuerpo casi fuera del coche.

Nébel había llegado tres días atrás de Buenos Aires, donde concluía su bachillerato. Había permanecido allá siete años, de modo que su conocimiento de la sociedad actual de Concordia era mínimo. Debía quedar aún quince días en su ciudad natal, disfrutados en pleno sosiego de alma, si no de cuerpo, y he aquí que desde el segundo día perdía toda su serenidad. Pero en cambio, ¡qué encanto!

—¡Qué encanto! — se repetía pensando en aquel rayo de luz, flor y carne femenina que había llegado a él desde el carruaje. Se reconocía real y profundamente deslumbrado, y enamorado, desde luego.

¡Y si ella lo quisiera!... ¿Lo querría? Nébel, para dilucidarlo, confiaba mucho más que en el ramo de su pecho, en la precipitación aturdida con que la joven había buscado algo para darle. Evocaba claramente el brillo de sus ojos cuando lo vio llegar corriendo, la inquieta espectativa con que lo esperó y en otro orden, la morbidez del joven pecho, al tenderle el ramo.

¡Y ahora, concluido! Ella se iba al día siguiente a Montevideo. ¿Qué le importaba lo demás, Concordia, su amigos de antes, su mismo padre? Por lo menos iría con ella hasta Buenos Aires.

Hicieron efectivamente el viaje juntos, y durante él Nébel llegó al más alto grado de pasión que puede alcanzar un romántico muchacho de 18 años, que se siente querido. La madre acogió el casi infantil idilio con afable complacencia, y se reía a menudo al verlos, hablando poco, sonriendo sin cesar, y mirándose infinitamente

La despedida fue breve, pues Nébel no quiso perder el último vestigio de cordura que le quedaba, cortando su carrera tras ella.

Ellas volverían a Concordia en el invierno, acaso una temporada ¿Iría él? "¡Oh, no volver yo!" Y mientras Nébel se alejaba despacio por el muelle, volviéndose a cada momento, ella, de pecho sobre la borda, la cabeza un poco baja, lo seguía con los ojos, mientras en la planchada los marineros levantaban los suyos risueños a aquel idilio —y al vestido, corto aún, de la ternísima novia.

Verano

El 13 de junio Nébel volvió a Concordia, y aunque supo desde el primer momento que Lidia estaba allí, pasó una semana sin inquietarse poco ni mucho por ella. Cuatro meses son plazo sobrado para un relámpago de pasión, y apenas si en el agua dormida de su alma el último resplandor alcanzaba a rizar su amor propio. Sentía, sí, curiosidad de verla. Hasta que un nimio incidente, punzando su vanidad, lo arrastró de nuevo. El primer domingo, Nébel, como todo buen chico de pueblo, esperó en la esquina la salida de misa. Al fin, las últimas acaso, erguidas y mirando adelante, Lidia y su madre avanzaron por entre la fila de muchachos.

Nébel, al verla de nuevo, sintió que sus ojos se dilataban para sorber en toda su plenitud la figura bruscamente adorada. Esperó con ansia casi dolorosa el instante en que los ojos de ella, en un súbito resplandor de dichosa sorpresa, lo reconocerían entre el grupo.

Pero pasó, con su mirada fría, fija adelante

—Parece que no se acuerda más de tí — le dijo un amigo, que a su lado había seguido el incidente.

—¡No mucho! — se sonrió él —. Y es lástima, porque la chica me gustaba en realidad.

Pero cuando estuvo solo se lloró a sí mismo su desgracia. ¡Y ahora que había vuelto a verla! ¡Cómo, cómo la había querido siempre, él que creía no acordarse más! ¡Y acabado! ¡Pum, pum, pum! — repetía sin darse cuenta, con la costumbre del chico —. ¡Pum! ¡todo ha concluído!

De golpe ¿Y si no me hubiera visto?. ¡Claro! ¡pero claro! Su rostro se animó de nuevo, acogiéndose con plena convicción a una probabilidad como ésa, profundamente razonable

A las tres golpeaba en casa del doctor Arrizabalaga. Su idea era elemental: consultaría con cualquier mísero pretexto al abogado, y entretanto acaso la viera. Una súbita carrera por el patio respondió al timbre, y Lidia, para detener el impulso, tuvo que cogerse violentamente a la puerta vidriera. Vio a Nébel, lanzó una exclamación, y ocultando con sus brazos la liviandad doméstica de su ropa, huyó más velozmente aún

Un instante después la madre abría el consultorio, y acogía a su antiguo conocido con más viva complacencia que cuatro meses atrás. Nébel no cabía en sí de gozo, y como la señora no parecía inquietarse

por las preocupaciones jurídicas de Nébel, éste prefirió también un millón de veces tal presencia a la del ahogado.

Con todo, se hallaba sobre ascuas de una felicidad demasiado ardiente y, como tenía 18 años, deseaba irse de una vez para gozar a solas, y sin cortedad, su inmensa dicha

—¡Tan pronto, ya! —le dijo la señora— Espero que tendremos el gusto de verlo otra vez ¿No es verdad?

—¡Oh, sí, señora!

—En casa todos tendríamos mucho placer . ¡supongo que todos! ¿Quiere que consultemos? — se sonrió con maternal burla

—¡Oh, con toda el alma! — repuso Nébel.

—¡Lidia! ¡Ven un momento! Hay aquí una persona a quien conoces.

Nébel había sido visto ya por ella, pero no importaba.

Lidia llegó cuando él estaba de pie Avanzó a su encuentro, los ojos centelleantes de dicha, y le tendió un gran ramo de violetas, con adorable torpeza.

—Si a usted no le molesta — prosiguió la madre — podría venir todos los lunes . ¿qué le parece?

—¡Qué es muy poco, señora! — repuso el muchacho — Los viernes también . ¿me permite?

La señora se echó a reir.

—¡Qué apurado! Yo no sé... veamos qué dice Lidia ¿Qué dices, Lidia?

La criatura, que no apartaba sus ojos rientes de Nébel, le dijo ¡sí! en pleno rostro, puesto que a él debía su respuesta

—Muy bien, entonces hasta el lunes, Nébel.

Nébel objetó:

12

—¿No me permitiría venir esta noche? Hoy es un día extraordinario...

—¡Bueno! ¡Esta noche también! Acompáñalo, Lidia

Pero Nébel, en loca necesidad de movimiento, se despidió allí mismo y huyó con su ramo cuyo cabo había deshecho casi, y con el alma proyectada al último cielo de la felicidad

II

Durante dos meses, todos los momentos en que se veían, todas las horas que los separaban, Nébel y Lidia se adoraron Para él, romántico hasta sentir el estado de dolorosa melancolía que provoca una simple garúa que agrisa el patio, la criatura aquella, con su cara angelical, sus ojos azules y su temprana plenitud, debía encarnar la suma posible de ideal Para ella, Nébel era varonil, buen mozo e inteligente No había en su mútuo amor más nube para el porvenir que la minoría de edad de Nébel El muchacho, dejando de lado estudios, carreras y superfluidades por el estilo, quería casarse Como probado, no había sino dos cosas que a él le era *absolutamente* imposible vivir sin Lidia, y que llevaría por delante cuánto se opusiese a ello. Presentía — o más bien dicho, sentía — que iba a escollar rudamente.

Su padre, en efecto, a quien había disgustado profundamente el año que perdía Nébel tras un amorío de carnaval, debía apuntar las íes con terrible vigor. A fines de agosto habló un día definitivamente a su hijo:

—Me han dicho que sigues tus visitas a lo de Arrizabalaga ¿Es cierto? Porque tú no te dignas decirme una palabra.

Nébel vio toda la tormenta en esa forma de dignidad, y la voz le tembló un poco al contestar

—Si no te dije nada, papá, es porque sé que no te gusta que hable de eso

—¡Bah! como gustarme, puedes, en efecto, ahorrarte el trabajo.. Pero quisiera saber en qué estado estás. ¿Vas a esa casa como novio?

—Sí.

—¿Y te reciben formalmente?

—Creo que sí

El padre lo miró fijamente y tamborileó sobre la mesa.

—¡Está bueno! ¡Muy bien!... Oyeme, porque tengo el deber de mostrarte el camino ¿Sabes tú bien lo que haces? ¿Has pensado en lo que puede pasar?

—¿Pasar?... ¿qué?

—Que te cases con esa muchacha. Pero fíjate ya tienes edad para reflexionar, al menos. ¿Sabes quién es? ¿De dónde viene? ¿Conoces a alguien que sepa qué vida lleva en Montevideo?

—¡Papá!

—¡Sí, qué hacen allá! ¡Bah! no pongas esa cara .. No me refiero a tu .. novia. Esa es una criatura, y como tal no sabe lo que hace. ¿Pero sabes de qué viven?

—¡No! Ni me importa, porque aunque seas mi padre ..

—¡Bah, bah, bah! Deja eso para después. No te hablo como padre sino como cualquier hombre honrado pudiera hablarte. Y puesto que te indigna tanto lo que te pregunto, averigua a quien quiera contarte, qué clase de relaciones tiene la madre de tu novia con su cuñado, pregunta!

—¡Sí! Ya sé que ha sido...

—Ah, ¿sabes que ha sido la querida de Arrizabalaga? ¿Y que él u otro sostienen la casa en Montevideo? ¡Y te quedas tan fresco!

—¡...!

—¡Sí, ya sé, tu novia no tiene nada que ver con esto, ya sé! No hay impulso más bello que el tuyo Pero anda con cuidado, porque puedes llegar tarde... ¡No, no, cálmate! No tengo ninguna idea de ofender a tu novia, y creo, como te he dicho, que no está contaminada aún por la podredumbre que la rodea Pero si la madre te la quiere vender en matrimonio, o más bien a la fortuna que vas a heredar cuando yo muera, dile que el viejo Nébel no está dispuesto a esos tráficos, y que antes se lo llevará el diablo que consentir en eso. Nada más te quería decir.

El muchacho quería mucho a su padre a pesar del carácter de éste, salió lleno de rabia por no haber podido desahogar su ira, tanto más violenta cuanto que él mismo la sabía injusta. Hacía tiempo ya que no ignoraba esto: la madre de Lidia había sido querida de Arrizabalaga en vida de su marido, y aún cuatro o cinco años después. Se veían aún de tarde en tarde, pero el viejo libertino, arrebujado ahora en su artritis de solterón enfermizo, distaba mucho de ser respecto de su cuñada lo que se pretendía; y si mantenía el tren de madre e hija, lo hacía por una especie de compasión de ex-amante, rayana en vil egoísmo, y sobre todo para autorizar los chismes actuales que hinchaban su vanidad.

Nébel evocaba a la madre, y con un estremecimiento de muchacho loco por las mujeres casadas, recordaba cierta noche en que hojeando juntos y reclinados una "Illustration", había creído sentir sobre sus nervios súbitamente tensos, un hondo hálito de

deseo que surgía del cuerpo pleno que rozaba con él. Al levantar los ojos, Nébel había visto la mirada de ella, mareada, posarse pesadamente sobre la suya.

¿Se había equivocado? Era terriblemente histérica, pero con raras crisis explosivas, los nervios desordenados repiqueteaban hacia adentro, y de aquí la enfermiza tenacidad en un disparate y el súbito abandono de una convicción, y en los pródromos de la crisis, la obstinación creciente, convulsiva, edificándose a grandes bloques de absurdos. Abusada de la morfina por angustiosa necesidad y por elegancia. Tenía treinta y siete años, era alta, con labios muy gruesos y encendidos que humedecía sin cesar. Sin ser grandes, sus ojos lo parecían por el corte y por tener pestañas muy largas, pero eran admirables de sombra y fuego. Se pintaba. Vestía, como la hija, con perfecto buen gusto, y era ésta, sin duda, su mayor seducción. Debía de haber tenido, como mujer, profundo encanto, ahora la histeria había trabajado mucho su cuerpo — siendo, desde luego, enferma del vientre. Cuando el latigazo de la morfina pasaba, sus ojos se empañaban, y de la comisura de los labios, del párpado globoso, pendía una fina redecilla de arrugas. Pero a pesar de ello, la misma histeria que le deshacía los nervios era el alimento, un poco mágico, que sostenía su tonicidad.

Quería entrañablemente a Lidia; y con la moral de las histéricas burguesas, hubiera envilecido a su hija para hacerla feliz — esto es, para proporcionarle aquello que habría hecho su propia felicidad.

Así, la inquietud del padre de Nébel a este respecto tocaba a su hijo en lo más hondo de sus cuerdas de amante. ¿Cómo había escapado Lidia? Porque la limpidez de su cutis, la franqueza de su pasión de chica

que surgía con adorable libertad de sus ojos brillantes, eran, ya no prueba de pureza, sino escalón de noble gozo por el que Nébel ascendía triunfal a arrancar de una manotada a la planta podrida, la flor que pedía por él.

Esta convicción era tan intensa, que Nébel jamás la había besado. Una tarde, después de almorzar, en que pasaba por lo de Arrizabalaga, había sentido loco deseo de verla. Su dicha fue completa, pues la halló sola, en batón, y los rizos sobre las mejillas Como Nebel la retuvo, ella, riendo y cortada, se recostó en la pared Y el muchacho, a su frente, tocándola casi, sintió con las manos inertes la alta felicidad de un amor inmaculado, que tan fácil le habría sido manchar

¡Pero luego, una vez su mujer! Nébel precipitaba cuanto le era posible su casamiento Su habilitación de edad, obtenida en esos días, le permitía por su legítima materna afrontar los gastos Quedaba el consentimiento paterno, y la madre apremiaba este detalle

La situación de ella, sobrado equívoca, exigía una plena sanción social que debía comenzar, desde luego, por la del futuro suegro de su hija Y sobre todo, la sostenía el deseo de humillar, de forzar a la moral burguesa a doblar la rodilla ante la misma inconveniencia que despreció.

Ya varias veces había tocado con su futuro yerno, con alusiones a "mi suegro" . "mi nueva familia". . "la cuñada de mi hija". Nébel se callaba, y los ojos de la madre brillaban entonces con más sombrío fuego

Hasta que un día la llama se levantó. Nébel había fijado el 18 de octubre como fecha de su casamiento. Faltaba más de un mes aún, pero la madre hizo en-

tender claramente al muchacho que quería la presencia de su padre esa noche

—Será difícil —dijo Nébel después de un mortificante silencio— Le cuesta mucho salir de noche .. no sale nunca.

—¡Ah! — exclamó la madre, mordiéndose rápidamente el labio. Otra pausa siguió, pero ésta ya de presagio.

—Porque usted no hace un casamiento clandestino, ¿verdad?

—¡Oh! —se sonrió difícilmente Nébel— Mi padre tampoco lo cree

—¿Y entonces?

Nuevo silencio, cada vez más tempestuoso.

—¿Es por mí que su señor padre no quiere asistir?

—¡No, no señora! —exclamó al fin Nébel impaciente— Está en su modo de ser . Hablaré de nuevo con él, si quiere

—¿Yo, querer? —se sonrió la madre dilatando las narices— Haga lo que le parezca ¿quiere irse, Nébel, ahora? No estoy bien

Nébel salió, profundamente disgustado ¿Qué iba a decir a su padre? Este sostenía siempre su rotunda oposición a tal matrimonio, y ya el hijo había emprendido las gestiones para prescindir de ella.

—Puedes hacer eso, mucho más, y todo lo que te dé la gana ¡Pero mi consentimiento para que esa entretenida sea tu suegra, ¡jamás!

Después de tres días Nébel decidió concluir de una vez con ese estado de cosas, y aprovechó para ello un momento en que Lidia no estaba

—Hablé con mi padre —comenzó Nébel— y me ha dicho que le será completamente imposible asistir

La madre se puso un poco pálida, mientras sus ojos, en un súbito fulgor, se estiraban hacia las sienes.

—¡Ah! ¿Y por qué?

—No sé — repuso con voz sorda Nébel.

—Es decir... ¿que su señor padre teme mancharse si pone los pies aquí?

—No sé — repitió él, obstinado a su vez.

—¡Es que es una ofensa gratuita la que nos hace ese señor! ¿Qué se ha figurado? —añadió con voz ya alterada y los labios temblantes—. ¿Quién es él para darse ese tono?

Nébel sintió entonces el fustazo de reacción en la cepa profunda de su familia.

—¡Qué es, no sé! —repuso con la voz precipitada a su vez—. Pero no sólo se niega a asistir, sino que tampoco da su consentimiento.

—¿Qué? ¿Que se niega? ¿Y por qué? ¿Quién es él? ¡El más autorizado para esto!

Nébel se levantó:

—Vd. no...

Pero ella se había levantado también.

—¡Sí, él! ¡Usted es una criatura! ¡Pregúntele de dónde ha sacado su fortuna, robada a sus clientes! ¡Y con esos aires! ¡Su familia irreprochable, sin mancha, se llena la boca con eso! ¡Su familia!... ¡Dígale que le diga cuántas paredes tenía que saltar para ir a dormir con su mujer, antes de casarse! ¡Sí, y me viene con su familia!... ¡Muy bien, váyase, estoy hasta aquí de hipocresías! ¡Que lo pase bien!

III

Nébel vivió cuatro días vagando en la más honda desesperación. ¿Qué podía esperar después de lo su-

cedido? Al quinto, y al anochecer, recibió una esquela.

"Octavio Lidia está bastante enferma, y sólo su presencia podría calmarla.

María S. de Arrizabalaga"

Era una treta, no tenía duda Pero si su Lidia en verdad-

Fue esa noche y la madre lo recibió con una discreción que asombró a Nébel, sin afabilidad excesiva, ni aire tampoco de pecadora que pide disculpa.

—Si quiere verla .

Nébel entró con la madre, y vio a su amor adorado en la cama, el rostro con esa frescura sin polvos que dan únicamente los 14 años, y las rodillas recogidas

Se sentó a su lado, y en balde la madre esperó a que se dijeran algo no hacían sino mirarse y sonreír.

De pronto Nébel sintió que estaban solos, y la imagen de la madre surgió nítida "se va para que en el transporte de mi amor reconquistado pierda la cabeza, y el matrimonio sea así forzoso" Pero en ese cuarto de hora de goce final que le ofrecían adelantado a costa de un pagaré de casamiento, el muchacho de 18 años sintió —como otra vez contra la pared— el placer sin la más leve mancha, de un amor puro en toda su aureola de poético idilio

Sólo Nébel pudo decir cuán grande fue su dicha recuperada en pos del naufragio El también olvidaba lo que fuera en la madre explosión de calumnia, ansia rabiosa de insultar a los que no lo merecen Pero tenía la más fría decisión de apartar a la madre de su vida, una vez casados. El recuerdo de su tierna no-

via, pura y riente en la cama de que se había destendido una punta para él, encendía la promesa de una voluptuosidad íntegra, a la que no había robado el más pequeño diamante.

A la noche siguiente, al llegar a lo de Arrizabalaga, Nébel halló el zaguán oscuro Después de largo rato la sirvienta entreabrió la vidriera.

—¿Han salido? — preguntó él extrañado.

—No, se van a Montevideo . Han ido al Salto a dormir a bordo.

—¡Ah! — murmuró Nébel aterrado Tenía una esperanza aún.

—¿El doctor? ¿Puedo hablar con él?

—No está; se ha ido al club después de comer . .

Una vez solo en la calle oscura, Nébel levantó y dejó caer los brazos con mortal desaliento· ¡Se acabó todo! Su felicidad, su dicha reconquistada un día antes, ¡perdida de nuevo y para siempre! Presentía que esta vez no había redención posible Los nervios de la madre habían saltado a la loca, como teclas, y él no podía hacer ya nada más.

Caminó hasta la esquina, y desde allí, inmóvil bajo el farol, contempló con estúpida fijeza la casa rosada Dio una vuelta a la manzana, y tornó a detenerse bajo el farol. ¡Nunca, nunca!

Hasta las once y media hizo lo mismo. Al fin se fue a su casa y cargó el revólver Pero un recuerdo lo detuvo: meses atrás había prometido a un dibujante alemán que antes de suicidarse — Nébel era adolescente — iría a verlo. Uníalo con el viejo militar de Guillermo una viva amistad, cimentada sobre largas charlas filosóficas.

A la mañana siguiente, muy temprano, Nébel llamaba al pobre cuarto de aquél. La expresión de su rostro era sobrado explícita.

—¿Es ahora? — le preguntó el paternal amigo, estrechándole con fuerza la mano

—¡Pst! ¡De todos modos! . — repuso el muchacho, mirando a otro lado

El dibujante, con gran calma, le contó entonces su propio drama de amor.

—Vaya a su casa — concluyó — y si a las once no ha cambiado de idea, vuelva a almorzar conmigo, si es que tenemos qué. Después hará lo que quiera. ¿Me lo jura?

—Se lo juro — contestó Nébel, devolviéndole su estrecho apretón con grandes ganas de llorar.

En su casa lo esperaba una tarjeta de Lidia:

> "Idolatrado Octavio Mi desesperación no puede ser más grande, pero mamá ha visto que si me casaba con usted, me estaban reservados grandes dolores, he comprendido como ella que lo mejor era separarnos y le jura no olvidarlo nunca.
>
> tu
>
> *Lidia*"

—¡Ah, tenía que ser así — clamó el muchacho, viendo al mismo tiempo con espanto su rostro demudado en el espejo ¡La madre era quien había inspirado la carta, ella y su maldita locura! Lidia no había podido menos que escribir, y la pobre chica, trastornada, lloraba todo su amor en la redacción. — ¡Ah! ¡Si pudiera verla algún día, decirle de qué modo la he querido, cuánto la quiero ahora, adorada de mi alma!...

Temblando fue hasta el velador y cogió el revólver; pero recordó su nueva promesa, y durante un rato permaneció inmóvil, limpiando obstinadamente con la uña una mancha del tambor.

Otoño

Una tarde, en Buenos Aires, acababa Nébel de subir al tramway cuando el coche se detuvo un momento más del conveniente, y Nébel, que leía, volvió al fin la cabeza. Una mujer con lento y difícil paso avanzaba Tras una rápida ojeada a la incómoda persona, Nébel reanudó la lectura. La dama se sentó a su lado, y al hacerlo miró atentamente a su vecino Nébel, aunque sentía de vez en cuando la mirada extranjera posada sobre él, prosiguió su lectura, pero al fin se cansó y levantó el rostro extrañado.

—Ya me parecía que era usted —exclamó la dama— aunque dudaba aún. . No me recuerda, ¿no es cierto?

—Sí —repuso Nébel abriendo los ojos— la señora de Arrizabalaga. .

Ella vio la sorpresa de Nébel, y sonrió con aire de vieja cortesana que trata aún de parecer bien a un muchacho.

De ella —cuando Nébel la conoció once años atrás— sólo quedaban los ojos, aunque más hundidos, y ya apagados. El cutis amarillo, con tonos verdosos en las sombras, se resquebrajaba en polvorientos surcos Los pómulos saltaban ahora, y los labios, siempre gruesos, pretendían ocultar una dentadura del todo cariada Bajo el cuerpo demacrado se veía viva a la morfina corriendo por entre los nervios agotados y las arterias acuosas, hasta haber convertido en

aquel esqueleto a la elegante mujer que un día hojeara la "Illustration" a su lado.

—Sí, estoy muy envejecida.. y enferma; he tenido ya ataques a los riñones .. Y usted —añadió mirándolo con ternura— ¡siempre igual! Verdad es que no tiene treinta años aún... Lidia también está igual.

Nébel levantó los ojos:

—¿Soltera?

—Sí . ¡Cuánto se alegrará cuando le cuente! ¿Por qué no le da ese gusto a la pobre? ¿No quiere ir a vernos?

—Con mucho gusto.. — murmuró Nébel.

—Sí, vaya pronto, ya sabe lo que hemos sido para En fin, Boedo, 1483; departamento 14. . Nuestra posición es tan mezquina..

—¡Oh! — protestó él, levantándose para irse. Prometió ir muy pronto

Doce días después Nébel debía volver al ingenio, y antes quiso cumplir su promesa. Fue allá — un miserable departamento de arrabal La señora de Arrizabalaga lo recibió, mientras Lidia se arreglaba un poco.

—¡Conque once años! —observó de nuevo la madre— ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y usted que podría tener una infinidad de hijos con Lidia!

—Seguramente — sonrió Nébel, mirando a su rededor.

—¡Oh! ¡No estamos muy bien! Y sobre todo como debe estar puesta su casa... Siempre oigo hablar de sus cañaverales. . ¿Es ése su único establecimiento?

—Sí... en Entre Ríos también...

—¡Qué feliz! Si pudiera uno. . ¡Siempre deseando ir a pasar unos meses en el campo, y siempre con el deseo!

Se calló, echando una fugaz mirada a Nébel. Este, con el corazón apretado, revivía nítidas las impresiones enterradas once años en su alma.

—Y todo esto por falta de relaciones . ¡Es tan difícil tener un amigo en esas condiciones!

El corazón de Nébel se contraía cada vez más, y Lidia entró

Ella estaba también muy cambiada, porque el encanto de un candor y una frescura de los catorce años, no se vuelve a hallar más en la mujer de veintiséis Pero bella siempre. Su olfato masculino sintió en su cuello mórbido, en la mansa tranquilidad de su mirada, y en todo lo indefinible que denuncia al hombre el amor ya gozado, que debía guardar velado para siempre el recuerdo de la Lidia que conoció.

Hablaron de cosas muy triviales, con perfecta discreción de personas maduras. Cuando ella salió de nuevo un momento, la madre reanudó

—Sí, está un poco débil... Y cuando pienso que en el campo se repondría enseguida .. Vea, Octavio ¿me permite ser franca con usted? Ya sabe que lo he querido como a un hijo... ¿No podríamos pasar una temporada en su establecimiento? ¡Cuánto bien le haría a Lidia!

—Soy casado — repuso Nébel

La señora tuvo un gesto de viva contrariedad, y por un instante su decepción fue sincera; pero enseguida cruzó sus manos cómicas

—¡Casado, usted! ¡Oh, qué desgracia, qué desgracia! ¡Perdóneme, ya sabe!... No sé lo que digo. ¿Y su señora vive con usted en el ingenio?

—Sí, generalmente Ahora está en Europa.

—¡Qué desgracia! Es decir... ¡Octavio! —añadió abriendo los brazos con lágrimas en los ojos—: a usted le puedo contar, usted ha sido casi mi hijo.. ¡Estamos poco menos que en la miseria! ¿Por qué no quiere que vaya con Lidia? Voy a tener con usted una confesión de madre —concluyó con una pastosa sonrisa y bajando la voz— usted conoce bien el corazón de Lidia, ¿no es cierto?

Esperó respuesta, pero Nébel permanecía callado.

—¡Sí, usted la conoce! ¿Y cree que Lidia es mujer capaz de olvidar cuando ha querido?

Ahora había reforzado su insinuación con una lenta guiñada Nébel valoró entonces de golpe el abismo en que pudo haber caído antes Era siempre la misma madre, pero ya envilecida por su propia alma vieja, la morfina y la pobreza. Y Lidia .. Al verla otra vez había sentido un brusco golpe de deseo por la mujer actual de garganta llena y ya estremecida. Ante el tratado comercial que le ofrecían, se echó en brazos de aquella rara conquista que le deparaba el destino

—¿No sabes, Lidia? —prorrumpió la madre alborozada, al volver su hija— Octavio nos invita a pasar una temporada en su establecimiento. ¿Qué te parece?

Lidia tuvo una fugitiva contracción de las cejas y recuperó su serenidad.

—Muy bien, mamá...

—¡Ah! ¿No sabes lo que dice? Está casado. ¡Tan joven aún! Somos casi de su familia ..

Lidia volvió entonces los ojos a Nébel, y lo miró un momento con dolorosa gravedad.

—¿Hace tiempo? — murmuró.

—Cuatro años — repuso él en voz baja A pesar de todo, le faltó ánimo para mirarla.

Invierno

No hicieron el viaje juntos, por último escrúpulo de casado en una línea donde era muy conocido, pero al salir de la estación subieron en el break de la casa Cuando Nébel quedaba solo en el ingenio, no guardaba a su servicio doméstico mas que a una vieja india, pues — a más de su propia frugalidad — su mujer se llevaba consigo toda la servidumbre De este modo presentó sus acompañantes a la fiel nativa como una tía anciana y su hija, que venían a recobrar la salud perdida.

Nada más creíble, por otro lado, pues la señora decaía vertiginosamente. Había llegado deshecha, el pie incierto y pesadísimo, y en su facies angustiosa la morfina, que había sacrificado cuatro horas seguidas a ruego de Nébel, pedía a gritos una corrida por dentro de aquel cadáver viviente

Nébel, que cortara sus estudios a la muerte de su padre, sabía lo suficiente para prever una rapida catástrofe, el riñón, íntimamente atacado, tenía a veces paros peligrosos que la morfina no hacía sino precipitar.

Ya en el coche, no pudiendo resistir más, había mirado a Nébel con transida angustia

—Si me permite, Octavio . ¡no puedo más! Lidia, ponte delante.

La hija, tranquilamente, ocultó un poco a su madre, y Nébel oyó el crujido de la ropa violentamente recogida para pinchar el muslo.

Los ojos se encendieron, y una plenitud de vida cubrió como una máscara aquella cara agónica.

—Ahora estoy bien .. ¡qué dicha! Me siento bien.

—Debería dejar eso —dijo rudamente Nébel, mirándola de costado—. Al llegar, estará peor

—¡Oh, no! Antes morir aquí mismo

Nébel pasó todo el día disgustado, y decidido a vivir cuanto le fuera posible sin ver en Lidia y su madre más que dos pobres enfermas. Pero al caer la tarde, y como las fieras que empiezan a esa hora a afilar las uñas, el celo de varón comenzó a relajarle la cintura en lasos escalofríos.

Comieron temprano, pues la madre, quebrantada, deseaba acostarse de una vez. No hubo tampoco medio de que tomara exclusivamente leche

—¡Huy! ¡Qué repugnancia! No la puedo pasar ¿Y quiere que sacrifique los últimos años de mi vida, ahora que podría morir contenta?

Lidia no pestañeó. Había hablado con Nébel pocas palabras, y sólo al fin del café la mirada de éste se clavó en la de ella; pero Lidia bajó la suya enseguida.

Cuatro horas después Nebel abría sin ruido la puerta del cuarto de Lidia.

—¡Quién es! —sonó de pronto la voz azorada

—Soy yo —murmuró Nébel en voz apenas sensible.

Un movimiento de ropas, como el de una persona que se sienta bruscamente en la cama, siguió a sus palabras, y el silencio reinó de nuevo Pero cuando la mano de Nebel tocó en la oscuridad un brazo tibio, el cuerpo tembló entonces en una honda sacudida

. . . . .

Luego, inerte al lado de aquella mujer que ya había conocido el amor antes que él llegara, subió de

lo más recóndito del alma de Nébel el santo orgullo de su adolescencia de no haber tocado jamás, de no haber robado ni un beso siquiera, a la criatura que lo miraba con radiante candor. Pensó en las palabras de Dostoiewsky, que hasta ese momento no había comprendido "Nada hay más bello y que fortalezca más en la vida, que un recuerdo puro". Nébel lo había guardado, ese recuerdo sin mancha, pureza inmaculada de sus dieciocho años y que ahora yacía allí, enfangado hasta el cáliz sobre una cama de sirvienta.

Sintió entonces sobre su cuello dos lágrimas pesadas, silenciosas Ella a su vez recordaría . Y las lágrimas de Lidia continuaban una tras otra, regando como una tumba el abominable fin de su único sueño de felicidad.

IV

Durante diez días la vida prosiguió en común, aunque Nébel estaba casi todo el día afuera Por tácito acuerdo, Lidia y él se encontraban muy pocas veces solos, y aunque de noche volvían a verse, pasaban aún entonces largo tiempo callados

Lidia tenía ella misma bastante qué hacer cuidando a su madre, postrada al fin. Como no había posibilidad de reconstruir lo ya podrido, y aún a trueque del peligro inmediato que ocasionara, Nébel pensó en suprimir la morfina. Pero se abstuvo una mañana que, entrando bruscamente en el comedor, sorprendió a Lidia que se bajaba precipitadamente las faldas. Tenía en la mano la jeringuilla, y fijó en Nebel su mirada espantada.

—¿Hace mucho tiempo que usas eso? — le preguntó él al fin.

—Sí — murmuró Lidia, doblando en una convulsión la aguja.

Nébel la miró aún y se encogió de hombros.

Sin embargo, como la madre repetía sus inyecciones con una frecuencia terrible para ahogar los dolores de su riñón que la morfina concluía por matar, Nébel se decidió a intentar la salvación de aquella desgraciada, sustrayéndole la droga.

—¡Octavio! ¡Me va a matar! —clamó ella con ronca súplica— ¡Mi hijo Octavio! ¡no podría vivir un día!

—¡Es que no vivirá dos horas si le dejo eso! — contestó Nébel.

—¡No importa, mi Octavio! ¡Dame, dame la morfina!

Nébel dejó que los brazos se tendieran inútilmente a él, y salió con Lidia.

—¿Tú sabes la gravedad del estado de tu madre?

—Sí... Los médicos me habían dicho..

El la miró fijamente.

—Es que está mucho peor de lo que imaginas.

Lidia se puso lívida, y mirando afuera entrecerró los ojos y se mordió los labios en un casi sollozo

—¿No hay médico aquí? — murmuró.

—Aquí no, ni en diez leguas a la redonda, pero buscaremos.

Esa tarde llegó el correo cuando estaban solos en el comedor, y Nébel abrió una carta.

—¿Noticias? — preguntó levantando inquieta los ojos a él.

—Sí — repuso Nébel, prosiguiendo la lectura.

—¿Del médico? — volvió Lidia al rato, más ansiosa aún.

—No, de mi mujer — repuso él con la voz dura, sin levantar los ojos

A las diez de la noche, Lidia llegó corriendo a la pieza de Nébel.

—¡Octavio! ¡mamá se muere!. .

Corrieron al cuarto de la enferma. Una intensa palidez cadaverizaba ya el rostro. Tenía los labios desmesuradamente hinchados y azules, y por entre ellos se escapaba un remedo de palabra, gutural y a boca llena

—Pla pla .. pla.

Nebel vio enseguida sobre el velador el frasco de morfina, casi vacío.

—¡Es claro, se muere! ¿Quién le ha dado esto? — preguntó

—¡No sé, Octavio! Hace un rato sentí ruido Seguramente lo fue a buscar a tu cuarto cuando no estabas .. ¡Mamá, pobre mamá! — cayó sollozando sobre el miserable brazo que pendía hasta el piso

Nebel la pulsó, el corazón no daba más, y la temperatura caía. Al rato los labios callaron su pla pla, y en la piel aparecieron grandes manchas violetas

A la una de la mañana murió. Esa tarde, tras el entierro, Nébel esperó que Lidia concluyera de vestirse, mientras los peones cargaban las valijas en el carruaje.

—Toma esto — le dijo cuando se aproximó a él, tendiéndole un cheque de diez mil pesos

Lidia se estremeció violentamente, y sus ojos enrojecidos se fijaron de lleno en los de Nébel. Pero éste sostuvo la mirada.

—¡Toma, pues! — repitió sorprendido

Lidia lo tomó y se bajó a recoger su valijita. Nébel se inclinó sobre ella.

—Perdóname —le dijo—. No me juzgues peor de lo que soy.

En la estación esperaron un rato y sin hablar, junto a la escalerilla del vagón, pues el tren no salía aún. Cuando la campana sonó, Lidia le tendió la mano, que Nébel retuvo un momento en silencio. Luego, sin soltarla, recogió a Lidia de la cintura y la besó hondamente en la boca.

El tren partió. Inmóvil, Nébel siguió con la vista la ventanilla que se perdía.

Pero Lidia no se asomó.

A LA DERIVA

El hombre pisó algo blanduzco, y enseguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yararacusú que arrollada sobre sí misma esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral, pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpagos habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se

quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! — rugió de nuevo — ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! — protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta

—Bueno, esto se pone feo — murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un

nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! — gritó con cuanta fuerza pudo, y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo—. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza· se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración

El veneno comenzaba a irse. no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex - patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex - patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto ¿Dos años y nueve meses? Acaso ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también.

Al recibidor de maderas de míster Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.

EL ALAMBRE DE PUA

Durante quince días el alazán había buscado en vano la senda por donde su compañero se escapaba del potrero. El formidable cerco, de capuera —desmonte que ha rebrotado inextricable— no permitía paso ni aún a la cabeza del caballo Evidentemente, no era por allí por donde el malacara pasaba.

Ahora recorría de nuevo la chacra, trotando inquieto con la cabeza alerta De la profundidad del monte, el malacara respondía a los relinchos vibrantes de su compañero, con los suyos cortos y rápidos, en que había sin duda una fraternal promesa de abundante comida. Lo más irritante para el alazán era que el malacara reaparecía dos o tres veces en el día para beber Prometíase aquél, entonces, no abandonar un instante a su compañero, y durante algunas horas, en efecto, la pareja pastaba en admirable conserva. Pero de pronto el malacara, con su soga a rastra, se internaba en el chircal, y cuando el alazán, al darse cuenta de su soledad, se lanzaba en su persecución, hallaba el monte inextricable. Esto sí, de adentro, muy cerca aún, el maligno malacara respondía a sus desesperados relinchos, con un relinchillo a boca llena.

Hasta que esa mañana el viejo alazán halló la brecha muy sencillamente· cruzando por frente al chircal que desde el monte avanzaba cincuenta metros en el campo, vio un vago sendero que lo condujo en perfecta línea oblicua al monte. Allí estaba el malacara, deshojando árboles.

La cosa era muy simple: el malacara, cruzando un día el chircal, había hallado la brecha abierta en el monte por un incienso desarraigado. Repitió su avance a través del chircal, hasta llegar a conocer perfectamente la entrada del túnel. Entonces usó del viejo camino que con el alazán habían formado a lo largo de la línea del monte. Y aquí estaba la causa del trastorno del alazán: la entrada de la senda formaba una línea sumamente oblicua con el camino de los caballos, de modo que el alazán, acostumbrado a recorrer éste de sur a norte y jamás de norte a sur, no hubiera hallado jamás la brecha.

En un instante estuvo unido a su compañero, y juntos entonces, sin más preocupación que la de despuntar torpemente las palmeras jóvenes, los dos caballos decidieron alejarse del malhadado potrero que sabían ya de memoria.

El monte, sumamente raleado, permitía un fácil avance, aun a caballos. Del bosque no quedaba en verdad sino una franja de doscientos metros de ancho. Tras él, una capuera de dos años se empenachaba de tabaco salvaje. El viejo alazán, que en su juventud había correteado capueras hasta vivir perdido seis meses en ellas, dirigió la marcha, y en media hora los tabacos inmediatos quedaron desnudos de hojas hasta donde alcanza un pescuezo de caballo.

Caminando, comiendo, curioseando, el alazán y el malacara cruzaron la capuera hasta que un alambrado los detuvo.

—Un alambrado — dijo el alazán.

—Sí, alambrado — asintió el malacara. Y ambos, pasando la cabeza sobre el hilo superior, contemplaron atentamente. Desde allí se veía un alto pastizal de viejo rozado, blanco por la helada, un bananal y

una plantación nueva Todo ello poco tentador, sin duda; pero los caballos entendían ver eso, y uno tras otro siguieron el alambrado a la derecha.

Dos minutos después pasaban: un árbol, seco en pie por el fuego, había caído sobre los hilos. Atravesaron la blancura del pasto helado en que sus pasos no sonaban, y bordeando el rojizo bananal, quemado por la escarcha, vieron entonces de cerca qué eran aquellas plantas nuevas

—Es yerba — constató el malacara, haciendo temblar los labios a medio centímetro de las hojas coriáceas La decepción pudo haber sido grande; mas los caballos, si bien golosos, aspiraban sobre todo a pasear. De modo que cortando oblicuamente el yerbal prosiguieron su camino, hasta que un nuevo alambrado contuvo a la pareja Costearonlo con tranquilidad grave y paciente, llegando así a una tranquera, abierta para su dicha, y los paseantes se vieron de repente en pleno camino real

Ahora bien, para los caballos, aquello que acababan de hacer tenía todo el aspecto de una proeza. Del potrero aburridor a la libertad presente, había infinita distancia. Mas por infinita que fuera los caballos pretendían prolongarla aún, y así, después de observar con perezosa atención los alrededores quitáronse mútuamente la caspa del pescuezo, y en mansa felicidad prosiguieron su aventura

El día, en verdad, favorecía tal estado de alma La bruma matinal de Misiones acababa de disiparse del todo, y bajo el cielo súbitamente puro, el paisaje brillaba de esplendorosa claridad Desde la loma cuya cumbre ocupaban en ese momento los dos caballos, el camino de tierra colorada cortaba el pasto delante de ellos con precisión admirable, descendía al valle

blanco de espartillo helado, para tornar a subir hasta el monte lejano. El viento, muy frío, cristalizaba aún más la claridad de la mañana de oro, y los caballos, que sentían de frente el sol, casi horizontal todavía, entrecerraban los ojos al dichoso deslumbramiento.

Seguían así, solos y gloriosos de libertad en el camino encendido de luz, hasta que al doblar una punta de monte vieron a orillas del camino cierta extensión de un verde inusitado. ¿Pasto? Sin duda Mas en pleno invierno...

Y con las narices dilatadas de gula, los caballos se acercaron al alambrado. ¡Sí, pasto fino, pasto admirable! ¡Y entrarían, ellos, los caballos libres!

Hay que advertir que el alazán y el malacara poseían desde esa madrugada alta idea de sí mismos. Ni tranquera, ni alambrado, ni monte, ni desmonte, nada era para ellos obstáculo. Habían visto cosas extraordinarias, salvado dificultades no creíbles, y se sentían gordos, orgullosos y facultados para tomar la decisión más estrafalaria que ocurrírseles pudiera.

En este estado de énfasis, vieron a cien metros de ellos varias vacas detenidas a orillas del camino, y encaminándose allá llegaron a la tranquera, cerrada con cinco robustos palos Las vacas estaban inmóviles, mirando fijamente el verde paraíso inalcanzable

—¿Por qué no entran? — preguntó el alazán a las vacas.

—Porque no se puede — le respondieron

—Nosotros pasamos por todas partes — afirmó el alazán, altivo —. Desde hace un mes pasamos por todas partes.

Con el fulgor de su aventura, los caballos habían perdido sinceramente el sentido del tiempo. Las vacas no se dignaron siquiera mirar a los intrusos.

—Los caballos no pueden —dijo una vaquillona movediza—. Dicen eso y no pasan por ninguna parte. Nosotras sí pasamos por todas partes.

—Tienen soga — añadió una vieja madre sin volver la cabeza.

—¡Yo no, yo no tengo soga! —respondió vivamente el alazán—. Yo vivía en las capueras y pasaba.

—¡Sí, detrás de nosotras! Nosotras pasamos y ustedes no pueden.

La vaquillona movediza intervino de nuevo.

—El patrón dijo el otro día: a los caballos con un solo hilo se los contiene. ¿Y entonces?... ¿Ustedes no pasan?

—No, no pasamos — repuso sencillamente el malacara, convencido por la evidencia.

—¡Nosotras sí!

Al honrado malacara, sin embargo, se le ocurrió de pronto que las vacas, atrevidas y astutas, impenitentes invasoras de chacras y del Código Rural, tampoco pasaban la tranquera.

—Esta tranquera es mala —objetó la vieja madre— ¡El sí! Corre los palos con los cuernos.

—¿Quién? — preguntó el alazán

Todas las vacas volvieron a él la cabeza con sorpresa

—¡El toro, Barigüí! El puede más que los alambrados malos.

—¿Alambrados?. . ¿Pasa?

—¡Todo! Alambre de púa también Nosotras pasamos después.

Los dos caballos, vueltos ya a su pacífica condición de animales a que un solo hilo contiene, se sintieron ingenuamente deslumbrados por aquel héroe capaz de afrontar el alambre de púa, la cosa más terrible que puede hallar el deseo de pasar adelante.

De pronto las vacas se removieron mansamente· a lento paso llegaba el toro. Y ante aquella chata y obstinada frente dirigida en tranquila recta a la tranquera, los caballos comprendieron humildemente su inferioridad.

Las vacas se apartaron, y Bariguí, pasando el testuz bajo una tranca, intentó hacerla correr a un lado.

Los caballos levantaron las orejas, admirados, pero la tranca no corrió Una tras otra, el toro probó sin resultado su esfuerzo inteligente: el chacarero, dueño feliz de la plantación de avena, había asegurado la tarde anterior los palos con cuñas

El toro no intentó más Volviéndose con pereza, olfateó a lo lejos entrecerrando los ojos, y costeó luego el alambrado, con ahogados mugidos sibilantes.

Desde la tranquera, los caballos y las vacas miraban En determinado lugar el toro pasó los cuernos bajo el alambre de púa, tendiéndolo violentamente hacia arriba con el testuz, y la enorme bestia pasó arqueando el lomo. En cuatro pasos más estuvo entre la avena, y las vacas se encaminaron entonces allá, intentando a su vez pasar Pero a las vacas falta evidentemente la decisión masculina de permitir en la piel sangrientos rasguños, y apenas introducían el cuello lo retiraban presto con mareante cabeceo.

Los caballos miraban siempre.

—No pasan — observó el malacara.

—El toro pasó — repuso el alazán —. Come mucho.

Y la pareja se dirigía a su vez a costear el alambrado por la fuerza de la costumbre, cuando un mugido, claro y berreante ahora, llegó hasta ellos dentro del avenal el toro, con cabriolas de falso ataque, bramaba ante el chacarero que con un palo trataba de alcanzarlo.

—¿Añá!... Te voy a dar saltitos... — gritaba el hombre Barigui, siempre danzando y berreando ante el hombre, esquivaba los golpes. Maniobraron así cincuenta metros, hasta que el chacarero pudo forzar a la bestia contra el alambrado. Pero ésta, con la decisión pesada y bruta de su fuerza hundió la cabeza entre los hilos y pasó, bajo un agudo violineo de alambre y de grampas lanzadas a veinte metros.

Los caballos vieron cómo el hombre volvía precipitadamente a su rancho, y tornaba a salir con el rostro pálido. Vieron también que saltaba el alambrado y se encaminaba en dirección de ellos, por lo cual los compañeros, ante aquel paso que avanzaba decidido, retrocedieron por el camino en dirección a su chacra.

Como los caballos marchaban dócilmente a pocos pasos delante del hombre, pudieron llegar juntos a la chacra del dueño del toro, siéndoles dado oir la conversación.

Es evidente, por lo que de ello se desprende, que el hombre había sufrido lo indecible con el toro del polaco Plantaciones, por inaccesibles que hubieran sido dentro del monte; alambrados, por grande que fuera su tensión e infinito el número de hilos, todo lo arrolló el toro con sus hábitos de pillaje. Se deduce también que los vecinos estaban hartos de la bestia y de su dueño, por los incesantes destrozos de aquélla. Pero como los pobladores de la región difícilmente denuncian al Juzgado de Paz perjuicios de animales, por duros que les sean, el toro proseguía comiendo en todas partes menos en la chacra de su dueño, el cual, por otro lado, parecía divertirse mucho con esto.

De este modo, los caballos vieron y oyeron al irritado chacarero y al polaco cazurro.

—¡Es la última vez, don Zaninski, que vengo a verlo por su toro! Acaba de pisotearme toda la avena. ¡Ya no se puede más!

El polaco, alto y de ojillos azules, hablaba con extraordinario y meloso falsete.

—¡Ah, toro, malo! ¡Mí no puede! ¡Mí ata, escapa! ¡Vaca tiene culpa! ¡Toro sigue vaca!

—¡Yo no tengo vacas, usted bien sabe!

—¡No, no! ¡Vaca Ramírez! ¡Mí queda loco, toro!

—Y lo peor es que afloja todos los hilos, usted lo sabe también!

—¡Sí, sí, alambre! ¡Ah, mí no sabe! ...

—¡Bueno!, vea don Zaninski: yo no quiero cuestiones con vecinos, pero tenga por última vez cuidado con su toro para que no entre por el alambrado del fondo; en el camino voy a poner alambre nuevo.

—¡Toro pasa por camino! ¡No fondo!

—Es que ahora no va a pasar por el camino.

—¡Pasa, toro! ¡No púa, no nada! ¡Pasa todo!

—No va a pasar.

—¿Qué pone?

—Alambre de púa... pero no va a pasar.

—¡No hace nada púa!

—Bueno; haga lo posible porque no entre, porque si pasa se va a lastimar.

El chacarero se fue. Es como lo anterior evidente que el maligno polaco, riéndose una vez más de las gracias del animal, compadeció, si cabe en lo posible, a su vecino que iba a construir un alambrado infranqueable por su toro. Seguramente se frotó las manos:

—¡Mí no podrán decir nada esta vez si toro come toda avena!

Los caballos reemprendieron de nuevo el camino que los alejaba de su chacra, y un rato después llegaban al lugar en que Bariguí había cumplido su hazaña. La bestia estaba allí siempre, inmóvil en medio del camino, mirando con solemne vaciedad de idea desde hacía un cuarto de hora, un punto fijo de la distancia. Detrás de él, las vacas dormitaban al sol ya caliente, rumiando.

Pero cuando los pobres caballos pasaron por el camino, ellas abrieron los ojos, despreciativas:

—Son los caballos. Querían pasar el alambrado. Y tienen soga.

—¡Bariguí sí pasó!

—A los caballos un solo hilo los contiene.

—Son flacos.

Esto pareció herir en lo vivo al alazán, que volvió la cabeza:

—Nosotros no estamos flacos. Ustedes, sí están. No va a pasar más aquí — añadió señalando los alambres caídos, obra de Bariguí.

—¡Bariguí pasa siempre! Después pasamos nosotras. Ustedes no pasan.

—No va a pasar más. Lo dijo el hombre.

—El comió la avena del hombre. Nosotras pasamos después.

El caballo, por mayor intimidad de trato, es sensiblemente más afecto al hombre que la vaca. De aquí que el malacara y el alazán tuvieran fe en el alambrado que iba a construir el hombre.

La pareja prosiguió su camino, y momentos después, ante el campo libre que se abría ante ellos, los

dos caballos bajaron la cabeza a comer, olvidándose de las vacas.

Tarde ya, cuando el sol acababa de entrar, los dos caballos se acordaron del maíz y emprendieron el regreso. Vieron en el camino al chacarero que cambiaba todos los postes de su alambrado, y a un hombre rubio que detenido a su lado a caballo, lo miraba trabajar.

—Le digo que va a pasar — decía el pasajero.

—No pasará dos veces — replicaba el chacarero

—¡Usted verá! ¡Esto es un juego para el maldito toro del polaco! ¡Va a pasar!

—No pasará dos veces — repetía obstinadamente el otro

Los caballos siguieron, oyendo aún palabras cortadas:

—...reir!

— .veremos.

Dos minutos más tarde el hombre rubio pasaba a su lado a trote inglés El malacara y el alazán, algo sorprendidos de aquel paso que no conocían, miraron perderse en el valle al hombre presuroso.

—¡Curioso! — observó el malacara después de largo rato — El caballo va al trote y el hombre al galope.

Prosiguieron. Ocupaban en ese momento la cima de la loma, como esa mañana Sobre el cielo pálido y frío, sus siluetas se destacaban en negro, en mansa y cabizbaja pareja, el malacara delante, el alazán detrás. La atmósfera, ofuscada durante el día por la excesiva luz del sol, adquiría a esa semisombra crepuscular una transparencia casi fúnebre. El viento había cesado por completo, y con la calma del atardecer, en que el termómetro comenzaba a caer veloz-

mente, el valle helado expandía su penetrante humedad, que se condensaba en rastreante neblina en el fondo sombrío de las vertientes. Revivía, en la tierra ya enfriada, el invernal olor de pasto quemado, y cuando el camino costeaba el monte, el ambiente, que se sentía de golpe más frío y húmedo, se tornaba excesivamente pesado de perfume de azahar

Los caballos entraron por el portón de su chacra, pues el muchacho, que hacía sonar el cajoncito de maíz. había oído su ansioso trémulo. El viejo alazán obtuvo el honor de que se le atribuyera la iniciativa de la aventura, viéndose gratificado con una soga, a efectos de lo que pudiera pasar.

Pero a la mañana siguiente, bastante tarde ya a causa de la densa neblina, los caballos repitieron su escapatoria. atravesando otra vez el tabacal salvaje. hollando con mudos pasos el pastizal helado, salvando la tranquera abierta aún

La mañana encendida de sol, muy alto ya, reverberaba de luz, y el calor excesivo prometía para muy pronto cambio de tiempo. Después de trasponer la loma, los caballos vieron de pronto a las vacas detenidas en el camino, y el recuerdo de la tarde anterior excitó sus ojeras y su paso. querían ver cómo era el nuevo alambrado.

Pero su decepción, al llegar, fue grande. En los postes nuevos —oscuros y torcidos— había dos simples alambres de púa, gruesos tal vez, pero únicamente dos.

No obstante su mezquina audacia, la vida constante en chacras había dado a los caballos cierta experiencia en cercados. Observaron atentamente aquello, especialmente los postes.

—Son de madera de ley — observó el malacara

—Sí, cernes quemados.

Y tras otra larga mirada de examen, constató

—El hilo pasa por el medio, no hay grampas.

—Están muy cerca uno de otro.

Cerca, los postes, sí, indudablemente tres metros Pero en cambio, aquellos dos modestos alambres en reemplazo de los cinco hilos del cercado anterior, desilusionaron a los caballos ¿Cómo era posible que el hombre creyera que aquel alambrado para terneros iba a contener al terrible toro?

—El hombre dijo que no iba a pasar — se atrevió sin embargo el malacara, que en razón de ser el favorito de su amo, comía más maíz, por lo cual sentíase más creyente.

Pero las vacas lo habían oído

—Son los caballos Los dos tienen soga. Ellos no pasan. Bariguí pasó ya

—¿Pasó? ¿Por aquí? — preguntó descorazonado el malacara.

—Por el fondo. Por aquí pasa también. Comió la avena

Entretanto, la vaquilla locuaz había pretendido pasar los cuernos entre los hilos; y una vibración aguda, seguida de un seco golpe en los cuernos, dejó en suspenso a los caballos.

—Los alambres están muy estirados — dijo después de largo examen el alazán.

—Sí Más estirado no se puede ..

Y ambos, sin apartar los ojos de los hilos, pensaban confusamente en cómo se podría pasar entre los dos hilos

Las vacas, mientras tanto, se animaban unas a otras.

—El pasó ayer. Pasa el alambre de púa. Nosotras después.

—Ayer no pasaron. Las vacas dicen sí, y no pasan — oyeron al alazán

—¡Aquí hay púa, y Bariguí pasa! ¡Allí viene!

Costeando por adentro el monte del fondo, a doscientos metros aún, el toro avanzaba hacia el avenal Las vacas se colocaron todas de frente al cercado, siguiendo atentas con los ojos a la bestia invasora. Los caballos, inmóviles, alzaron las orejas.

—¡Come toda la avena! ¡Después pasa!

—Los hilos están muy estirados — observó aún el malacara, tratando siempre de precisar lo que sucedería si...

—¡Comió la avena! ¡El hombre viene! ¡Viene el hombre! — lanzó la vaquilla locuaz.

En efecto, el hombre acababa de salir del rancho y avanzaba hacia el toro. Traía el palo en la mano, pero no parecía iracundo; estaba sí muy serio y con el ceño contraído.

El animal esperó a que el hombre llegara frente a él, y entonces dio principio a los mugidos con bravatas de cornadas El hombre avanzó más, el toro comenzó a retroceder, berreando siempre y arrasando la avena con sus bestiales cabriolas Hasta que, a diez metros ya del camino, volvió grupas con un postrer mugido de desafío burlón, y se lanzó sobre el alambrado.

—¡Viene Bariguí! ¡El pasa todo! ¡Pasa alambre de púa! — alcanzaron a clamar las vacas.

Con el impulso de su pesado trote, el enorme toro bajó la cabeza y hundió los cuernos entre los dos hilos. Se oyó un agudo gemido de alambre, un estri-

dente chirrido que se propagó de poste a poste hasta el fondo, y el toro pasó.

Pero de su lomo y de su vientre, profundamente abiertos, canalizados desde el pecho a la grupa, llovían ríos de sangre. La bestia, presa de estupor, quedó un instante atónita y temblando Se alejó luego al paso, inundando el pasto de sangre, hasta que a los veinte metros se echó, con un ronco suspiro.

A mediodía el polaco fue a buscar a su toro, y lloró en falsete ante el chacarero impasible. El animal se había levantado, y podía caminar Pero su dueño, comprendiendo que le costaría mucho trabajo curarlo —si esto aún era posible— lo carneó esa tarde, y al día siguiente al malacara le tocó en suerte llevar a su casa en la maleta, dos kilos de carne del toro muerto.

LOS INMIGRANTES

El hombre y la mujer caminaban desde las cuatro de la mañana El tiempo, descompuesto en asfixiante calma de tormenta, tornaba aún más pesado el vaho nitroso del estero. La lluvia cayó por fin, y durante una hora la pareja, calada hasta los huesos, avanzó obstinadamente.

El agua cesó. El hombre y la mujer se miraron entonces con angustiosa desesperanza.

—¿Tienes fuerzas para caminar un rato aún? —dijo él—. Tal vez los alcancemos..

La mujer, lívida y con profundas ojeras, sacudió la cabeza.

—Vamos — repuso, prosiguiendo el camino

Pero al rato se detuvo, cogiéndose crispada de una rama. El hombre, que iba delante, se volvió al oír el gemido.

—¡No puedo más!... —murmuró ella con la boca torcida y empapada en sudor—. ¡Ay, Dios mío!. .

El hombre, tras una larga mirada a su alrededor, se convenció de que nada podía hacer. Su mujer estaba encinta. Entonces, sin saber dónde ponía los pies, alucinado de excesiva fatalidad, el hombre cortó ramas, tendiólas en el suelo y acostó a su mujer encima. El se sentó a la cabecera, colocando sobre sus piernas la cabeza de aquélla.

Pasó un cuarto de hora en silencio. Luego la mujer se estremeció hondamente y fue menester enseguida toda la fuerza maciza del hombre para con-

tener aquel cuerpo proyectado violentamente a todos lados por la eclampsia.

Pasado el ataque, él quedó un rato aún sobre su mujer, cuyos brazos sujetaba en tierra con las rodillas Al fin se incorporó, alejóse unos pasos vacilante, se dio un puñetazo en la frente y tornó a colocar sobre sus piernas la cabeza de su mujer sumida ahora en profundo sopor.

Hubo otro ataque de eclampsia, del cual la mujer salió más inerte. Al rato tuvo otro, pero al concluir éste, la vida concluyó también.

El hombre lo notó cuando aún estaba a horcajadas sobre su mujer, sumando todas sus fuerzas para contener las convulsiones Quedó aterrado, fijos los ojos en la bullente espuma de la boca, cuyas burbujas sanguinolentas se iban ahora resumiendo en la negra cavidad.

Sin saber lo que hacía, le tocó la mandíbula con el dedo

—¡Carlota! — dijo con una voz que no era la suya, y que no tenía entonación alguna. El sonido de su voz lo volvió a sí, e incorporándose entonces miró a todas partes con ojos extraviados

—Es demasiada fatalidad — murmuró.

—Es demasiada fatalidad... — murmuró otra vez, esforzándose entretanto por precisar lo que había pasado. Venían de Europa, eso no ofrecía duda, y habían dejado allá a su primogénito de dos años. Su mujer estaba encinta e iban a Makallé con otros compañeros... Habían quedado retrasados y solos porque ella no podía caminar bien... Y en malas condiciones, acaso, acaso su mujer hubiera podido encontrarse en peligro.

Y bruscamente se volvió, mirando enloquecido:

—¡Muerta, allí!. .

Sentóse de nuevo, y volviendo a colocar la cabeza muerta de su mujer sobre sus muslos, pensó cuatro horas en lo que haría.

No arribó a pensar nada; pero cuando la tarde caía cargó a su mujer en los hombros y emprendió el camino de vuelta

Bordeaban otra vez el estero El pajonal se extendía sin fin en la noche plateada, inmóvil y todo zumbante de mosquitos El hombre, con la nuca doblada, caminó con igual paso, hasta que su mujer muerta cayó bruscamente de su espalda El quedó un instante de pie, rígido, y se desplomó tras ella.

Cuando despertó, el sol quemaba Comió bananas de filodendro, aunque hubiera deseado algo más nutritivo, puesto que antes de poder depositar en tierra sagrada el cadáver de su esposa, debían pasar días aún.

Cargó otra vez con el cadáver, pero sus fuerzas disminuían. Rodeándola entonces con lianas entretejidas, hizo un fardo con el cuerpo y avanzó así con menos fatiga.

Durante tres días, descansando, siguiendo de nuevo, bajo el cielo blanco de calor, devorado de noche por los insectos, el hombre caminó y caminó, sonambulizado de hambre, envenenado de miasmas cadavéricos — toda su misión concentrada en una sola y obstinada idea: arrancar al país hostil y salvaje el cuerpo adorado de su mujer.

La mañana del cuarto día vióse obligado a detenerse, y apenas de tarde pudo continuar su camino. Pero cuando el sol se hundía, un profundo escalofrío corrió por los nervios agotados del hombre, y ten-

diendo entonces el cuerpo muerto en tierra, se sentó a su lado.

La noche había caído ya, y el monótono zumbido de mosquitos llenaba el aire solitario. El hombre pudo sentirlos tejer su punzante red sobre su rostro, pero del fondo de su médula helada los escalofríos montaban sin cesar.

La luna ocre en menguante había surgido al fin tras el estero Las pajas altas y rígidas brillaban hasta el confín en fúnebre mar amarillento La fiebre perniciosa subía ahora a escape

El hombre echó una ojeada a la horrible masa blanduzca que yacía a su lado, y cruzando sus manos sobre las rodillas quedóse mirando fijamente adelante, al estero venenoso, en cuya lejanía el delirio dibujaba una aldea de Silesia, a la cual él y su mujer, Carlota Phoening, regresaban felices y ricos a buscar a su adorado primogénito.

NUESTRO PRIMER CIGARRO

Ninguna época de mayor alegría que la que nos proporcionó a María y a mí, nuestra tía con su muerte.

Lucía volvía de Buenos Aires, donde había pasado tres meses. Esa noche, cuando nos acostamos, oímos que Lucía decía a mamá.

—¡Qué extraño! Tengo las cejas hinchadas.

Mamá examinó seguramente las cejas de tía, pues después de un rato contestó:

—Es cierto . ¿No sientes nada?

—No. . sueño.

Al día siguiente, hacia las dos de la tarde, notamos de pronto fuerte agitación en casa, puertas que se abrían y no se cerraban, diálogos cortados de exclamaciones, y semblantes asustados. Lucía tenía viruela, y de cierta especie hemorrágica que había adquirido en Buenos Aires.

Desde luego, a mi hermana y a mí nos entusiasmó el drama. Las criaturas tienen casi siempre la desgracia de que las grandes cosas no pasen en su casa. Esta vez nuestra tía —¡casualmente nuestra tía!— ¡enferma de viruela! Yo, chico feliz, contaba ya en mi orgullo la amistad de un agente de policía, y el contacto con un payaso que saltando las gradas había tomado asiento a mi lado. Pero ahora el gran acontecimiento pasaba en nuestra propia casa, y al comunicarlo al primer chico que se detuvo en la puerta de calle a mirar, había ya en mis ojos la va-

nidad con que una criatura de riguroso luto pasa por primera vez ante sus vecinillos atónitos y envidiosos

Esa misma tarde salimos de casa, instalándonos en la única que pudimos hallar con tanta premura, una vieja quinta de los alrededores Una hermana de mamá, que había tenido viruela en su niñez, quedó al lado de Lucía.

Seguramente en los primeros días mamá pasó crueles angustias por sus hijos que habían besado a la virolenta. Pero en cambio nosotros, convertidos en furiosos Robinsones, no teníamos tiempo para acordarnos de nuestra tía Hacía mucho tiempo que la quinta dormía en su sombrío y húmedo sosiego. Naranjos blanquecinos de diaspis, duraznos rajados en la horqueta, membrillos con aspecto de mimbres, higueras rastreantes a fuerza de abandono, aquello daba, en su tupida hojarasca que ahogaba los pasos, fuerte sensación de paraíso.

Nosotros no éramos precisamente Adán y Eva, pero sí heroicos Robinsones, arrastrados a nuestro destino por una gran desgracia de familia· la muerte de nuestra tía, acaecida cuatro días después de comenzar nuestra exploración.

Pasábamos el día entero huroneando por la quinta, bien que las higueras, demasiado tupidas al pie, nos inquietaran un poco. El pozo también suscitaba nuestras preocupaciones geográficas Era éste un viejo pozo inconcluso, cuyos trabajos se habían detenido a los catorce metros sobre el fondo de piedra, y que desaparecía ahora entre los culantrillos y doradillas de sus paredes. Era, sin embargo, menester explorarlo, y por vía de avanzada logramos con infinitos esfuerzos llevar hasta su borde una gran piedra. Como el pozo quedaba oculto tras un macizo de cañas, nos

fue permitida esta maniobra sin que mamá se enterase No obstante, María, cuya inspiración poética primó siempre en nuestras empresas, obtuvo que apla- záramos el fenómeno hasta que una gran lluvia, llenando el pozo, nos proporcionara satisfacción artística, a la par que científica.

Pero lo que sobre todo atrajo nuestros asaltos diarios fue el cañaveral. Tardamos dos semanas enteras en explorar como era debido aquel diluviano enredo de varas verdes, varas secas, varas verticales, varas dobladas, atravesadas, rotas hacia tierra Las hojas secas, detenidas en su caída, entretejían el macizo, que llenaba el aire de polvo y briznas al menor contacto.

Aclaramos el secreto, sin embargo: y sentados con mi hermana en la sombría guarida de algún rincón, bien juntos y mudos en la semioscuridad, gozamos horas enteras el orgullo de no sentir miedo.

Fue allí donde una tarde, avergonzados de nuestra poca iniciativa, inventamos fumar Mamá era viuda; con nosotros vivían habitualmente dos hermanas suyas, y en aquellos momentos un hermano, precisamente el que había venido con Lucía de Buenos Aires.

Este nuestro tío de veinte años, muy elegante y presumido, habíase atribuido sobre nosotros dos cierta potestad que mamá, con el disgusto actual y su falta de carácter, fomentaba.

María y yo, por de pronto, profesábamos cordialísima antipatía al padrastrillo

—Te aseguro —decía él a mamá, señalándonos con el mentón— que desearía vivir siempre contigo para vigilar a tus hijos. Te van a dar mucho trabajo.

—¡Déjalos! — respondía mamá cansada.

Nosotros no decíamos nada; pero nos mirábamos por encima del plato de sopa.

A este severo personaje, pues, habíamos robado un paquete de cigarrillos; y aunque nos tentaba iniciarnos súbitamente en la viril virtud, esperamos el artefacto Este consistía en una pipa que yo había fabricado con un trozo de caña, por depósito; una varilla de cortina, por boquilla; y por cemento, masilla de un vidrio recién colocado. La pipa era perfecta grande, liviana y de varios colores.

En nuestra madriguera del cañaveral cargámosla María y yo con religiosa y firme unción. Cinco cigarrillos dejaron su tabaco adentro; y sentándonos entonces con las rodillas altas, encendí la pipa y aspiré María, que devoraba mi acto con los ojos, notó que los míos se cubrían de lágrimas: jamás se ha visto ni verá cosa más abominable. Deglutí, sin embargo, valerosamente la nauseosa saliva.

—¿Rico? — me preguntó María ansiosa, tendiendo la mano.

—Rico — le contesté pasándole la horrible máquina.

María chupó, y con más fuerza aún. Yo, que la observaba atentamente, noté a mi vez sus lágrimas y el movimiento simultáneo de labios, lengua y garganta, rechazando aquello Su valor fue mayor que el mío.

—Es rico — dijo con los ojos llorosos y haciendo casi un puchero. Y se llevó heroicamente otra vez a la boca la varilla de bronce.

Era inminente salvarla. El orgullo, sólo él, la precipitaba de nuevo a aquel infernal humo con gusto a sal de Chantaud, el mismo orgullo que me había hecho alabarle la nauseabunda fogata

—¡Psht! —dije bruscamente, prestando oído—, me parece el gargantilla del otro día.. debe de tener nido aquí .

María se incorporó, dejando la pipa de lado, y con el oído atento y los ojos escudriñantes, nos alejamos de allí, ansiosos aparentemente de ver al animalito, pero en verdad asidos como moribundos a aquel honorable pretexto de mi invención, para retirarnos prudentemente del tabaco sin que nuestro orgullo sufriera.

Un mes más tarde volví a la pipa de caña, pero entonces con muy distinto resultado.

Por alguna que otra travesura nuestra, el padrastrillo habíanos ya levantado la voz mucho más duramente de lo que podíamos permitirle mi hermana y yo. Nos quejamos a mamá.

—¡Bah!, no hagan caso — nos respondió, sin oírnos casi—; él es así

—¡Es que nos va a pegar un día! — gimoteó María

—Si ustedes no le dan motivo, no ¿Qué le han hecho? — añadió dirigiéndose a mí

—Nada, mamá... ¡Pero yo no quiero que me toque! — objeté a mi vez.

En este momento entró nuestro tío

—¡Ah! aquí esta el buena pieza de tu Eduardo. . ¡Te va a sacar canas este hijo, ya verás!

—Se quejan de que quieres pegarles.

—¿Yo? —exclamó el padrastrillo midiéndome—. No lo he pensado aún Pero en cuanto me faltes al respeto...

—Y harás bien — asintió mamá.

—¡Yo no quiero que me toque! —repetí enfurruñado y rojo—. ¡El no es papá!

—Pero a falta de tu pobre padre, es tu tío ¡En fin, déjenme tranquila! — concluyó apartándonos.

Solos en el patio, María y yo nos miramos con altivo fuego en los ojos.

—¡Nadie me va a pegar a mí — asenté.

—¡No... ni a mí tampoco! — apoyó ella, por la cuenta que le iba.

—¡Es un zonzo!

Y la inspiración vino bruscamente, y como siempre, a mi hermana, con furibunda risa y marcha triunfal

—¡Tío Alfonso... es un zonzo! ¡Tío Alfonso . es un zonzo!

Cuando un rato después tropecé con el padrastrillo, me pareció, por su mirada, que nos había oído. Pero ya habíamos planteado la historia del Cigarro Pateador, epíteto éste a la mayor gloria de la mula Maud.

El cigarro pateador consistió, en sus líneas elementales, en un cohete que rodeado de papel de fumar, fue colocado en el atado de cigarrillos que tío Alfonso tenía siempre en su velador, usando de ellos a la siesta.

Un extremo había sido cortado a fin de que el cigarro no afectara excesivamente al fumador. Con el violento chorro de chispas había bastante, y en su total, todo el éxito estribaba en que nuestro tío, adormilado, no se diera cuenta de la singular rigidez de su cigarrillo.

Las cosas se precipitan a veces de tal modo, que no hay tiempo ni aliento para contarlas. Sólo sé que una siesta el padrastrillo salió como una bomba de su cuarto, encontrando a mamá en el comedor.

—¡Ah, estás acá! ¿Sabes lo que han hecho? ¡Te juro que esta vez se van a acordar de mí!

—¡Alfonso!

—¿Qué? ¡No faltaba más que tú también!... ¡Si no sabes educar a tus hijos, yo lo voy a hacer!

Al oír la voz furiosa del tío, yo, que me ocupaba inocentemente con mi hermana en hacer rayitas en el brocal del aljibe, evolucioné hasta entrar por la segunda puerta en el comedor, y colocarme detrás de mamá. El padrastrillo me vio entonces y se lanzó sobre mí.

—¡Yo no hice nada! — grité.

—¡Espérate! — rugió mi tío, corriendo tras de mí alrededor de la mesa.

—¡Alfonso, déjalo!

—¡Después te lo dejaré!

—¡Yo no quiero que me toque!

—¡Vamos, Alfonso! ¡Pareces una criatura!

Esto era lo último que se podía decir al padrastrillo Lanzó un juramento y sus piernas en mi persecución con tal velocidad, que estuvo a punto de alcanzarme. Pero en ese instante salía yo como de una honda por la puerta abierta, y disparaba hacia la quinta, con mi tío detrás.

En cinco segundos pasamos como una exhalación por los durazneros, los naranjos y los perales, y fue en este momento cuando la idea del pozo, y su piedra surgió terriblemente nítida.

—¡No quiero que me toque! — grité aún.

—¡Espérate!

En ese instante llegamos al cañaveral.

—¡Me voy a tirar al pozo! — aullé para que mamá me oyera.

—¡Yo soy el que te voy a tirar!

Bruscamente desaparecí a sus ojos tras las cañas, corriendo siempre, di un empujón a la piedra exploradora que esperaba una lluvia, y salté de costado, hundiéndome bajo la hojarasca.

Tío desembocó enseguida, a tiempo que dejando de verme, sentía allá en el fondo del pozo el abominable zumbido de un cuerpo que se aplastaba

El padrastrillo se detuvo, totalmente lívido, volvió a todas partes sus ojos dilatados, y se aproximó al pozo. Trató de mirar adentro, pero los culantrillos se lo impidieron. Entonces pareció reflexionar, y después de una atenta mirada al pozo y sus alrededores comenzó a buscarme

Como desgraciadamente para el caso, hacía poco tiempo que el tío Alfonso cesara a su vez de esconderse para evitar los cuerpo a cuerpo con sus padres, conservaba aún muy frescas las estrategias subsecuentes, e hizo por mi persona cuanto era posible hacer para hallarme.

Descubrió enseguida mi cubil, volviendo pertinazmente a él con admirable olfato, pero fuera de que la hojarasca diluviana me ocultaba del todo, el ruido de mi cuerpo estrellándose obsediaba a mi tío, que no buscaba bien, en consecuencia

Fue pues resuelto que yo yacía aplastado en el fondo del pozo, dando entonces principio a lo que llamaríamos mi venganza póstuma. El caso era bien claro: ¿con qué cara mi tío contaría a mamá que yo me había suicidado para evitar que él me pegara?

Pasaron diez minutos.

—¡Alfonso! — sonó de pronto la voz de mamá en el patio

—¿Mercedes? — respondió aquél tras una brusca sacudida

Seguramente mamá presintió algo, porque su voz sonó de nuevo, alterada

—¿Y Eduardo? ¿Dónde está? — agregó avanzando.

—¡Aquí, conmigo! —contestó riendo—. Ya hemos hecho las paces.

Como de lejos mamá no podía ver su palidez ni la ridícula mueca que él pretendía ser beatífica sonrisa, todo fue bien

—¿No le pegaste, no? — insistió aún mamá

—No ¡Si fue una broma!

Mamá entró de nuevo. ¡Broma! Broma comenzaba a ser la mía para el padrastrillo

Celia, mi tía mayor, que había concluido de dormir la siesta, cruzó el patio y Alfonso la llamó en silencio con la mano Momentos después Celia lanzaba un ¡oh! ahogado, llevándose las manos a la cabeza

—¡Pero, cómo! ¡Qué horror! ¡Pobre, pobre Mercedes! ¡Qué golpe!

Era menester resolver algo antes que Mercedes se enterara. ¿Sacarme, con vida aún?... El pozo tenía catorce metros sobre piedra viva Tal vez, quién sabe . Pero para ello sería preciso traer sogas, hombres, y Mercedes ..

—¡Pobre, pobre madre! — repetía mi tía.

Justo es decir que para mí, el pequeño héroe, mártir de su dignidad corporal, no hubo una sola lágrima Mamá acaparaba todos los entusiasmos de aquel dolor, sacrificándole ellos la remota probabilidad de vida que yo pudiera aún conservar allá abajo Lo cual, hiriendo mi doble vanidad de muerto y de vivo, avivó mi sed de venganza.

Media hora después mamá volvió a preguntar por mí, respondiéndole Celia con tan pobre diplomacia,

que mamá tuvo enseguida la seguridad de una catástrofe

—¡Eduardo, mi hijo! — clamó arrancándose de las manos de su hermana que pretendía sujetarla, y precipitándose a la quinta.

—¡Mercedes! ¡Te juro que no! ¡Ha salido!

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Alfonso!

Alfonso corrió a su encuentro, deteniéndola al ver que se dirigía al pozo. Mamá no pensaba en nada concreto, pero al ver el gesto horrorizado de su hermano, recordó entonces mi exclamación de una hora antes, y lanzó un espantoso alarido.

—¡Ay! ¡Mi hijo! ¡Se ha matado! ¡Déjame, déjenme! ¡Mi hijo, Alfonso! ¡Me lo has muerto!

Se llevaron a mamá sin sentido No me había conmovido en lo más mínimo la desesperación de mamá, puesto que yo, — motivo de aquélla — estaba en verdad vivo y bien vivo, jugando simplemente en mis ocho años con la emoción, a manera de los grandes que usan de las sorpresas semi-trágicas: ¡el gusto que va a tener cuando me vea!

Entretanto, gozaba yo íntimo deleite con el fracaso del padrastrillo.

—¡Hum! . ¡Pegarme! — rezongaba yo, aún bajo la hojarasca Levantándome entonces con cautela, sentéme en cuclillas en mi cubil y recogí la famosa pipa bien guardada entre el follaje. Aquél era el momento de dedicar toda mi seriedad a agotar la pipa.

El humo de aquel tabaco humedecido, seco, vuelto a humedecer y resecar infinitas veces, tenía en aquel momento un gusto a cumbarí, solución Coirre y sulfato de soda, mucho más ventajoso que la primera vez Emprendí, sin embargo, la tarea que sabía dura,

con el ceño contraído y los dientes crispados sobre la boquilla.

Fumé, quiero creer que la cuarta pipa Sólo recuerdo que al final el cañaveral se puso completamente azul y comenzó a danzar a dos dedos de mis ojos. Dos o tres martillos de cada lado de la cabeza comenzaron a destrozarme las sienes, mientras el estómago, instalado en plena boca, aspiraba él mismo directamente las últimas bocanadas de humo

. . . .

Volví en mí cuando me llevaban en brazos a casa. A pesar de lo horriblemente enfermo que me encontraba, tuve el tacto de continuar dormido, por lo que pudiera pasar. Sentí los brazos delirantes de mamá sacudiéndome

—¡Mi hijo querido! ¡Eduardo, mi hijo! ¡Ah, Alfonso, nunca te perdonaré el dolor que me has causado!

—¡Pero, vamos! —decíale mi tía mayor— ¡no seas loca, Mercedes! ¡Ya ves que no tiene nada!

—¡Ah! —repuso mamá llevándose las manos al corazón en un inmenso suspiro— ¡Sí, ya pasó!. . Pero dime, Alfonso, ¿cómo pudo no haberse hecho nada? ¡Ese pozo, Dios mío!. .

El padrastrillo, quebrantado a su vez, habló vagamente de desmoronamiento, tierra blanda, prefiriendo para un momento de mayor calma la solución verdadera, mientras la pobre mamá no se percataba de la horrible infección de tabaco que exhalaba su suicida.

Abrí al fin los ojos, me sonreí y volví a dormirme, esta vez honrada y profundamente.

Tarde ya, el tío Alfonso me despertó.

—¿Qué merecerías que te hiciera? —me dijo con sibilante rencor— ¡Lo que es mañana, le cuento todo a tu madre, y ya verás lo que son gracias!

Yo veía aún bastante mal, las cosas bailaban un poco, y el estómago continuaba todavía adherido a la garganta Sin embargo, le respondí

—¡Si le cuentas algo a mamá, lo que es esta vez te juro que me tiro!

Los ojos de un joven suicida que fumó heroicamente su pipa, ¿expresan acaso desesperado valor?

Es posible De todos modos el padrastrillo, después de mirarme fijamente, se encogió de hombros, levantando hasta mi cuello la sábana un poco caída.

—Me parece que mejor haría en ser amigo de este microbio — murmuró.

—Creo lo mismo — le respondí.

Y me dormí.

LOS PESCADORES DE VIGAS

El motivo fue cierto juego de comedor que Mister Hall no tenía aún, y su fonógrafo le sirvió de anzuelo.

Candiyú lo vio en la oficina provisoria de la Yerba Company, donde Mister Hall maniobraba su fonógrafo a puerta abierta.

Candiyú, como buen indígena, no manifestó sorpresa alguna, contentándose con detener su caballo un poco al través delante del chorro de luz y mirar a otra parte. Pero como un inglés a la caída de la noche, en mangas de camisa por el calor y una botella de *whisky* al lado es cien veces más circunspecto que cualquier mestizo, Mister Hall no levantó la vista del disco. Con lo que, vencido y conquistado, Candiyú concluyó por arrimar su caballo a la puerta, en cuyo umbral apoyó el codo.

—Buenas noches, patrón. ¡Linda música!

—Sí, linda — repuso Mister Hall.

—¡Linda! —repitió el otro—. ¡Cuánto ruido!

—Sí, mucho ruido — asintió Mister Hall, que hallaba no desprovistas de profundidad las observaciones de su visitante.

Candiyú admiraba los nuevos discos.

—¿Te costó mucho a usted, patrón?

—Costó... ¿qué?

—Ese hablero .. los mozos que cantan.

La mirada turbia, inexpresiva e insistente de Mister Hall se aclaró. El contador comercial surgía.

—¡Oh, cuesta mucho!... ¿Usted quiere comprar?

—Si usted querés venderme . — contestó llanamente Candiyú, convencido de la imposibilidad de tal compra Pero Míster Hall proseguía mirándolo con pesada fijeza, mientras la membrana saltaba del disco a fuerza de marchas metalicas

—Vendo barato a usted... ¡cincuenta pesos!

Candiyú sacudió la cabeza, sonriendo al aparato y a su maquinista, alternativamente.

—¡Mucha plata! No tengo.

—¿Usted qué tiene, entonces?

El hombre se sonrió de nuevo, sin responder

—¿Dónde usted vive? — prosiguió Míster Hall, evidentemente decidido a desprenderse de su gramófono.

—En el puerto

—¡Ah! Yo conozco a usted .. ¿Usted llama Candiyú?

—Así es.

—¿Y usted pesca vigas?

—A veces, alguna viguita sin dueño ..

—¡Vendo por vigas!... Tres vigas aserradas. Yo mando carreta. ¿Conviene?

Candiyú se reía.

—No tengo ahora. Y esa . maquinaria, ¿tiene mucha delicadeza?

—No, botón acá, y botón acá...; yo enseño. ¿Cuándo tiene madera?

—Alguna creciente. . Ahora debe venir una. ¿Y qué palo querés usted?

—Palo rosa ¿Conviene?

—¡Hum!. . No baja ese palo casi nunca . Mediante una creciente grande solamente. ¡Lindo palo! Te gusta palo bueno a usted.

—Y usted lleva buen gramófono. ¿Conviene?

El mercado prosiguió a son de cantos británicos, el indígena esquivando la vía recta y el contador acorralándolo en el pequeño círculo de la precisión En el fondo, y descontados el valor y el *whisky*, el ciudadano inglés no hacía mal negocio cambiando un perro gramófono por varias docenas de bellas tablas, mientras el pescador de vigas, a su vez, entregaba algunos días de habitual trabajo a cuenta de una maquinita prodigiosamente *ruidera*

Por lo cual el mercado se realizó a tanto tiempo de plazo.

Candiyú vive en la costa del Paraná desde hace treinta años; y si su hígado es aún capaz de eliminar cualquier cosa después del último ataque de fiebre en diciembre pasado, debe vivir todavía unos meses más. Pasa ahora los días sentado en su catre de varas, con el sombrero puesto. Sólo sus manos, lívidas zarpas veteadas de verde, que penden inmensas de las muñecas, como proyectadas en primer término de una fotografía, se mueven monótonamente sin cesar, con temblor de loro implume

Pero en aquel tiempo Candiyú era otra cosa Tenía entonces por oficio honorable el cuidado de un bananal ajeno y —poco menos lícito— el de pescar vigas. Normalmente, y sobre todo en época de creciente, derivan vigas escapadas de los obrajes, bien que un peón bromista corte de un machetazo la soga que las retiene. Candiyú era poseedor de un anteojo telescopado, y pasaba las mañanas apuntando al agua hasta que la línea blanquecina de una viga, destacándose en la punta de Itacurubí, lo lanzaba en su chalana al encuentro de la presa Vista la viga a tiempo la empresa no es extraordinaria, porque la pala de

un hombre de coraje recostado o balando de una pieza de 10 por 40 vale cualquier remolcador.

. ...

Allá en el obraje de Castelhum, más arriba de Puerto Felicidad, las lluvias habían comenzado después de sesenta y cinco días de seca absoluta, que no dejó llanta en las alzaprimas. El haber realizable del obraje consistía en ese momento en siete mil vigas —bastante más que una fortuna—. Pero como las dos toneladas de una viga mientras no estén en el puerto no pesas dos escrúpulos en caja, Castelhum y Compañía, distaban muchísimas leguas de estar contentos.

De Buenos Aires llegaron órdenes de movilización inmediata, el encargado del obraje pidió mulas y alzaprimas, le respondieron que con el dinero de la primer jangada a recibir le remitirían las mulas, y el encargado contestó que con esas mulas anticipadas les mandaría la primer jangada.

No había modo de entenderse. Castelhum subió hasta el obraje y vio el *stock* de madera en el campamento, sobre la barranca del Ñacanguazú al norte.

—¿Cuánto? — preguntó Castelhum a su encargado.

Treinticinco mil pesos —repuso éste

Era lo necesario para trasladar las vigas al Paraná. Y sin contar la estación impropia.

Bajo la lluvia, que unía en un solo hilo de agua su capa de goma y su caballo, Castelhum consideró largo rato el arroyo arremolinado. Señalando luego el torrente con un movimiento del capuchón.

—¿Las aguas llegarán a cubrir el salto? — preguntó a su compañero

—Si llueve mucho, sí.

—¿Tiene todos los hombres en el obraje?

—Hasta este momento; esperaba órdenes suyas.

—Bien —dijo Castelhum—. Creo que vamos a salir bien Oigame, Fernández· Esta misma tarde refuerce la maroma en la barra y comience a arrimar todas las vigas aquí a la barranca El arroyo está limpio, según me dijo Mañana de mañana bajo a Posadas, y desde entonces, con el primer temporal que venga eche los palos al arroyo. ¿Entiende? Una buena lluvia.

El encargado lo miró abriendo cuanto pudo los ojos

—La maroma va a ceder antes que lleguen cien vigas.

—Ya sé, no importa Y nos costará muchísimos miles. Volvamos y hablaremos más largo.

Fernández se encogió de hombros y silbó a los capataces

En el resto del día, sin lluvia, pero empapado en calma de agua, los peones tendieron de una orilla a otra en la barra del arroyo la cadena de vigas, y el tumbaje de palos comenzó en el campamento. Castelhum bajó a Posadas sobre una agua de inundación que iba corriendo siete millas, y que al salir del Guayra se había alzado siete metros la noche anterior.

Tras gran sequía grandes lluvias. A mediodía comenzó el diluvio, y durante cincuenta y dos horas consecutivas el monte tronó de agua El arroyo, venido a torrente, pasó a rugiente avalancha de agua ladrillo. Los peones, calados hasta los huesos, con su flacura en relieve por la ropa pegada al cuerpo, despeñaban las vigas por la barranca Cada esfuerzo arrancaba un unísono grito de ánimo, y cuando la mons-

truosa viga rodaba dando tumbos y se hundía con un cañonazo en el agua, todos los peones lanzaban su ¡a... hijú! de triunfo. Y luego, los esfuerzos malgastados en el barro líquido, la zafadura de las palancas, las costaladas bajo la lluvia torrencial Y la fiebre.

Bruscamente, por fin, el diluvio cesó. En el súbito silencio circunstante se oyó el tronar de la lluvia todavía sobre el bosque inmediato. Más sordo y más hondo del retumbo Ñacanguazú Algunas gotas, distanciadas y livianas, caían aún del cielo exhausto. Pero el tiempo proseguía cargado, sin el más ligero soplo Se respiraba agua, y apenas los peones hubieron descansado un par de horas, la lluvia recomenzó — la lluvia a plomo, maciza y blanca de las crecidas El trabajo urgía —los sueldos habían subido valientemente—, y mientras el temporal siguió, los peones continuaron gritando, cayéndose y tumbando bajo el agua helada

En la barra del Ñacanguazú, la barrera flotante contuvo a los primeros palos que llegaron y resistió arqueada y gimiendo a muchos más, hasta que, al empuje incontrastable de las vigas que llegaban como catapultas contra la maroma, el cable cedió

. . . .

Candiyú observaba el río con su anteojo, considerando que la creciente actual, que allí en San Ignacio había subido dos metros más el día anterior —llevándose, por lo demás, su chalana—, sería más allá de Posadas formidable inundación. Las maderas habían comenzado a descender, cedros o poco menos, y el pescador reservaba prudentemente sus fuerzas.

Esa noche el agua subió un metro aún, y a la tarde siguiente Candiyú tuvo la sorpresa de ver en el extremo de su anteojo una barra, una verdadera tropa de

vigas sueltas que doblaban la punta de Itacurubí. Madera de lomo blanquecino y perfectamente seca.

Allí estaba su lugar. Saltó en su guabiroba y paleó al encuentro de la caza.

Ahora bien: en una creciente del Alto Paraná se encuentran muchas cosas antes de llegar a la viga elegida. Arboles enteros, desde luego, arrancados de cuajo y con las raíces negras al aire, como pulpos. Vacas y mulas muertas, en compañía de buen lote de animales salvajes ahogados, fusilados o con una flecha plantada aún en el vientre. Altos conos de hormigas amontonadas sobre un raigón. Algún tigre, tal vez, camalotes y espuma a discreción — sin contar, claro está, las víboras.

Candiyú esquivó, derivó, tropezó y volcó muchas veces más de las necesarias hasta llegar a la presa. Al fin la tuvo, un machetazo puso al vivo la veta sanguínea del palo rosa. y recostándose a la viga pudo derivar con ella oblicuamente algún trecho Pero las ramas, los árboles pasaban sin cesar arrastrándolo Cambió de táctica: enlazó su presa y comenzó entonces la lucha muda y sin tregua, echando silenciosamente el alma en cada palada

Una viga derivando con una gran creciente lleva un impulso suficientemente grande para que tres hombres titubeen antes de atreverse con ella. Pero Candiyú unía a su gran aliento, treinta años de piraterías en río bajo o alto y deseaba además ser dueño de un gramófono.

La noche negra, le deparó incidentes a su plena satisfacción. El río, a flor de ojo casi, corría velozmente con untuosidad de aceite A ambos lados pasaban y pasaban sin cesar sombras densas Un hombre ahogado tropezó con la guabiroba, Candiyú se

inclinó y vio que tenía la garganta abierta. Luego, visitantes incómodos, víboras al asalto, las mismas que en las crecidas trepan por las ruedas de los vapores hasta los camarotes.

El hercúleo trabajo proseguía, la pala temblaba bajo el agua, pero era arrastrado a pesar de todo. Al fin se rindió; cerró más el ángulo del abordaje y sumó sus últimas fuerzas para alcanzar el borde de la canal, que rozaba los peñascos del Teyucuaré. Durante diez minutos el pescador de vigas, los tendones del cuello duros y los pectorales como piedras hizo lo que jamás volverá a hacer nadie para salir de la canal en una creciente, con una viga a remolque La guabiroba se estrelló por fin contra las piedras, se tumbó justamente cuando a Candiyú quedaba fuerza suficiente —y nada más— para sujetar la soga y desplomarse de boca.

Solamente un mes más tarde, tuvo Míster Hall sus tres docenas de tablas, y veinte segundos después entregaba a Candiyú el gramófono, incluso veinte discos.

La firma Castelhum y Compañía, no obstante la flotilla de lanchas a vapor que lanzó contra las vigas —y esto por bastante más de treinta días— perdió muchas. Y si alguna vez Castelhum llega a San Ignacio y visita a Míster Hall, admirará sinceramente los muebles del citado contador, hechos de palo de rosa.

EL SOLITARIO

Kassim era un hombre enfermizo, joyero de profesión, bien que no tuviera tienda establecida. Trabajaba para las grandes casas, siendo su especialidad el montaje de las piedras preciosas. Pocas manos como las suyas para los engarces delicados. Con más arranque y habilidad comercial, hubiera sido rico. Pero a los treinta y cinco años proseguía en su pieza, aderezada en taller bajo la ventana.

Kassim, de cuerpo mezquino, rostro exangüe sombreado por rala barba negra, tenía una mujer hermosa y fuertemente apasionada. La joven, de origen callejero, había aspirado con su hermosura a un más alto enlace. Esperó hasta los veinte años, provocando a los hombres y a sus vecinas con su cuerpo. Temerosa al fin, aceptó nerviosamente a Kassim.

No más sueños de lujo, sin embargo. Su marido, hábil —artista aún—, carecía completamente de carácter para hacer una fortuna. Por lo cual, mientras el joyero trabajaba doblado sobre sus pinzas, ella, de codos, sostenía sobre su marido una lenta y pesada mirada, para arrancarse luego bruscamente y seguir con la vista tras los vidrios al transeúnte de posición que podía haber sido su marido.

Cuanto ganaba Kassim, no obstante, era para ella. Los domingos trabajaba también a fin de poderle ofrecer un suplemento. Cuando María deseaba una joya —¡y con cuánta pasión deseaba ella!— trabajaba de noche. Después había tos y puntadas al costado, pero María tenía sus chispas de brillante

Poco a poco el trato diario con las gemas llegó a hacerle amar las tareas del artífice, y seguía con ardor las íntimas delicadezas del engarce. Pero cuando la joya estaba concluida —debía partir, no era para ella— caía más hondamente en la decepción de su matrimonio. Se probaba la alhaja, deteniéndose ante el espejo. Al fin la dejaba por ahí, y se iba a su cuarto. Kassim se levantaba al oír sus sollozos, y la hallaba en la cama, sin querer escucharlo.

—Hago, sin embargo, cuanto puedo por ti, —decía él al fin, tristemente.

Los sollozos subían con esto, y el joyero se reinstalaba lentamente en su banco.

Estas cosas se repitieron, tanto que Kassim no se levantaba ya a consolarla. ¡Consolarla! ¿de qué? Lo cual no obstaba para que Kassim prolongara más sus veladas a fin de un mayor suplemento.

Era un hombre indeciso, irresoluto y callado. Las miradas de su mujer se detenían ahora con más pesada fijeza sobre aquella muda tranquilidad.

—¡Y eres un hombre, tú! — murmuraba.

Kassim, sobre sus engarces, no cesaba de mover los dedos.

—No eres feliz conmigo, María — expresaba al rato.

—¡Feliz! ¡Y tienes el valor de decirlo! ¿Quién puede ser feliz contigo? . . ¡Ni la última de las mujeres! . . ¡Pobre diablo! — concluía con risa nerviosa, yéndose.

Kassim trabajaba esa noche hasta las tres de la mañana, y su mujer tenía luego nuevas chispas que ella consideraba un instante con los labios apretados.

—Sí . . ¡no es una diadema sorprendente!... ¿cuándo la hiciste?

—Desde el martes —mirábala él con descolorida ternura—; mientras dormías, de noche...

—¡Oh, podías haberte acostado!.. ¡Inmensos, los brillantes!

Porque su pasión eran las voluminosas piedras que Kassim montaba. Seguía el trabajo con loca hambre de que concluyera de una vez, y apenas aderezada la alhaja, corría con ella al espejo. Luego, un ataque de sollozos:

—¡Todos, cualquier marido, el último, haría un sacrificio para halagar a su mujer! Y tú... tú . ¡ni un miserable vestido que ponerme, tengo!

Cuando se franquea cierto límite de respeto al varón, la mujer puede llegar a decir a su marido cosas increíbles.

La mujer de Kassim franqueó ese límite con una pasión igual por lo menos a la que sentía por los brillantes. Una tarde, al guardar sus joyas, Kassim notó la falta de un prendedor —cinco mil pesos en dos solitarios. Buscó en sus cajones de nuevo.

—¿No has visto el prendedor, María? Lo dejé aquí

—Sí, lo he visto.

—¿Dónde está? — se volvió extrañado.

—¡Aquí!

Su mujer, los ojos encendidos y la boca burlona, se erguía con el prendedor puesto.

—Te queda muy bien —dijo Kassim al rato—. Guardémoslo

María se rio.

—¡Oh, no! es mío.

—¿Broma? ..

—¡Sí, es broma! ¡Es broma, sí! ¡Cómo te duele pensar que podría ser mío!.. Mañana te lo doy Hoy voy al teatro con él

Kassim se demudó

—Haces mal podrían verte. Perderían toda confianza en mí.

—¡Oh! — cerró ella con rabioso fastidio, golpeando violentamente la puerta

Vuelta del teatro, colocó la joya sobre el velador Kassim se levantó y la guardó en su taller bajo llave Al volver, su mujer estaba sentada en la cama.

—¡Es decir, que temes que te la robe! ¡Que soy una ladrona!

—No mires así . Has sido imprudente, nada mas.

—¡Ah! ¡Y a tí te lo confían! ¡A tí, a tí! ¡Y cuando tu mujer te pide un poco de halago, y quiere .. me llamas ladrona a mí! ¡Infame!

Se durmió al fin Pero Kassim no durmió

Entregaron luego a Kassim para montar, un solitario, el brillante más admirable que hubiera pasado por sus manos

—Mira, María, qué piedra. No he visto otra igual —

Su mujer no dijo nada, pero Kassim la sintió respirar hondamente sobre el solitario

—Una agua admirable.. — prosiguió él — costará nueve o diez mil pesos

—¡Un anillo! — murmuró María al fin

—No es de hombre . un alfiler

A compás del montaje del solitario, Kassim recibió sobre su espalda trabajadora cuanto ardía de rencor y cocotaje frustrado en su mujer Diez veces por día interrumpía a su marido para ir con el brillante ante el espejo Después se lo probaba con diferentes vestidos.

—Si quieres hacerlo después — se atrevió Kassim — Es un trabajo urgente.

Esperó respuesta en vano, su mujer abría el balcón

—¡María, te pueden ver!

—¡Toma! ¡Ahí está tu piedra!

El solitario, violentamente arrancado, rodó por el piso

Kassim, lívido, lo recogió examinándolo, y alzó luego desde el suelo la mirada a su mujer

—Y bueno, ¿por qué me miras así? ¿Se hizo algo tu piedra?

—No — repuso Kassim Y reanudó enseguida su tarea, aunque las manos le temblaban hasta dar lástima

Pero tuvo que levantarse al fin a ver a su mujer en el dormitorio, en plena crisis de nervios El pelo se había soltado y los ojos le salían de las órbitas

—¡Dame el brillante! —clamó— ¡Dámelo! ¡Nos escaparemos! ¡Para mí! ¡Dámelo!

—María . — tartamudeó Kassim, tratando de desasirse.

—¡Ah! —rugió su mujer enloquecida— ¡Tú eres el ladrón, miserable! ¡Me has robado mi vida, ladrón, ladrón! ¡Y creías que no me iba a desquitar cornudo! ¡Ajá! Mírame . no se te había ocurrido nunca, ¿eh? ¡Ah! — y se llevó las dos manos a la garganta ahogada Pero cuando Kassim se iba, saltó de la cama y cayó, alcanzando a cogerlo de un botín.

—¡No importa! ¡El brillante, dámelo! ¡No quiero más que eso! ¡Es mío, Kassim miserable!

Kassim la ayudó a levantarse, lívido.

—Estás enferma, María. Después hablaremos. acuéstate.

—¡Mi brillante!

—Bueno, veremos si es posible . acuéstate

—Dámelo.

La bola montó de nuevo a la garganta.

Kassim volvió a trabajar en su solitario. Como sus manos tenían una seguridad matemática, faltaban pocas horas ya.

María se levantó para comer, y Kassim tuvo la solicitud de siempre con ella. Al final de la cena su mujer lo miró de frente.

—Es mentira, Kassim — le dijo.

—¡Oh! — repuso Kassim sonriendo — no es nada

—¡Te juro que es mentira! — insinuó ella.

Kassim sonrió de nuevo, tocándole con torpe caricia la mano, y se levantó a proseguir su tarea Su mujer, con la cara entre las manos, lo siguió con la vista.

—Y no me dice más que eso . — murmuró Y con una honda náusea por aquello pegajoso, fofo e inerte que era su marido, se fue a su cuarto

No durmió bien. Despertó, tarde ya, y vio luz en el taller; su marido continuaba trabajando Una hora después Kassim oyó un alarido.

—¡Dámelo!

—Sí, es para tí; falta poco, María — repuso presuroso, levantándose. Pero su mujer, tras ese grito de pesadilla, dormía de nuevo. A las dos de la mañana Kassim pudo dar por terminada su tarea; el brillante resplandecía firme y varonil en su engarce. Con paso silencioso fue al dormitorio y encendió la veladora. María dormía de espaldas, en la blancura helada de su camisón y de la sábana.

Fue al taller y volvió de nuevo. Contempló un rato el seno casi descubierto, y con una descolorida sonrisa apartó un poco más el camisón desprendido.

Su mujer no lo sintió.

No había mucha luz El rostro de Kassim adquirió de pronto una dura inmovilidad, y suspendiendo un

instante la joya a flor del seno desnudo, hundió, firme y perpendicular como un clavo, el alfiler entero en el corazón de su mujer.

Hubo una brusca abertura de ojos, seguida de una lenta caída de párpados. Los dedos se arquearon y nada más.

La joya, sacudida por la convulsión del ganglio herido, tembló un instante desequilibrada Kassim esperó un momento; y cuando el solitario quedó por fin perfectamente inmóvil, pudo entonces retirarse, cerrando tras de sí la puerta sin hacer ruido

YAGUAÍ

Ahora bien, no podía ser sino allí Yaguaí olfateó la piedra —un sólido bloque de mineral de hierro— y dio una cautelosa vuelta en torno. Bajo el sol a mediodía de Misiones el aire vibraba sobre el negro peñasco, fenómeno éste que no seducía al fox-terrier. Allí abajo, sin embargo, estaba la lagartija. Giró nuevamente alrededor, resopló en un intersticio, y, para honor de la raza, rascó un instante el bloque ardiente. Hecho lo cual regresó con paso perezoso, que no impedía un sistemático olfateo a ambos lados.

Entró en el comedor, echándose entre el aparador y la pared, fresco refugio que él consideraba como suyo, a pesar de tener en su contra la opinión de toda la casa. Pero el sombrío rincón, admirable cuando a la depresión de la atmósfera acompaña la falta de aire, tornábase imposible en un día de viento norte. Era éste un flamante conocimiento del fox-terrier, en quien luchaba aún la herencia del país templado —Buenos Aires, patria de sus abuelos y suya— donde sucede precisamente lo contrario. Salió, por lo tanto, afuera, y se sentó bajo un naranjo, en pleno viento de fuego, pero que facilitaba inmensamente la respiración. Y como los perros transpiran muy poco, Yaguaí apreciaba cuanto es debido el viento evaporizador sobre la lengua danzante puesta a su paso.

El termómetro alcanzaba en ese momento a 40°. Pero los fox-terriers de buena cuna son singularmente falaces en cuanto a promesas de quietud se refiera. Bajo aquel mediodía de fuego, sobre la meseta vol-

cánica que la roja arena tornaba aún más caliente, había lagartijas

Con la boca ahora cerrada, Yaguaí transpuso el tejido de alambre y se halló en pleno campo de caza. Desde setiembre no había logrado otra ocupación a las siestas bravas Esta vez rastreó cuatro lagartijas de las pocas que quedaban ya, cazó tres, perdió una, y se fue entonces a bañar.

A cien metros de la casa, en la base de la meseta y a orillas del bananal, existía un pozo en piedra viva de factura y forma originales, pues siendo comenzado a dinamita por un profesional, habíalo concluido un aficionado con pala de punta. Verdad es que no medía sino dos metros de hondura, tendiéndose en larga escarpa por un lado, a modo de tajamar. Su fuente, bien que superficial, resistía a secas de dos meses, lo que es bien meritorio en Misiones.

Allí se bañaba el fox-terrier, primero la lengua, después el vientre sentado en el agua, para concluir con una travesía a nado. Volvía a la casa, siempre que algún rastro no se atravesara en su camino. Al caer el sol, tornaba al pozo, de aquí que Yaguaí sufriera vagamente de pulgas, y con bastante facilidad el calor tropical para el que su raza no había sido creada.

El instinto combativo del fox-terrier se manifestó normalmente contra las hojas secas; subió luego a las mariposas y su sombra, y se fijó por fin en las lagartijas. Aún en noviembre, cuando tenía ya en jaque a todas las ratas de la casa, su gran encanto eran los saurios. Los peones que por a o b llegaban a la siesta, admiraron siempre la obstinación del perro, resoplando en cuevitas bajo un sol de fuego, si

bien la admiración de aquéllos no pasaba del cuadro de caza.

—Eso, —dijo uno un día, señalando al perro con una vuelta de cabeza— no sirve más que para bichitos...

El dueño de Yaguaí lo oyó:

—Tal vez —repuso—, pero ninguno de los famosos perros de ustedes sería capaz de hacer lo que hace ése.

Los hombres se sonrieron sin contestar.

Cooper, sin embargo, conocía bien a los perros de monte, y su maravillosa aptitud para la caza a la carrera, que su fox-terrier ignoraba. ¿Enseñarle? Acaso, pero él no tenía cómo hacerlo

Precisamente esa misma tarde un peón se quejó a Cooper de los venados que estaban concluyendo con los porotos Pedía escopeta, porque aunque él tenía un buen perro, no podía sino *a veces* alcanzar a los venados de un palo. .

Cooper prestó la escopeta, y aun propuso ir esa noche al rozado

—No hay luna — objetó el peón

—No importa Suelte el perro y veremos si el mío lo sigue

Esa noche fueron al plantío. El peón soltó a su perro, y el animal se lanzó enseguida en las tinieblas del monte, en busca de un rastro.

Al ver partir a su compañero, Yaguaí intentó en vano forzar la barrera de caraguatá Lógrolo al fin, y siguió la pista del otro. Pero a los dos minutos regresaba, muy contento de aquella escapatoria nocturna. Eso sí, no quedó agujerito sin olfatear en diez metros a la redonda.

Pero cazar tras el rastro, en el monte, a un galope que puede durar muy bien desde la madrugada hasta las tres de la tarde, eso no. El perro del peón halló una pista, muy lejos, que perdió enseguida Una hora después volvía a su amo, y todos juntos regresaron a la casa.

La prueba, si no concluyente, desanimó a Cooper. Se olvidó luego de ello, mientras el fox-terrier continuaba cazando ratas, algún lagarto o zorro en su cueva, y lagartijas.

Entretanto, los días se sucedían unos a otros, enceguecientes, pesados, en una obstinación de viento norte que doblaba las verduras en lacios colgajos, bajo el blanco cielo de los mediodías tórridos. El termómetro se mantenía a 35-40, sin la más remota esperanza de lluvia Durante cuatro días el tiempo se cargó, con asfixiante calma y aumento de calor Y cuando se perdió al fin la esperanza de que el sur devolviera en torrentes de agua todo el viento de fuego recibido un mes entero del norte, la gente se resignó a una desastrosa sequía.

El fox-terrier vivió desde entonces sentado bajo su naranjo, porque cuando el calor traspasa cierto límite razonable, los perros no respiran bien, echados Con la lengua de fuera y los ojos entornados, asistió a la muerte progresiva de cuanto era brotación primaveral La huerta se perdió rápidamente El maizal pasó del verde claro a una blancura amarillenta, y a fines de noviembre sólo quedaban de él columnitas truncas sobre la negrura desolada del rozado. La mandioca, heroica entre todas, resistía bien.

El pozo del fox-terrier — agotada su fuente — perdió día a día su agua verdosa, y ahora tan caliente que Yaguaí no iba a él sino de mañana, si bien ha-

llaba rastros de apereás, agutíes y hurones, que la sequía del monte forzaba hasta el pozo.

En vuelta de su baño, el perro se sentaba de nuevo, viendo aumentar poco a poco el viento, mientras el termómetro, refrescado a 15 al amanecer, llegaba a 41 a las dos de la tarde. La sequedad del aire llevaba a beber al fox-terrier cada media hora, debiendo entonces luchar con las avispas y abejas que invadían los baldes, muertas de sed. Las gallinas, con las alas en tierra, jadeaban tendidas a la triple sombra de los bananos, la glorieta y la enredadera de flor roja, sin atreverse a dar un paso sobre la arena abrasada, y bajo un sol que mataba instantáneamente a las hormigas rubias.

Alrededor, cuanto abarcaba los ojos del fox-terrier: los bloques de hierro, el pedregullo volcánico, el monte mismo, danzaba, mareado de calor. Al oeste, en el fondo del valle boscoso, hundido en la depresión de la doble sierra, el Paraná yacía, muerto a esa hora en su agua de zinc, esperando la caída de la tarde para revivir. La atmósfera, entonces, ligeramente ahumada hasta esa hora, se velaba al horizonte en denso vapor, tras el cual el sol, cayendo sobre el río, sosteníase asfixiado en perfecto círculo de sangre. Y mientras el viento cesaba por completo y en el aire aún abrasado Yaguaí arrastraba por la meseta su diminuta mancha blanca, las palmeras negras, recortándose inmóviles sobre el río cuajado en rubí, infundían en el paisaje una sensación de lujoso y sombrío oasis.

Los días se sucedían iguales. El pozo del fox-terrier se secó, y las asperezas de la vida, que hasta entonces evitaron a Yaguaí, comenzaron para él esa misma tarde.

Desde tiempo atrás el perrito blanco había sido muy solicitado por un amigo de Cooper, hombre de selva cuyos muchos ratos perdidos se pasaban en el monte tras los tatetos. Tenía tres perros magníficos para esta caza, aunque muy inclinados a rastrear coatíes, lo que envolviendo una pérdida de tiempo para el cazador, constituye también la posibilidad de un desastre, pues la dentellada de un coatí deguella fundamentalmente al perro que no supo cogerlo.

Fragoso, habiendo visto un día trabajar al fox-terrier en un asunto de irara, a la que Yaguaí forzó a estarse definitivamente quieta, dedujo que un perrito que tenía ese talento especial para morder justamente entre la cruz y pescuezo, no era un perro cualquiera, por más corta que tuviera la cola Por lo que instó repetidas veces a Cooper a que le prestara a Yaguaí.

—Yo te lo voy a enseñar bien a usted, patrón — le decía.

—Tiene tiempo — respondía Cooper.

Pero en esos días abrumadores — la visita de Fragoso avivando el recuerdo de aquello — Cooper le entregó su perro a fin de que le enseñara a correr.

Corrió, sin duda, mucho más de lo que hubiera deseado el mismo Cooper.

Fragoso vivía en la margen izquierda del Yabebirí, y había plantado en octubre un mandiocal que no producía aún, y media hectárea de maíz y porotos, totalmente perdida. Esto último, específico para el cazador, tenía para Yaguaí muy poca importancia, trastornándole en cambio la nueva alimentación. El, que en casa de Cooper coleaba ante la mandioca simplemente cocida, para no ofender a su amo, y olfateaba por tres o cuatro lados el locro, para no que-

brar del todo con la cocinera, conoció la angustia de los ojos brillantes y fijos en el amo que come, para concluir lamiendo el plato que sus tres compañeros habían pulido ya, esperando ansiosamente el puñado de maíz sancochado que les daban cada día.

Los tres perros salían de noche a cazar por su cuenta —maniobra ésta que entraba en el sistema educacional del cazador—, pero el hambre, que llevaba a aquéllos naturalmente al monte a rastrear para comer, inmovilizaba al fox-terrier en el rancho, único lugar del mundo donde podía hallar comida. Los perros que no devoran la caza, serán siempre malos cazadores; y justamente la raza a que pertenecía Yaguaí, caza desde su creación por simple sport.

Fragoso intentó algún aprendizaje con el fox-terrier: Pero siendo Yaguaí mucho más perjudicial que útil al trabajo desenvuelto de sus tres perros, lo relegó desde entonces en el rancho a espera de mejores tiempos para esa enseñanza.

Entretanto, la mandioca del año anterior comenzaba a concluirse; las últimas espigas de maíz rodaron por el suelo, blancas y sin un grano, y el hambre, ya dura para los tres perros nacidos con ella, royó las entrañas de Yaguaí. En aquella nueva vida había adquirido con pasmosa rapidez el aspecto humillado, servil y traicionero de los perros del país. Aprendió entonces a merodear de noche en los ranchos vecinos, avanzando con cautela, las piernas dobladas y elásticas, hundiéndose lentamente al pie de una mata de espartillo, al menor rumor hostil. Aprendió a no ladrar por más furor o miedo que tuviera, y a gruñir de un modo particularmente sordo, cuando el cuzco de un rancho defendía a éste del pillaje. Aprendió a visitar los gallineros, a separar dos platos encimados

con el hocico, y a llevarse en la boca una lata con grasa, a fin de vaciarla en la impunidad del pajonal. Conoció el gusto de las guascas ensebadas, de los zapatones untados de grasa, del hollín pegoteado de una olla, y —alguna vez— de la miel recogida y guardada en un trozo de tacuara. Adquirió la prudencia necesaria para apartarse del camino cuando un pasajero avanzaba, siguiéndolo con los ojos, agachado entre el pasto. Y a fines de enero, de la mirada encendida, las orejas firmes sobre los ojos, y el rabo alto y provocador del fox-terrier, no quedaba sino un esqueletillo sarnoso, de orejas echadas atrás y rabo hundido y traicionero, que trotaba furtivamente por los caminos.

La sequía continuaba; el monte quedó poco a poco desierto, pues los animales se concentraban en los hilos de agua que habían sido grandes arroyos Los tres perros forzaban la distancia que los separaba del abrevadero de las bestias con éxito mediano, pues siendo aquél muy frecuentado a su vez por los yaguaretés, la caza menor tornábase desconfiada Fragoso, preocupado con la ruina del rozado y con nuevos disgustos con el propietario de la tierra, no tenía humor para cazar, ni aun por hambre Y la situación amenazaba así tornarse muy crítica, cuando una circunstancia fortuita trajo un poco de aliento a la lamentable jauría.

Fragoso debió ir a San Ignacio, y los cuatro perros, que fueron con él, sintieron en sus narices dilatadas una impresión de frescura vegetal —vaguísima, si se quiere— pero que acusaba un poco de vida en aquel infierno de calor y seca. En efecto, San Ignacio había sido menos azotado, resultas de lo cual

algunos maizales, aunque miserables, se sostenían en pie.

No comieron ese día; pero al regresar jadeando detrás del caballo, los perros no olvidaron aquella sensación de frescura, y a la noche siguiente salían juntos en mudo trote hacia San Ignacio En la orilla del Yabebirí se detuvieron oliendo el agua y levantando el hocico trémulo a la otra costa La luna salía entonces, con su amarillenta luz de menguante Los perros avanzaron cautelosamente sobre el río a flor de piedra, saltando aquí, nadando allá, en un paso que en agua normal no da fondo a tres metros.

Sin sacudirse casi, reanudaron el trote silencioso y tenaz hacia el maizal más cercano. Allí el fox-terrier vio cómo sus compañeros quebraban los tallos con los dientes, devorando con secos mordiscos que entraban hasta el marlo, las espigas en choclo. Hizo lo mismo; y durante una hora, en el negro cementerio de árboles quemados, que la fúnebre luz del menguante volvía más espectral, los perros se movieron de aquí para allá entre las cañas, gruñéndose mútuamente.

Volvieron tres veces más, hasta que la última noche, un estampido demasiado cercano los puso en guardia Mas coincidiendo esta aventura con la mudanza de Fragoso a San Ignacio, los perros no sintieron mucho.

* * *

Fragoso había logrado por fin trasladarse allá, en el fondo de la colonia. El monte, entretejido de tacuapí, denunciaba tierra excelente; y aquellas inmensas madejas de bambú, tendidas en el suelo con el machete, debían de preparar magníficos rozados.

Cuando Fragoso se instaló, el tacuapí comenzaba a secarse Rozó y quemó rápidamente un cuarto de hectárea, confiando en algún milagro de lluvia. El tiempo se descompuso, en efecto; el cielo blanco se tornó plomo, y en las horas más calientes se transparentaban en el horizonte lívidas orlas de cúmulos. El termómetro a 39 y el viento norte soplando con furia trajeron al fin doce milímetros de agua, que Fragoso aprovechó para su maíz, muy contento. Lo vio nacer, y lo vio crecer magníficamente hasta cinco centímetros. Pero nada más.

En el tacuapí, bajo él y alimentándose acaso de sus brotos, viven infinidad de roedores. Cuando aquél se seca, sus huéspedes se desbandan, el hambre los lleva forzosamente a las plantaciones; y de este modo los tres perros de Fragoso, que salían una noche, volvieron enseguida restregándose el hocico mordido. Fragoso mató esa misma noche cuatro ratas que asaltaban su lata de grasa.

Yaguaí no estaba allí. Pero a la noche siguiente él y sus compañeros se internaban en el monte (aunque el fox-terrier no corría tras el rastro, sabía perfectamente desenfundar tatús y hallar nidos de urúes), cuando el primero se sorprendió del rodeo que efectuaban sus compañeros para no cruzar el rozado. Yaguaí avanzó por éste, no obstante, y un momento después lo mordían en una pata, mientras rápidas sombras corrían a todos lados.

Yaguaí vio lo que era; e instantáneamente, en plena barbarie de bosque tropical y miseria, surgieron los ojos brillantes, el rabo alto y duro, y la actitud batalladora del admirable perro inglés Hambre, humillación, vicios adquiridos, todo se borró en un segundo ante las ratas que salían de todas partes. Y

cuando volvió por fin a echarse, ensangrentado, muerto de fatiga, tuvo que saltar tras las ratas hambrientas que invadían literalmente el rancho.

Fragoso quedó encantado de aquella brusca energía de nervios y músculos que no recordaba más, y subió a su memoria el recuerdo del viejo combate con la irara, era la misma mordida sobre la cruz; un golpe seco de mandíbula, y a otra rata.

Comprendió también de dónde provenía aquella nefasta invasión, y con larga serie de juramentos en voz alta, dio su maizal por perdido. ¿Qué podía hacer Yaguaí solo? Fue al rozado, acariciando al fox-terrier y silbó a sus perros; pero apenas los rastreadores de tigre sentían los dientes de las ratas en el hocico, chillaban, restregándolo a dos patas Fragoso y Yaguaí hicieron solos el gasto de la jornada, y si el primero sacó de ella la muñeca dolorida, el segundo echaba al respirar burbujas sanguinolentas por la nariz.

En doce días, a pesar de cuanto hicieron Fragoso y el fox-terrier para salvarlo, el rozado estaba perdido. Las ratas, al igual que las martinetas, saben muy bien desenterrar el grano adherido aún a la plantita. El tiempo, otra vez de fuego, no permitía ni la sombra de nueva plantación, y Fragoso se vio forzado a ir a San Ignacio en busca de trabajo, llevando al mismo tiempo su perro a Cooper, que él no podía ya entrenar poco ni mucho. Lo hacía con verdadera pena, pues las últimas aventuras, colocando al fox-terrier en su verdadero teatro de caza, habían levantado muy alta la estima del cazador por el perrito blanco.

En el camino, el fox-terrier oyó, lejanas, las explosiones de los pajonales del Yabebirí ardiendo con la

sequía; vio a la vera del bosque a las vacas que soportando la nube de tábanos, empujaban los catiguás con el pecho, avanzando montadas sobre el tronco arqueado hasta alcanzar las hojas. Vio las rígidas tunas del monte tropical dobladas como velas, y sobre el brumoso horizonte de las tardes de 38-40, volvió a ver el sol cayendo asfixiado en un círculo rojo y mate.

Media hora después entraban en San Ignacio, y siendo ya tarde para llegar hasta lo de Cooper, Fragoso aplazó para la mañana siguiente su visita. Los tres perros, aunque muertos de hambre, no se aventuraron mucho a merodear en país desconocido, con excepción de Yaguaí, al que el recuerdo bruscamente despierto de las viejas carreras delante del caballo de Cooper, llevaba en línea recta a casa de su amo.

Las circunstancias anormales por que pasaba el país con la sequía de cuatro meses —y es preciso saber lo que esto supone en Misiones— hacía que los perros de los peones, ya famélicos en tiempo de abundancia, llevaran sus pillajes nocturnos a un grado intolerable. En pleno día, Cooper había tenido ocasión de perder tres gallinas, arrebatadas por los perros hacia el monte. Y si se recuerda que el ingenio de un poblador haragán llega a enseñar a sus cachorros esta maniobra para aprovecharse ambos de la presa, se comprenderá que Cooper perdiera la paciencia, descargando irremisiblemente su escopeta sobre todo ladrón nocturno.

Así una noche, en el momento que se iba a acostar, percibió su oído alerta el ruido de las uñas enemigas, tratando de forzar el tejido de alambre. Con un gesto de fastidio descolgó la escopeta, y saliendo afuera vio una mancha blanca que avanzaba dentro del patio.

Rápidamente hizo fuego, y a los aullidos transpasantes del animal, arrastrándose sobre las patas traseras, tuvo un fugitivo sobresalto, que no pudo explicar y se desvaneció enseguida. Llegó hasta el lugar, pero el perro había desaparecido ya, y entró de nuevo.

—¿Que fue, papá? —le preguntó desde la cama su hija—. ¿Un perro?

—Sí —repuso Cooper colgando la escopeta—. Le tiré un poco de cerca...

—¿Grande el perro, papá?

—No, chico.

Pasó un momento.

—¡Pobre Yaguaí! —prosiguió Julia—. ¿Cómo estará?

Súbitamente, Cooper recordó la impresión sufrida al oir aullar al perro, algo de su Yaguaí había allí .. Pero pensando también en cuán remota era esa probabilidad, se durmió

Fue a la mañana siguiente, muy temprano, cuando Cooper, siguiendo el rastro de sangre, halló a Yaguaí muerto al borde del pozo del bananal.

De pésimo humor volvió a casa, y la primer pregunta de Julia fue por el perro chico.

—¿Murió, papá?

—Sí, allá en el pozo. . es Yaguaí.

Cogió la pala, y seguido de sus dos hijos consternados, fue al pozo. Julia, después de mirar un momento inmóvil, se acercó despacio a sollozar junto al pantalón de Cooper.

—¡Qué hiciste, papá!

—No sabía, chiquita... Apártate un momento.

En el bananal enterró a su perro, apisonó la tierra encima y regresó profundamente disgustado, llevando de la mano a sus dos chicos que lloraban despacio para que su padre no los sintiera.

LOS MENSU

Cayetano Maidana y Esteban Podeley, peones de obraje, volvían a Posadas en el *Sílex* con quince compañeros. Podeley, labrador de madera, tornaba a los nueve meses la contrata concluida y con pasaje gratis por lo tanto. Cayé —mensualero— llegaba en iguales condiciones, más al año y medio, tiempo necesario para chancelar su cuenta

Flacos, despeinados, en calzoncillos, la camisa abierta en largos tajos, descalzos como la mayoría, sucios como todos ellos, los dos mensú devoraban con los ojos la capital del bosque, Jerusalén y Gólgota de sus vidas ¡Nueve meses allá arriba! ¡Año y medio! Pero volvían por fin, y el hachazo aún doliente de la vida del obraje eran apenas un roce de astilla ante el rotundo goce que olfateaban allí.

De cien peones, sólo dos llegan a Posadas con haber. Para esa gloria de una semana a que los arrastra el río aguas abajo, cuentan con el anticipo de una nueva contrata. Como intermediario y coadyuvante espera en la playa un grupo de muchachas alegres de carácter y de profesión, ante las cuales los mensú sedientos lanzan su ¡ahijú! de urgente locura

Cayé y Podeley bajaron tambaleantes de orgía pregustada, y rodeados de tres o cuatro amigas se hallaron en un momento ante la cantidad suficiente de caña para colmar el hambre de eso de un mensú.

Un instante después estaban borrachos y con nueva contrata sellada. ¿En qué trabajo? ¿En dónde? Lo ignoraban, ni les importaba tampoco. Sabían, sí, que

tenían cuarenta pesos en el bolsillo y facultad para llegar a mucho más en gastos Babeantes de descanso y de dicha alcoholica, dóciles y torpes siguieron ambos a las muchachas a vestirse. Las avisadas doncellas condujéronlos a una tienda con la que tenían relaciones especiales de un tanto por ciento, o tal vez al almacén de la casa contratista. Pero en una u otro las muchachas renovaron el lujo detonante de sus trapos, anidáronse la cabeza de peinetones, ahorcáronse de cintas — robado todo con perfecta sangre fría al hidalgo alcohol de su compañero, pues lo único que el mensú realmente posee es un desprendimiento brutal de su dinero.

Por su parte Cayé adquirió mucho más extractos y lociones y aceites de los necesarios para sahumar hasta la náusea su ropa nueva, mientras Podeley, más juicioso, insistía en un traje de paño. Posiblemente pagaron muy cara una cuenta entroída y abonada con un montón de papeles tirados al mostrador. Pero de todos modos una hora después lanzaban a un coche descubierto sus flamantes personas, calzados de botas, poncho al hombro — y revólver 44 al cinto, desde luego —, repleta la ropa de cigarrillos que deshacían torpemente entre los dientes, dejando caer de cada bolsillo la punta de un pañuelo. Acompañábanlos dos muchachas, orgullosas de esa opulencia, cuya magnitud se acusaba en la expresión un tanto hastiada de los mensú, arrastrando consigo mañana y tarde por las calles caldeadas una infección de tabaco negro y extracto de obraje

La noche llegaba por fin y con ella la bailanta, donde las mismas damiselas avisadas inducían a beber a los mensú, cuya realeza en dinero de anticipo les hacía lanzar 10 pesos por una botella de cerveza,

para recibir en cambio 1.40, que guardaban sin ojear siquiera.

Así, en constantes derroches de nuevos adelantos —necesidad irresistible de compensar con siete días de gran señor las miserias del obraje— el *Silex* volvió a remontar el río Cayé llevó compañera, y ambos, borrachos como los demás peones, se instalaron en el puente, donde ya diez mulas se hacinaban en íntimo contacto con baúles atados, perros, mujeres y hombres.

Al día siguiente, ya despejadas las cabezas, Podeley y Cayé examinaron sus libretas: era la primera vez que lo hacían desde la contrata. Cayé había recibido 120 en efectivo y 35 en gasto, y Podeley, 130 y 75, respectivamente.

Ambos se miraron con expresión que pudiera haber sido de espanto si un mensú no estuviera perfectamente curado de ese malestar No recordaban haber gastado ni la quinta parte.

—¡Añá!... —murmuró Cayé—. No voy a cumplir nunca...

Y desde ese momento tuvo sencillamente —como justo castigo de su despilfarro— la idea de escaparse de allá.

La legitimidad de su vida en Posadas era, sin embargo, tan evidente para él que sintió celos del mayor adelanto acordado a Podeley.

—Vos tenés suerte... —dijo—. Grande tu anticipo...

—Vos traés compañera —objetó Podeley—. Eso te cuesta para tu bolsillo...

Cayé miró a su mujer, y aunque la belleza y otras cualidades de orden más moral pesan muy poco en la elección de un mensú, quedó satisfecho. La mu-

chacha deslumbraba, efectivamente, con su traje de raso, falda verde y blusa amarilla; luciendo en el cuello sucio un triple collar de perlas; zapatos Luis XV; las mejillas brutalmente pintadas y un desdeñoso cigarro de hoja bajo los párpados entornados.

Cayé consideró a la muchacha y su revólver 44 eran realmente lo único que valía de cuanto llevaba con él. Y aun lo último corría el riesgo de naufragar tras el anticipo, por minúscula que fuera su tentación de tallar.

A dos metros de él, sobre un baúl de punta, los mensú jugaban concienzudamente al monte cuanto tenían Cayé observó un rato riéndose, como se ríen siempre los peones cuando están juntos, sea cual fuere el motivo, y se aproximó al baúl colocando a una carta y sobre ella cinco cigarros.

Modesto principio, que podía llegar a proporcionarle dinero suficiente para pagar el adelanto en el obraje y volverse en el mismo vapor a Posadas a derrochar un nuevo anticipo

Perdió, perdió los demás cigarros, perdió cinco pesos, el poncho, el collar de su mujer, sus propias botas, y su 44 Al día siguiente recuperó las botas, pero nada más, mientras la muchacha compensaba la desnudez de su pescuezo con incesantes cigarros despreciativos.

Podeley ganó, tras infinito cambio de dueño, el collar en cuestión y una caja de jabones de olor que halló modo de jugar contra un machete y media docena de medias, quedando así satisfecho.

Habían llegado por fin Los peones treparon la interminable cinta roja que escalaba la barranca, desde cuya cima el *Silex* aparecía mezquino y hundido en el lúgubre río Y con ahijús y terribles invectivas en

guaraní, bien que alegres todos, despidieron al vapor, que debía ahogar en una baldeada de tres horas la nauseabunda atmósfera de desaseo, pachulí y mulas enfermas que durante cuatro días remontó con él.

Para Podeley, labrador de madera, cuyo diario podía subir a siete pesos, la vida del obraje no era dura. Hecho a ella, domaba su aspiración de estricta justicia en el cubicaje de la madera, compensando las rapiñas rutinarias con ciertos privilegios de buen peón, su nueva etapa comenzó al día siguiente, una vez demarcada su zona de bosque. Construyó con hojas de palmera su cobertizo —techo y pared sur— nada más—; dio nombre de cama a ocho varas horizontales, y de un horcón colgó la provista semanal Recomenzó, automáticamente, sus días de obraje silenciosos mates al levantarse, de anoche aún, que se sucedían sin desprender la mano de la pava; la exploración en descubierta de madera; el desayuno a las ocho· harina, charque y grasa; el hacha luego, a busto descubierto, cuyo sudor arrastraba tábanos, barigüís y mosquitos, después, el almuerzo, esta vez porotos y maíz flotando en la inevitable grasa, para concluir de noche, tras nueva lucha con las piezas de 8 por 30, con el yopará de mediodía.

Fuera de algún incidente con sus colegas labradores, que invadían su jurisdicción; del hastío de los días de lluvia, que lo relegaban en cuclillas frente a la pava, la tarea proseguía hasta el sábado de tarde. Lavaba entonces su ropa, y el domingo iba al almacén a proveerse.

Era éste el real momento de solaz de los mensú, olvidándolo todo entre los anatemas de la lengua natal, sobrellevando con fatalismo indígena la suba siem-

pre creciente de la provista, que alcanzaba entonces a cinco pesos por machete y ochenta centavos por kilo de galleta. El mismo fatalismo que aceptaba esto con un ¡añá! y una riente mirada a los demás compañeros, le dictaba, en el elemental desagravio, el deber de huir del obraje en cuanto pudiera. Y si esta ambición no estaba en todos los pechos, todos los peones comprendían esa mordedura de contrajusticia que iba, en caso de llegar, a clavar los dientes en la entraña misma del patrón Este, por su parte, llevaba la lucha a su extremo final vigilando día y noche a su gente, y en especial a los mensualeros.

Ocupábanse entonces los mensú en la planchada, tumbando piezas entre inacabable gritería, que subía de punto cuando las mulas, impotentes para contener la alzaprima que bajaba a todo escape, rodaban unas sobre otras dando tumbos, vigas, animales, carretas, todo bien mezclado. Raramente se lastimaban las mulas, pero la algazara era la misma.

Cayé, entre risa y risa, meditaba siempre su fuga; harto ya de revirados y yoparás, que el pregusto de la huida tornaba más indigestos, deteníase aún por falta de revólver, y ciertamente, ante el winchester del capataz ¡Pero si tuviera un 44!...

La fortuna llególe esta vez en forma bastante desviada.

La compañera de Cayé, que desprovista ya de su lujoso atavío lavaba la ropa a los peones, cambió un día de domicilio. Cayé esperó dos noches, y a la tercera fue a la casa de su reemplazante, donde propinó una soberbia paliza a la muchacha. Los dos mensú quedaron solos charlando, resultas de lo cual convinieron en vivir juntos, a cuyo efecto el seductor se instaló con la pareja Esto era económico y bastante

juicioso. Pero como el mensú parecía gustar realmente de la dama —cosa rara en el gremio— Cayé ofrecíósela en venta por un revólver con balas, que él mismo sacaría del almacén. No obstante esta sencillez, el trato estuvo a punto de romperse porque a última hora Cayé pidió que se agregara un metro de tabaco en cuerda, lo que pareció excesivo al mensú. Concluyóse por fin el mercado, y mientras el fresco matrimonio se instalaba en su rancho, Cayé cargaba concienzudamente su 44, para dirigirse a concluir la tarde lluviosa tomando mate con aquéllos.

*

* *

El otoño finalizaba, y el cielo, fijo en sequía con chubascos de cinco minutos, se descomponía por fin en mal tiempo constante, cuya humedad hinchaba el hombro de los mensú. Podeley, libre de esto hasta entonces, sintióse un día con tal desgano al llegar a su viga, que se detuvo, mirando a todas partes qué podía hacer. No tenía ánimo para nada Volvió a su cobertizo, y en el camino sintió un ligero cosquilleo en la espalda.

Sabía muy bien qué eran aquel desgano y aquel hormigueo a flor de estremecimiento. Sentóse filosóficamente a tomar mate, y media hora después un hondo y largo escalofrío recorrióle la espalda bajo la camisa

No había nada que hacer Se echó en la cama, tiritando de frío, doblado en gatillo bajo el poncho, mientras los dientes, incontenibles, castañeteaban a más no poder.

Al día siguiente el acceso, no esperado hasta el crepúsculo, tornó a mediodía, y Podeley fue a la comisaría a pedir quinina. Tan claramente se denunciaba

el chucho en el aspecto del mensú, que el dependiente bajó los paquetes sin mirar casi al enfermo, quien volcó tranquilamente sobre su lengua la terrible amargura aquella. Al volver al monte tropezó con el mayordomo.

—¡Vos también! —le dijo éste mirándolo—. Y van cuatro Los otros no importa. ., poca cosa Vos sos cumplidor... ¿Cómo está tu cuenta?

—Falta poco.. , pero no voy a poder trabajar .

—¡Bah! Curate bien y no es nada .. Hasta mañana

—Hasta mañana — se alejó Podeley apresurando el paso, porque en los talones acababa de sentir un leve cosquilleo.

El tercer ataque comenzó una hora después, quedando Podeley desplomado en una profunda falta de fuerzas, y la mirada fija y opaca, como si no pudiera ir más allá de uno o dos metros

El descanso absoluto a que se entregó por tres días —bálsamo específico para el mensú, por lo inesperado— no hizo sino convertirle en un bulto castañeteante, y arrebujado sobre un raigón. Podeley, cuya fiebre anterior había tenido honrado y periódico ritmo, no presagió nada bueno para él de esa galopada de accesos casi sin intermitencia. Hay fiebre y fiebre. Si la quinina no había cortado a ras el segundo ataque, era inútil que se quedara allá arriba, a morir hecho un ovillo en cualquier vuelta de picada Y bajó de nuevo al almacén.

—¡Otra vez vos! —lo recibió el mayordomo—. Eso no anda bien... ¿No tomaste quinina?

—Tomé... No me hallo con esta fiebre... No puedo trabajar. Si querés darme para mi pasaje, te voy a cumplir en cuanto me sane...

El mayordomo contempló aquella ruina, y no estimó en gran cosa la vida que quedaba allí

—¿Cómo está tu cuenta? — preguntó otra vez.

—Debo veinte pesos todavía... El sábado entregué... Me hallo muy enfermo...

—Sabés bien que mientras tu cuenta no esté pagada debés quedar. Abajo . podés morirte. Curate aquí, y arreglás tu cuenta enseguida.

¿Curarse de una fiebre perniciosa allí donde la adquirió? No, por cierto, pero el mensú que se va puede no volver, y el mayordomo prefería hombre muerto a deudor lejano.

Podeley jamás había dejado de cumplir nada, única altanería que se permite ante su patrón un mensú de talla.

—¡No me importa que hayas dejado o no de cumplir! —replicó el mayordomo—. ¡Pagá tu cuenta primero, y después hablaremos!

Esta injusticia para con él creó lógica y velozmente el deseo del desquite. Fue a instalarse con Cayé, cuyo espíritu conocía bien, y ambos decidieron escaparse el próximo domingo.

—¡Ahí tenés! —gritóle el mayordomo esa misma tarde al cruzarse con Podeley—. Anoche se han escapado tres... ¿Eso es lo que te gusta, no? ¡Esos también eran cumplidores! ¡Como vos! ¡Pero antes vas a reventar aquí que salir de la planchada! ¡Y mucho cuidado, vos y todos los que están oyendo! ¡Ya saben!

La decisión de huir y sus peligros —para los que el mensú necesita todas sus fuerzas — es capaz de contener algo más que una fiebre perniciosa. El domingo, por lo demás, había llegado, y con falsas maniobras de lavaje de ropa, simulados guitarreos en el rancho

de tal o cual, la vigilancia pudo ser burlada y Podeley y Cayé se encontraron de pronto a mil metros de la comisaría.

Mientras no se sintieran perseguidos no abandonarían la picada; Podeley caminaba mal. Y aún así. .

La resonancia peculiar del bosque trájoles, lejana, una voz ronca:

—¡A la cabeza! ¡A los dos!

Y un momento después surgían de un recodo de la picada el capataz y tres peones corriendo... La cacería comenzaba.

Cayé amartilló su revólver sin dejar de huir.

—¡Entregate, añá! — gritóles el capataz.

—Entremos en el monte —dijo Podeley—. Yo no tengo fuerza para mi machete.

—¡Volvé o te tiro! — llegó otra voz.

—Cuando estén más cerca .. —comenzó Cayé—

Una bala de winchester pasó silbando por la picada

—¡Entrá! —gritó Cayé a su compañero—. Y parapetándose tras un árbol, descargó hacia allá los cinco tiros de su revólver.

Una gritería aguda respondióle, mientras otra bala de winchester hacía saltar la corteza del árbol.

—¡Entregate o te voy a dejar la cabeza!...

—¡Anda nomás! —instó Cayé a Podeley—. Yo voy a...

Y tras nueva descarga entró en el monte.

Los perseguidores, detenidos un momento, por las explosiones, lanzáronse rabiosos adelante, fusilando, golpe tras golpe de winchester, el derrotero probable de los fugitivos.

A cien metros de la picada, y paralelos a ella, Cayé y Podeley se alejaban, doblados hasta el suelo para evitar las lianas. Los perseguidores lo presumían; pero

como dentro del monte el que ataca tiene cien probabilidades contra una de ser detenido por una bala en mitad de la frente, el capataz se contentaba con salvas de winchester y aullidos desafiantes. Por lo demás, los tiros errados hoy habían hecho lindo blanco la noche del jueves...

El peligro había pasado. Los fugitivos se sentaron rendidos. Podeley se envolvió en el poncho, y recostado en la espalda de su compañero sufrió en dos terribles horas de chucho el contragolpe de aquel esfuerzo.

Prosiguieron la fuga, siempre a la vista de la picada, y cuando la noche llegó por fin acamparon. Cayé había llevado chispas, y Podeley encendió fuego, no obstante los mil inconvenientes en un país donde, fuera de los pavones, hay otros seres que tienen debilidad por la luz, sin contar los hombres.

El sol estaba muy alto ya cuando a la mañana siguiente encontraron el riacho, primera y última esperanza de los escapados. Cayé cortó doce tacuaras sin más prolija elección, y Podeley, cuyas últimas fuerzas fueron dedicadas a cortar los isipós, tuvo apenas tiempo de hacerlo antes de enroscarse a tiritar.

Cayé, pues, construyó solo la jangada —diez tacuaras atadas longitudinalmente con lianas, llevando en cada extremo una atravesada.

A los diez segundos de concluida se embarcaron. Y la jangadilla, arrastrada a la deriva, entró en el Paraná.

Las noches son en esa época excesivamente frescas, y los dos mensú, con los pies en el agua, pasaron la noche helados, uno junto al otro. La corriente del Paraná, que llegaba cargado de inmensas lluvias, re-

torcía la jangada en el borbollón de sus remolinos y aflojaba lentamente los nudos de isipós.

En todo el día siguiente comieron dos chipas, último resto de provisión, que Podeley probó apenas Las tacuaras, taladradas por los tambús, se hundían, y al caer la tarde la jangada había descendido una cuarta del nivel del agua.

Sobre el río salvaje, encajonado en los lúgubres murallones del bosque, desierto del más remoto ¡ay!, los dos hombres, sumergidos hasta la rodilla, derivaban girando sobre sí mismos, detenidos un momento inmóviles ante un remolino, siguiendo de nuevo, sosteniéndose apenas sobre las tacuaras casi sueltas que se escapaban de sus pies, en una noche de tinta que no alcanzaban a romper sus ojos desesperados.

El agua llegábales ya al pecho cuando tocaron tierra. ¿Dónde? No lo sabían... Un pajonal Pero en la misma orilla quedaron inmóviles, tendidos de vientre.

Ya deslumbraba el sol cuando despertaron. El pajonal se extendía veinte metros adentro, sirviendo de litoral a río y bosque. A media cuadra al sur, el riacho Paranaí, que decidieron vadear cuando hubieran recuperado las fuerzas. Pero éstas no volvían tan rápidamente como era de desear, dado que los cogollos y gusanos de tacuara son tardo fortificantes. Y durante veinte horas, la lluvia cerrada transformó al Paraná en aceite blanco y al Paranaí en furiosa avenida. Todo imposible. Podeley se incorporó de pronto chorreando agua, apoyándose en el revólver para levantarse, y apuntó a Cayé. Volaba de fiebre.

—¡Pasá, añá!...

Cayé vio que poco podía esperar de aquel delirio, y se inclinó disimuladamente para alcanzar a su compañero de un palo. Pero el otro insistió:

—¡Andá al agua! ¡Vos me trajiste! ¡Bandeá el río!

Los dedos lívidos temblaban sobre el gatillo.

Cayé obedeció, dejóse llevar por la corriente, y desapareció tras el pajonal, al que pudo abordar con terrible esfuerzo.

Desde allí, y de atrás, acechó a su compañero; pero Podeley yacía de nuevo de costado, con las rodillas recogidas hasta el pecho, bajo la lluvia incesante. Al aproximarse Cayé alzó la cabeza, y sin abrir casi los ojos, cegados por el agua, murmuró:

—Cayé ., caray... Frío muy grande...

Llovió aún toda la noche sobre el moribundo la lluvia blanca y sorda de los diluvios otoñales, hasta que a la madrugada Podeley quedó inmóvil para siempre en su tumba de agua

Y en el mismo pajonal, sitiado siete días por el bosque, el río y la lluvia, el mensú agotó las raíces y gusanos posibles, perdió poco a poco sus fuerzas, hasta quedar sentado, muriéndose de frío y hambre, con los ojos fijos en el Paraná.

El *Sílex*, que pasó por allí al atardecer, recogió al mensú ya casi moribundo. Su felicidad transformóse en terror al darse cuenta al día siguiente de que el vapor remontaba el río.

—¡Por favor te pido! — lloriqueó ante el capitán. ¡No me bajen en Puerto X! ¡Me van a matar!... ¡Te lo pido deveras!...

El *Sílex* volvió a Posadas llevando con él al mensú empapado aún en pesadillas nocturnas.

Pero a los diez minutos de bajar a tierra estaba ya borracho con nueva contrata y se encaminaba tambaleando a comprar extractos.

UNA BOFETADA

Acosta, mayordomo del *Meteoro* que remontaba el Alto Paraná cada quince días, sabía bien una cosa, y es ésta: que nada es más rápido, ni aun la corriente del mismo río, que la explosión de una damajuana de caña lanzada sobre un obraje. Su aventura con Korner, pues, pudo finalizar en un terreno harto conocido de él.

Por regla absoluta —con una sola excepción— que es ley en el Alto Paraná, en los obrajes no se permite caña Ni los almacenes la venden, ni se tolera una sola botella, sea cual fuere su origen En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensú. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirían en dos horas con el obraje más militarizado.

A Acosta no le convenía una explosión de esta magnitud, y por esto su ingenio se ejercitaba en pequeños contrabandos, copas despachadas a los mensú en el mismo vapor, a la salida de cada puerto. El capitán lo sabía, y con él el pasaje entero, formado casi exclusivamente por dueños y mayordomos de obraje. Pero como el astuto correntino no pasaba de prudentes dosis, todo iba a pedir de boca

Ahora bien, quiso la desgracia un día que a instancias de la bullanguera tropa de peones, Acosta sintiera relajarse un poco la rigidez de su prudencia. El resultado fue un regocijo tan profundo, que se desencadenó entre los mensú una vertiginosa danza de baúles y guitarras que volaban por el aire.

El escándalo era serio. Bajaron el capitán y casi todos los pasajeros, siendo menester una nueva danza, pero esta vez de rebenque, sobre las cabezas más locas. El proceder es habitual, y el capitán tenía el golpe rápido y duro. La tempestad cesó enseguida. Esto no obstante, se hizo atar de pie contra el palo mayor a un mensú más levantisco que los demás, y todo volvió a su norma.

Pero ahora tocaba el turno a Acosta El dueño del obraje, cuyo era el puerto en que estaba detenido el vapor, la emprendía con él·

—¡Usted, y sólo usted, tiene la culpa de estas cosas! ¡Por diez miserables centavos, echa a perder a los peones y ocasiona estos bochinches!

El mayordomo, a fuer de mestizo, contemporizaba.

—¡Pero cállese, y tenga verguenza! —proseguía Korner. — Por diez miserables centavos.. Pero le aseguro que en cuanto llegue a Posadas, denuncio estas picardías a Mitain!

Mitain era el armador del "Meteoro", lo que tenía sin cuidado a Acosta, quien concluyó por perder la paciencia.

—Al fin y al cabo —respondió— usted nada tiene que ver en esto .. Si no le gusta, quéjese a quien quiera.. En mi despacho yo hago lo que quiero.

—¡Es lo que vamos a ver! — gritó Korner, disponiéndose a subir Pero en la escalerilla vio por encima de la baranda de bronce al mensú atado al palo mayor. Había o no ironía en la mirada del prisionero, Korner se convenció de que la había, al reconocer en aquel indiecito de ojos fríos y bigotitos en punta, a un peón con quien había tenido algo que ver tres meses atrás.

Se encaminó al palo mayor, más rojo aún de rabia. El otro lo vio llegar, sin perder un instante su sonrisita.

—¡Con que sos vos! —le dijo Korner—. ¡Te he de hallar siempre en mi camino! Te había prohibido poner los pies en el obraje, y ahora venís de allí... ¡compadrito!

El mensú, como si no oyera, continuó mirándolo con su minúscula sonrisa. Korner, entonces, ciego de ira, lo abofeteó de derecha y revés.

—¡Tomá!... ¡compadrito! ¡Así hay que tratar a los compadres como vos!

El mensú se puso lívido, y miró fijamente a Korner, quien oyó algunas palabras.

—Algún día...

Korner sintió un nuevo impulso de hacerle tragar la amenaza, pero logró contenerse y subió, lanzando invectivas contra el mayordomo que traía el infierno a los obrajes.

Mas esta vez la ofensiva correspondía a Acosta. ¿Qué hacer para molestar en lo hondo a Korner, su cara colorada, su lengua larga, y su maldito obraje?

No tardó en hallar el medio. Desde el siguiente viaje de subida, tuvo buen cuidado de surtir a escondidas a los peones que bajaban en Puerto Profundidad (el puerto de Korner) de una o dos damajuanas de caña. Los mensú, más aullantes que de costumbre, pasaban el contrabando en sus baúles, y esa misma noche estallaba el incendio en el obraje.

Durante dos meses, cada vapor que bajaba el río después de haberlo remontado el *Meteoro*, alzaba indefectiblemente en Puerto Profundidad cuatro o cinco heridos. Korner, desesperado, no lograba localizar al contrabandista de caña, al incendiario. Pero al cabo

de ese tiempo Acosta había considerado discreto no alimentar más el fuego, y los machetes dejaron de trabajar. Buen negocio, en suma, para el correntino, que había concebido venganza y ganancia, todo sobre la propia cabeza pelada de Korner.

*

* *

Pasaron dos años. El mensú abofeteado había trabajado en varios obrajes, sin serle permitido poner una sola vez los pies en Puerto Profundidad. Ya se ve. el antiguo disgusto con Korner y el episodio del palo mayor, habían convertido al indiecito en persona poco grata a la administración. El mensú, entretanto, invadido por la molicie aborigen, quedaba largas temporadas en Posadas, vagando, viviendo de sus bigotitos en punta que encendían el corazón de las mensualeras. Su corte de pelo en melena corta, sobre todo, muy poco común en el extremo norte, encantaba a las muchachas con la seducción de su aceite y violentas lociones

Un buen día se decidía a aceptar la primer contrata al paso, y remontaba el Paraná. Chancelaba presto su anticipo, pues tenía un magnífico brazo, descendía a este puerto, a aquél, los sondaba todos, tratando de llegar a donde quería. Pero era en vano. En todos los obrajes se le aceptaba con placer, menos en Profundidad; allí estaba de más Cogíalo entonces nueva crisis de desgano y cansancio, y tornaba a pasar meses enteros en Posadas, el cuerpo enervado y el bigotito saturado de esencias.

Corrieron aún tres años. En ese tiempo el mensú subió una sola vez el Alto Paraná, habiendo concluido por considerar sus medios de vida actuales mucho

menos fatigosos que los del monte Y aunque el antiguo y duro cansancio de los brazos era ahora reemplazado por la constante fatiga de las piernas, hallaba aquello de su gusto

No conocía —o no frecuentaba, por lo menos— de Posadas, más que la Bajada, y el puerto. No salía de ese barrio de los mensú, pasaba del rancho de una mensualera a otro; luego iba al boliche, después al puerto, a festejar en corro de aullidos el embarque diario de los mensú, para concluir de noche en los bailes a cinco centavos la pieza.

—¡Ché amigo! —le gritaban los peones— ¡No te gusta más tu hacha! ¡Te gusta la bailanta, ché amigo!

El indiecito sonreía, satisfecho de sus bigotitos y su melena lustrosa

Un día, sin embargo, levantó vivamente la cabeza y la volvió, toda oídos, a los conchabadores que ofrecían espléndidos anticipos a una tropa de mensús recién desembarcados Se trataba del arriendo de Puerto Cabriuva, casi en los saltos del Guayra, por la empresa que regenteaba Korner. Había allí mucha madera en barranca, y se precisaba gente Buen jornal, y un poco de caña, ya se sabe.

Tres días después, los mismos mensús que acababan de bajar extenuados por nueve meses de obraje, tornaban a subir, después de haber derrochado fantástica y brutalmente en cuarenta y ocho horas doscientos pesos de anticipo.

No fue poca la sorpresa de los peones al ver al buen mozo entre ellos.

—¡Opama la fiesta, ché amigo! —le gritaban—. ¡Otra vez la hacha, añá-mb!.

Llegaron a Puerto Cabriuva, y desde esa misma tarde su cuadrilla fue destinada a las jangadas.

Pasó, por consiguiente, dos meses trabajando bajo un sol de fuego, tumbando vigas desde lo alto de la barranca al río, a punta de palanca, en esfuerzos congestivos que tendían como alambres los tendones del cuello a los siete mensús enfilados

Luego el trabajo en el río, a nado, con veinte brazas de agua bajo los pies, juntando los troncos, remolcándolos, inmovilizados en los cabezales de las vigas horas enteras, con la cabeza y los brazos únicamente fuera del agua Al cabo de cuatro, seis horas, el hombre trepa a la jangada, se le iza, mejor dicho, pues está helado No es extraño, pues, que la administración tenga siempre reservada un poco de caña para estos casos, los únicos en que se infringe la ley El hombre toma una copa, y vuelve otra vez al agua

El mensú tuvo así su parte en este rudo quehacer, y bajó con la inmensa almadía hasta Puerto Profundidad Nuestro hombre había contado con esto para que se le permitiera bajar en el puerto En efecto, en la comisaría del obraje o no se le reconoció, o se hizo la vista gorda en razón de la urgencia del trabajo Lo cierto es que recibida la jangada, se le encomendó al mensú, conjuntamente con tres peones, la conducción de una recua de mulas a la Carrería, varias leguas adentro No pedía otra cosa el mensú, que salió a la mañana siguiente, arreando su tropilla por la picada maestra.

Hacía ese día mucho calor. Entre la doble muralla de bosque, el camino rojo deslumbraba de sol El silencio de la selva a esa hora parecía aumentar la mareante vibración del aire sobre la arena volcánica Ni un soplo de aire, ni un pío de pájaro. Bajo el sol a

plomo que enmudecía a las chicharras, la tropilla aureolada de tábanos avanzaba monótonamente por la picada, cabizbaja de modorra y luz.

A la una los peones hicieron alto para tomar mate. Un momento después divisaban a su patrón que avanzaba hacia ellos por la picada Venía solo, a caballo, con su gran casco de pita Korner se detuvo, hizo dos o tres preguntas al peón más inmediato, y recién entonces reconoció al indiecito, doblado sobre la pava de agua.

El rostro sudoroso de Korner enrojeció un punto más, y se irguió en los estribos.

—¡Eh, vos! ¡Qué hacés aquí! — le gritó furioso.

El indiecito se incorporó sin prisa.

—Parece que no sabe saludar a la gente — contestó avanzando hacia su patrón.

Korner sacó el revólver e hizo fuego El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca· un revés de machete había lanzado al aire el revólver, con el índice adherido al gatillo. Un instante después Korner estaba por tierra, con el indiecito encima.

Los peones habían quedado inmóviles, ostensiblemente ganados por la audacia de su compañero.

—¡Sigan ustedes! — les gritó éste con voz ahogada, sin volver la cabeza. Los otros prosiguieron su deber, que era para ellos arrear las mulas según lo ordenado, y la tropilla se perdió en la picada.

El mensú, entonces, siempre conteniendo a Korner contra el suelo, tiró lejos el cuchillo de éste, y de un salto se puso de pie Tenía en la mano el rebenque de su patrón, de cuero de anta.

—Levantáte — le dijo.

Korner se levantó, empapado en sangre e insultos, e intentó una embestida. Pero el látigo cayó tan violentamente sobre su cara que lo lanzó a tierra

—Levantáte — repitió el mensú.

Korner tornó a levantarse.

—Ahora caminá.

Y como Korner, enloquecido de indignación, iniciara otro ataque, el rebenque, con un seco y terrible golpe, cayó sobre su espalda

—Caminá.

Korner caminó Su humillación, casi apoplética, su mano desangrándose, la fatiga, lo habían vencido y caminaba. A ratos, sin embargo, la intensidad de su afrenta deteníalo con un huracán de amenazas Pero el mensú no parecía oir El látigo caía de nuevo, terrible, sobre su nuca.

—Caminá.

Iban solos por la picada, rumbo al río, en silenciosa pareja, el mensú un poco detrás. El sol quemaba la cabeza, las botas, los pies. Igual silencio que en la mañana, diluido en el mismo vago zumbido de la selva aletargada. Sólo de vez en cuando sonaba el restallido del rebenque sobre la espalda de Korner.

—Caminá.

Durante cinco horas, kilómetro tras kilómetro, Korner sorbió hasta las heces la humillación y el dolor de su situación. Herido, ahogado, con fugitivos golpes de apoplejía, en balde intentó varias veces detenerse El mensú no decía una palabra, pero el látigo caía de nuevo, y Korner caminaba.

Al entrar el sol, y para evitar la Comisaría, la pareja abandonó la picada maestra por un pique que conducía también al Paraná. Korner, perdida con ese

cambio de rumbo la última posibilidad de auxilio, se tendió en el suelo, dispuesto a no dar un paso más Pero el rebenque, con golpes de brazo habituado al hacha, comenzó a caer

—Caminá

Al quinto latigazo Korner se incorporó, y en el cuarto de hora final los rebencazos cayeron cada veinte pasos con incansable fuerza sobre la espalda y la nuca de Korner, que se tambaleaba como sonámbulo.

Llegaron por fin al río, cuya costa remontaron hasta la jangada. Korner tuvo que subir a ella, tuvo que caminar como le fue posible hasta el extremo opuesto, y allí, en el límite de sus fuerzas, se desplomó de boca, la cabeza entre los brazos

El mensú se acercó

—Ahora —habló por fin— esto es para que saludés a la gente . Y esto para que sopapeés a la gente .

Y el rebenque, con terrible y monótona violencia, cayó sin tregua sobre la cabeza y la nuca de Korner, arrancándole mechones sanguinolentos de pelo

Korner no se movía más. El mensú cortó entonces las amarras de la jangada, y subiendo en la canoa, ató un cabo a la popa de la almadía y paleó vigorosamente.

Por leve que fuera la tracción sobre la inmensa mole de vigas, el esfuerzo inicial bastó. La jangada viró insensiblemente, entró en la corriente, y el hombre cortó entonces el cabo

El sol había entrado hacía rato. El ambiente, calcinado dos horas antes, tenía ahora una frescura y quietud fúnebres Bajo el cielo aún verde, la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente

de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo, sólo una línea ya.

El mensú derivaba también oblicuamente hacia el Brasil, donde debía permanecer hasta el fin de sus días.

—Voy a perder la bandera — murmuraba, mientras se ataba un hilo en la muñeca fatigada Y con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable, concluyó entre los dientes

—¡Pero ése no va a sopapear más a nadie, gringo de un añá membuí!

LA GAMA CIEGA

Había una vez un venado, — una gama — que tuvo dos hijos mellizos, cosa rara entre los venados. Un gato montés se comió uno de ellos, y quedó sólo la hembra. Las otras gamas, que la querían mucho, le hacían siempre cosquillas en los costados.

Su madre le hacía repetir todas las mañanas, al rayar el día, la oración de los venados. Y dice así:

I

Hay que oler bien primero las hojas antes de comerlas, porque algunas son venenosas.

II

Hay que mirar bien el río y quedarse quieta antes de bajar a beber, para estar segura de que no hay yacarés.

III

Cada media hora hay que levantar bien alta la cabeza y oler el viento, para sentir el olor del tigre.

IV

Cuando se come pasto del suelo, hay que mirar siempre entre los yuyos para ver si hay víboras.

Este es el padrenuestro de los venados chicos. Cuando la gamita lo hubo aprendido bien, su madre la dejó andar sola.

Una tarde, sin embargo, mientras la gamita recorría el monte comiendo hojitas tiernas, vio de pronto ante ella, en el hueco de un árbol que estaba podrido, muchas bolitas juntas que colgaban. Tenían un color oscuro, como el de las pizarras.

¿Qué sería? Ella tenía también un poco de miedo, pero como era muy traviesa, dio un cabezazo a aquellas cosas, y disparó.

Vio entonces que las bolitas se habían rajado, y que caían gotas Habían salido también muchas mosquitas rubias de cintura muy fina, que caminaban apuradas por encima.

La gama se acercó, y las mosquitas no la picaron. Despacito, entonces, muy despacito, probó una gota con la punta de la lengua, y se relamió con gran placer· aquellas gotas eran miel, y miel riquísima, porque las bolas de color pizarra eran una colmena de abejitas que no picaban porque no tenían aguijón. Hay abejas así

En dos minutos la gamita se tomó toda la miel, y loca de contenta fue a contarle a su mamá. Pero la mamá la reprendió seriamente.

—Ten mucho cuidado, mi hija —le dijo— con los nidos de abejas La miel es una cosa muy rica, pero es muy peligroso ir a sacarla. Nunca te metas con los nidos que veas.

La gamita gritó contenta:

—¡Pero no pican, mamá! Los tábanos y las uras sí pican; las abejas, no.

—Estás equivocada, mi hija —continuó la madre—. Hoy has tenido suerte, nada más. Hay abejas

y avispas muy malas. Cuidado, mi hija, porque me vas a dar un gran disgusto.

—¡Sí, mamá! ¡Sí, mamá! — respondió la gamita. Pero lo primero que hizo a la mañana siguiente, fue seguir los senderos que habían abierto los hombres en el monte, para ver con más facilidad los nidos de abejas.

Hasta que al fin halló uno. Esta vez el nido tenía abejas oscuras, con una faja amarilla en la cintura, que caminaban por encima del nido. El nido también era distinto; pero la gamita pensó que puesto que estas abejas eran más grandes, la miel debía ser más rica.

Se acordó asimismo de la recomendación de su mamá, mas creyó que su mamá exageraba, como exageran siempre las madres de las gamitas. Entonces le dio un gran cabezazo al nido.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Salieron enseguida cientos de avispas, miles de avispas que la picaron en todo el cuerpo, le llenaron todo el cuerpo de picaduras, en la cabeza, en la barriga, en la cola; y lo que es mucho peor, en los mismos ojos. La picaron más de diez en los ojos.

La gamita, loca de dolor, corrió y corrió gritando, hasta que de repente tuvo que pararse porque no veía más estaba ciega, ciega del todo.

Sus ojos se le habían hinchado enormemente, y no veía más Se quedó quieta entonces, temblando de dolor y de miedo, y sólo podía llorar desesperadamente·

—¡Mamá!... ¡mamá!...

Su madre, que había salido a buscarla porque tardaba mucho, la halló al fin, y se desespero también con su gamita que estaba ciega. La llevó paso a paso

hasta su cubil, con la cabeza de su hija recostada en su pescuezo, y los bichos del monte que encontraban en el camino, se acercaban todos a mirar los ojos de la infeliz gamita.

La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle ella? Ella sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados; pero era un hombre bueno.

La madre tenía miedo, sin embargo, de llevar su hija a un hombre que cazaba gamas. Como estaba desesperada se decidió a hacerlo. Pero antes quiso ir a pedir una carta de recomendación al OSO HORMIGUERO, que era gran amigo del hombre.

Salió, pues, después de dejar a la gamita bien oculta, y atravesó corriendo el monte, donde el tigre casi la alcanza. Cuando llegó a la guarida de su amigo, no podía dar un paso más de cansancio

Este amigo era, como se ha dicho, un oso hormiguero, pero de una especie pequeña cuyos individuos tienen un color amarillo, y por encima del color amarillo una especie de camiseta negra sujeta por dos cintas que pasan por encima de los hombros. Tienen también la cola prensil, porque viven siempre en los árboles, y se cuelgan de la cola.

¿De dónde provenía la amistad estrecha entre el oso hormiguero y el cazador? Nadie lo sabía en el monte pero alguna vez ha de llegar el motivo a nuestros oídos.

La pobre madre, pues, llegó hasta el cubil del oso hormiguero.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan! — llamó jadeante

—¿Quién es? — respondió el oso hormiguero.

—¡Soy yo, la gama!

—¡Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

—Vengo a pedirle una tarjeta de recomendación para el cazador. La gamita, mi hija, está ciega

—¿Ah, la gamita? —respondió el oso hormiguero—. Es una buena persona Si es por ella, sí le doy lo que quiere. Pero no necesita nada escrito Muéstrele esto, y la atenderá.

Y con el extremo de la cola, el oso hormiguero le extendió a la gama una cabeza de víbora, completamente seca, que tenía aún los colmillos venenosos.

—Muéstrele esto —dijo aún el cazador de hormigas—. No se precisa más.

—¡Gracias, oso hormiguero! —respondió contenta la gama—. Usted también es una buena persona.

Y salió corriendo, porque era muy tarde y pronto iba a amanecer

Al pasar por su cubil recogió a su hija, que se quejaba siempre, y juntas llegaron por fin al pueblo, donde tuvieron que caminar muy despacito y arrimadas a las paredes, para que los perros no las sintieran.

Ya estaban ante la puerta del cazador.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan! — golpearon.

—¿Qué hay? — respondió una voz de hombre, desde adentro.

—¡Somos las gamas!... ¡TENEMOS LA CABEZA DE VIBORA!

La madre se apuró al decir esto, para que el hombre supiera bien que ellas eran amigas del oso hormiguero.

—¡Ah, ah! —dijo el hombre, abriendo la puerta—. ¿Qué pasa?

—Venimos para que cure a mi hija, la gamita, que está ciega.

Y contó al cazador toda la historia de las abejas.

—¡Hum! . Vamos a ver qué tiene esta señorita — dijo el cazador. Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una sillita alta, e hizo sentar en ella a la gamita para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos bien de cerca con un vidrio redondo muy grande, mientras la mamá alumbraba con el farol de viento colgado de su cuello.

—Esto no es gran cosa —dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita—. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches, y téngala veinte días en la oscuridad. Después póngale estos lentes amarillos y se curará.

—¡Muchas gracias, cazador! — respondió la madre, muy contenta y agradecida— ¿Cuánto le debo?

—No es nada — respondió sonriendo el cazador — Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros para seguir el rastro de los venados

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban, y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las olfatearon y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada muy ancha, y delante la gamita iba balando.

Tal como lo dijo el cazador se efectuó la curación Pero sólo la gama supo cuánto le costó tener encerrada a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días interminables. Adentro no se veía nada. Por fin una mañana la madre apartó con la cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al hueco del árbol para que no entrara la luz, y la

gamita, con sus lentes amarillos, salió corriendo y gritando:

—¡Veo, mamá! ¡Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría, al ver curada su gamita.

Y se curó del todo. Pero aunque curada, y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la entristecía. Y el secreto era éste: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella, y no sabía cómo.

Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se puso a recorrer la orilla de las lagunas y bañados, buscando plumas de garzas para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado

Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto, muy contento porque acababa de componer el techo de paja, que ahora no se llovía más; estaba leyendo cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta, y vio a la gamita que le traía un atadito, un plumerito todo mojado de plumas de garza.

El cazador se puso a reir, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fue muy triste. Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y esta vez el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rio esta vez porque la gamita no comprendía su risa. Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara lleno de miel, que la gamita tomó loca de contento.

Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza que valen mucho dinero, y se quedaba las horas charlando con el hombre. El ponía

siempre en la mesa un jarro enlozado lleno de miel, y arrimaba la sillita alta para su amiga. A veces le daba también cigarros, que las gamas comen con gran gusto, y no les hace mal Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa de leña, mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el alero de paja del rancho

Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta. Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el jarro con miel y la servilleta, mientras él tomaba café y leía, esperando en la puerta el TAN-TAN bien conocido de su amiga la gamita

FIN TOMO I

